

Amor, brackets y

Rock'N'Roll



Natalia Sánchez Diana

# **Amor, brackets y Rock'n'Roll**

NATALIA SÁNCHEZ DIANA

Copyright © 2017 Natalia Sánchez Diana

Todos los derechos reservados.

Imágenes cubierta ©Shutterstock

Diseño portada ©Natalia Sánchez Diana

ISBN: 846177809X

ISBN-13: 978-8461778096

# DEDICATORIA

A Jorge, gracias por las noches de Rock'n'Roll y por descubrirme Guns N'  
Roses.

A Aidan y Aura, por darme un motivo para vencer el miedo.

A mi hermano, cuyos logros son un ejemplo para mí.

A mi madre, por su infinita fuerza.

# CONTENIDO

## DEDICATORIA

1. SI PUDIERA PEDIR UN DESEO...
2. LA CHICA TRISTE DE LA PRIMERA FILA
3. UN MENSAJE QUE LO CAMBIA TODO
4. PERDIDO Y ENCONTRADO
5. PREGUNTAS PERSONALES
6. TODOS SUFRIMOS POR AMOR
7. BELLO Y REAL
8. CARPE DIEM
9. AMIGAS
10. ALGO DE ROPA PARA EL ROCKERO
11. COLLARES, LIENZOS Y SUEÑOS IMPOSIBLES
12. INALCANZABLE
13. LA HISTORIA DEL REY DE LOS TRAIADORES
14. LO QUE OCULTAMOS
15. TATUAJES
16. MALAS NOTICIAS
17. ¿CUÁL ES TU HISTORIA?
18. LA ABUELA PACA
19. PRIMERAS CARICIAS
20. ¿QUÉ QUIERES SER?
21. SOLAMENTE AMIGOS
22. GRACIAS POR ENCONTRARME
23. PELEA
24. ELFOS CONTRA GOBLINS
25. UNA CONVERSACIÓN BAJO LAS ESTRELLAS

[26. HEY HO, LETS GO](#)

[27. ERES MÚSICA PARA MÍ](#)

[28. A SOLAS](#)

[29. TRATANDO DE VENCER AL MIEDO](#)

[30. UN VIEJO AMIGO DE LONDRES](#)

[31. UNA CENA DESASTROSA](#)

[32. TENÍAS QUE ENCONTRAR MI CORAZÓN](#)

[33. LA ISLA](#)

[34. UN MENSAJE: 4EVER](#)

[35. LA CANCIÓN MILLONARIA](#)

[36. LA ÚLTIMA DECISIÓN](#)

[37. DESPEDIDA](#)

[EPÍLOGO](#)

[Y en la próxima novela...](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

*Es triste. Mírame.*

*¿Puedes sentirlo? Mi corazón ya no late, porque está roto en millones de pedazos.*

*Nunca volveré a enamorarme.*

*Lo que me has hecho, lo que me has quitado.*

*¿Crees que puedo encontrarlo? ¿Crees que volveré a ser la misma persona?*

*Mírame, responde*

*Nunca volveré a decir te quiero*

*¿Por qué lo hiciste?*

*¿Es que no te amé hasta el extremo? ¿Es que estaba preparado para quererte hasta la muerte?*

*¿Por qué me siento culpable? ¿Por qué creo que tengo que decir lo siento?*

*Mírame, ¿Puedes sentirlo?*

***NUNCA VOLVERÉ A ENAMORARME***

**Smoking Wild Demons**

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas las personas que me están apoyando desde que decidí embarcarme en estos proyectos de autoedición.

Sin vosotros, estas historias seguirían en una carpeta del ordenador

## 1. SI PUDIERA PEDIR UN DESEO...

—¿Preparada para volver a ver al...? —Olivia acercó su rostro al de Nicolette, para que ésta la oyera por encima de la potente música de la sala de conciertos.— ¿Cómo le llamaste...? ¿Dios venido a la Tierra?

Nicolette sonrió ante la diversión que manaba de los ojos de su amiga, aunque empezó a notar el rubor en sus mejillas.

—Creo que también dijo que era una personificación de la belleza griega, cuyas proporciones habrían enamorado al mismísimo Miguel Ángel —añadió Luna, con el mismo aire guasón.

El sonrojo inicial se había convertido en calor, pero Nicolette siguió sonriendo, mostrando el aparato dental que cubría sus dientes, antes de dar un largo sorbo a su cóctel sin alcohol.

—¡Es cierto! ¡Si Miguel Ángel lo hubiera visto, su famoso “David” llevaría el pelo un poco más largo y estaría tocando una guitarra! —siguió Olivia.

A pesar de que Nicolette comenzó a sentir que las orejas le ardían, no pudo evitar imaginar la escena. Se imaginó a Danny, como una bella y pálida estatua de mármol, sin ropa...

—Aunque yo creo que en esa época, no estarían muy bien vistos los tatuajes —sentenció Luna.

Nicolette se echó a reír. Ayudada por Olivia, había arrastrado a Luna a aquella sala de conciertos, a pesar de que no le gustaba nada el rock, ni las melenas, ni los tatuajes.

No dejaba de mirar de soslayo, apretando los labios con fuerza, mientras trataba de evitar que la tocara cualquiera de los fanáticos del rock y del heavy metal que las rodeaban. Lo suyo no era el contacto humano, ni las relaciones personales. Luna era una futura notaria y ya podría ostentar el título oficial de ratón de biblioteca si es que éste pudiera obtenerse. A sus dieciocho años, podía hablar de la literatura rusa de Aleksandr Pushkin, así como de todas esas corrientes artísticas que acababan en “ismo” y que poca gente sabía diferenciar con tanta claridad. Las únicas amigas que tenía eran Nicolette y Olivia, razón por la cual estaba, en aquel momento, rodeada de chicos con largas melenas que agitaban sus cabezas como si estuvieran poseídos.

Olivia no parecía tan tensa. A pesar de que no era exactamente su ambiente, no desentonaba. Ella misma se denominaba “Friki Oliv” y sus asistencias a ferias del comic, congresos varios y conferencias sobre Japón, la estaban convirtiendo en una eminencia. Lo suyo era el manga, el anime, las cartas Magic, el Warhammer y todas esos muñequitos graciosos exportados de Asia. Aunque sobre todo, sabía todo lo que se podía saber sobre Tolkien. Incluso hablaba un poco de élfico. Nicolette y Luna habían tenido que ahorrar bastante para comprarle una cabeza de Sauron a tamaño real por su cumpleaños. ¿Quién querría algo así para tenerlo en el cuarto? Pues la respuesta era simple: Olivia Sáez, alias “Friki Oliv”.

—¿Y si tu Apolo de carne y hueso se ha vuelto Dioniso?

—¿Estás insinuando que es el dios del vino, del éxtasis y el gran inspirador de la locura ritual? —preguntó Olivia, con sorna, repitiendo la teoría de la que acababan de examinarse. No hacía ni dos semanas que habían aprobado la Selectividad.

—Es una estrella del Rock&Roll, ¿no? —Luna se encogió de hombros.

—¡No lo es! —protestó Nicolette, empujando levemente a su amiga—.

Todavía no. Y él no es así.

—¡Deja que te cuente un secreto, Nicolette! —dijo Olivia—. ¡No lo conoces! Y te digo una cosa. Si yo estuviera tan buena como él... ¡Me encantaría ser la versión femenina de Dioniso! Solo se vive una vez. Además, las Bacanales son al Rock&Roll como los anabolizantes a ciertos deportistas...

—¡Paso de vosotras! —dijo Nicolette, alejándose de sus amigas en dirección al escenario. Se abrió paso entre la gente y se colocó en primera fila.

Miró su reloj. Unos minutos. Faltaban unos minutos para que el concierto empezara.

Hacía algo más de un año desde que había visto al grupo *Smoking Wild Demons* por primera vez. Había sido Olivia la que la había llevado hasta allí, después de que se enterara de que Axel la había engañado con otra. Y a pesar de que solo quería estar en pijama, gastando una o dos docenas de cajas de pañuelos de papel y comiendo Häagen-Dazs compulsivamente, Nicolette había aceptado.

Ni siquiera levantó la cabeza cuando comenzaron los acordes de la primera canción. No prestó atención a los aplausos del público, solo podía mirarse las Converse mientras las lágrimas comenzaban a anegar sus ojos de nuevo.

Pero entonces, le oyó cantar.

Tenía una voz potente, profunda y hermosa. Nicolette alzó los ojos y le vio. Llevaba unos pantalones de cuero apretados y un chaleco abierto, mostrando su torso perfecto cubierto de tatuajes. Pero su belleza, impresionante a simple vista, no era nada comparada con su carisma y su aire salvaje.

Danny Blackdadder era una bestia en el escenario. Se lo comía. Sus movimientos eran provocativos y encendían al público, que no tardaba en saltar y en bailar al ritmo de la música.

—¡Es impresionante!, ¿a qué sí? —le dijo Olivia, al ver la cara que se le había quedado.

Nicolette solo pudo asentir, boquiabierta.

—¡Pues solo tiene dieciocho años! —gritó Olivia, antes de que un chico

melenudo se colara entre ellas para saltar frente al escenario.

*¿Solo dieciocho años?* Nicolette se quedó asombrada ante la idea de que él fuera solo un año mayor que ella. Tenía la misma edad que su ex novio Axel, pero el aire indomable que destilaba y lo que sus ojos (perfilados con eyeliner negro) transmitían, le hacían parecer mucho mayor.

Aquella noche, de regreso a casa de su abuela, Nicolette conectó el módem e introdujo el nombre *Smoking Wild Demons* en el buscador. Todavía no eran muy conocidos. No había más que un par de entradas, en páginas especializadas en el mundo del Rock&Roll. Ni siquiera contaban con una página de información en la Wikipedia.

El grupo había surgido tres años antes, siendo prácticamente adolescentes, y habían recorrido la mayoría de los pubs de Reino Unido antes de actuar en Francia y en España.

Un entendido de una revista digital les pronosticaba un gran futuro. *“Dentro de unos años, todo el mundo escuchará las estridentes melodías de Smoking Wild Demons, y su cantante, el aguerrido Danny Blackdadder, será una auténtica estrella.”*

Había buscado información personal sobre él, pero no encontró demasiada. Nacido en Inverness, Escocia, se había trasladado a Londres con doce años, para vivir con su madre. El novio de ésta tenía un pequeño grupo de rock, con lo que Danny aprovechó para desarrollar su verdadera pasión, cantando y tocando la guitarra.

No encontró más. Aunque a medida que pasaban los meses y el grupo se hacía más conocido, fueron apareciendo más datos, sobre todo, cuando una agencia de publicidad contrató a Danny para ser la imagen de un perfume. Al parecer, una joven publicitaria de Londres lo había visto actuar en un pub justo cuando acababan de recibir el briefing del cliente, explicándoles que deseaban que la campaña transmitiera que todos tenemos un lado salvaje en nuestro interior. Y en cuanto él se movió por el escenario, abriéndose el chaleco, moviendo las caderas, desafiando al público, la joven publicitaria cayó rendida a sus pies. Otros muchos clientes quedaron deslumbrados por Danny: revistas de moda, diseñadores, estilistas...

Se estaba volviendo el chico de moda en Londres. Era un tipo de modelo alejado de la belleza clásica y su imagen estaba acaparando los medios de comunicación y multiplicándose en internet. Sin embargo, no había abandonado el grupo.

Ahora, un año después, *Smoking Wild Demons* no había alcanzado la misma ansiada fama que su cantante, pero gracias a éste, ya eran mucho más conocidos y su caché se había multiplicado por diez.

Nicolette los había seguido desde aquella noche. Primero en *My Space*, luego en *Facebook*, en *Youtube* y últimamente en *Twitter*.

Treinta días antes, Danny había anunciado en esta red social que actuarían en aquella sala de conciertos de Valencia, como colofón a su gira veraniega. Nicolette había comprado las entradas con antelación y se había ofrecido a convertirse en la conductora oficial durante las fiestas de verano para Luna y Olivia, con tal de que la acompañaran.

Ahora estaba allí. A punto de verle actuar de nuevo.

El resto de miembros del grupo ya estaban en el escenario. Comenzaron a tocar las notas de la primera canción, llamada *Nunca volveré a enamorarme*, que era una balada preciosa.

Olivia y Luna se unieron a Nicolette, con expresiones de disculpa en el rostro. Ella les dedicó una sonrisa enorme y las cogió de las manos.

—Si pudiera pedir un deseo ahora mismo, ¿sabes cuál sería? —le dijo Olivia, al oído.

Nicolette negó con la cabeza.

—Desearía que conocieras a tu gran Apolo, Dioniso o como se llame...

—¿Por qué?

—Porque él te hace sonreír, Nicolette.

Era cierto. Tenía el corazón roto y era desconfiada. Echaba de menos a sus padres y le aterrorizaba la idea de que su abuela, la única familia que le quedaba, muriera y ella se quedara sola. Sin embargo, cuando escuchaba la voz de Danny, todo parecía desaparecer. El dolor, el miedo y la tristeza se

evaporaban.

Justo cuando él apareció en el escenario, le dio la razón a Olivia, esbozando una sonrisa magnífica, olvidando que siempre solía cubrirse la boca con una mano al sonreír.

Y sus amigas, después de intercambiar una mirada cómplice, desearon en silencio que su deseo se cumpliera.

## 2. LA CHICA TRISTE DE LA PRIMERA FILA

El concierto duró una hora y media. Danny lo dio todo. Cantó las canciones de los dos discos que su grupo había sacado a la venta, recorrió cada centímetro del escenario, cubriéndose de sudor, castigando sus cuerdas vocales porque... lo adoraba.

Estaba enamorado de la música, del *Rock and Roll*. Y de la sensación de euforia sobre el escenario. Era placentero. Se sentía poderoso. Su grupo, sus canciones, triunfaban entre la gente. Incluso aquellos que acudían a verlos por primera vez, quedaban prendados de ellos. Pero sobre todo, de él. Danny conocía el efecto que causaba.

Lo había sabido siempre, desde la primera vez que pisó un escenario. Tenía ocho años cuando su padre le llevó a un festival en Inverness, su ciudad natal. Todavía eran días felices. Tiempos en que los excesos del alcohol no habían desestructurado su familia.

Atesoraba aquel recuerdo con una intensidad especial. Las luces, la noche, la música escocesa. Todo parecía parte de un sueño. Brillante, irreal, mágico. Por eso no se dio cuenta de lo mucho que su padre bebía. Estaba tan entusiasmado, mirando a un lado y a otro, observándolo todo con sus audaces ojos de niño, que no apreció como las mejillas y el rostro de su padre iban

coloreándose poco a poco, ni se dio cuenta del deterioro de su capacidad de habla, ni de sus andares pesados del final. Su atención estaba en todas partes, alejada de una parte de su vida que se desmoronaba.

Una anciana le invitó a subir al escenario para cantar una canción tradicional escocesa, basada en un poema de Robert Burns. La canción se llamaba *MacPherson's Farewell* y acompañaron su voz con gaitas de las Highlands y un acordeón. La gente enmudeció cuando Danny empezó a cantar y él, mientras veía todos los rostros orgullosos que le observaban con admiración, decidió que se dedicaría a la música.

Por aquel entonces, no eran más que sueños de un niño, es cierto. Después quiso ser policía, también médico e incluso, ornitólogo. Pero cuando se marchó a Londres, el gusanillo del Rock&Roll se le metió en el cuerpo, en aquel tugurio en el que el novio de su madre tocaba los fines de semana.

La guitarra se convirtió en su mejor amiga. Siempre la llevaba a cuestas. La guardaba debajo de la cama cuando se acostaba, si es que no se quedaba dormido con ella entre los brazos. En ese aspecto, Danny no había cambiado demasiado. Seguía cargando con su guitarra. Y cuando salían de gira con *Smoking Wild Demons*, era la única compañera en su habitación de hotel.

Casi siempre.

Ser una incipiente estrella del Rock&Roll y un conocido modelo atraía a las chicas como la miel a las abejas. No había demasiados lugares en Londres en los que no le reconocieran. Sin embargo, en España no contaba con demasiados seguidores. Supo reconocer a una de ellas en cuanto la vio. A pesar de los focos, de los gritos, de la música, Danny siempre se fijaba en los rostros de aquellos que asistían a sus conciertos.

No tardó en verla. Estaba en primera fila. Pelo largo, liso, que se iba aclarando, volviéndose cobrizo, hacia las puntas. Su rostro de niña era hermoso. Tenía la frente ancha, cejas pobladas y nariz respingona. Los ojos, oscuros, lo seguían a través del escenario. Era una fan que conocía todas sus canciones. Una de las pocas en aquella sala de conciertos.

La vio sonreír a sus amigas. Llevaba corrector dental. Como él durante muchos años. Y enseguida sintió algo. No podía dejar de mirarla. Por alguna

extraña razón, sabía que no estaba acostumbrada a sonreír. Había cierta melancolía en sus ojos. Y cuando los cerró, mientras él cantaba *Nunca volveré a enamorarme*, la única balada que había compuesto hasta la fecha, no pudo evitar acercarse a ella. Recorrió el escenario, cantando, sin dejar de observarla. Aquella chica no había abierto los ojos todavía. Danny no paraba de moverse durante las casi dos horas de concierto, pero en aquella ocasión, era diferente. Se arrodilló y cantó para ella, que seguía con los ojos cerrados. Sus labios se movían ligeramente, mientras cantaba con él en voz baja.

A su lado, dos chicas que la flanqueaban, miraban a Danny con la boca abierta. Pero él no podía apartar la mirada de ella. Lo había hipnotizado con su tristeza.

*“La tristeza es un traje que todos llevamos en alguna ocasión”* recordó las palabras de su madre. *“Pero a ti no te corresponde llevarlo, Danny. No todavía.”*

Cuando su madre huyó, llevándole con él a un bullicioso y ajetreado Londres, alejándole de su padre, Danny perdió la alegría. Se volvió un niño introvertido, callado y triste.

Después, el pesar se transformó en rabia. Se metió en muchos líos.

Hasta que encontró una forma de desahogarse: tocando la guitarra, escuchando y escribiendo canciones de Rock & Roll.

Sin embargo, la tristeza seguía atrayéndole. No le gustaban las chicas alegres, charlatanas y superficiales. Le gustaban aquellas que tenían una historia que contar. Porque eran como él.

Cantó la última estrofa mirando a la chica misteriosa y cuando la gente aplaudió, se levantó y se alejó, agradeciendo el apoyo del público con una reverencia. La miró de reojo, mientras bebía un poco de agua. Ella abrió los ojos y aplaudió. Una de sus amigas reclamó su atención, le dijo algo al oído y ella negó con la cabeza.

Durante el resto del concierto, no la perdió de vista. Una hora después, Ayrton, su batería, le dijo que tenían que tomar un descanso. Paul, el dueño de la sala, un tipo desgarrado y cubierto de tatuajes, subió al escenario y acercándose al micrófono, dijo:

—*Smoking Wilds Demons* tomará un descanso de veinte minutos. No os alejéis mucho. Y ya sabéis, cubatas a mitad de precio hasta que se reanude el concierto.

Acto seguido, se acercó a ellos y les indicó que le siguieran, que había un reservado para ellos donde podían descansar. Sus amigos descendieron del escenario y Danny fue con ellos. Miró una última vez hacia ella, pero no la encontró.

Cuando subió de nuevo, sus ojos volaron indefectiblemente hacia la joven. Y aunque ella no lo supiera, le dedicó el resto de las canciones.

Danny se había despedido del resto de su grupo una hora antes. El resto de componentes de *Smoking Wild Demons* tomaban un avión a Dublín, porque al día siguiente tenían la boda en un pueblecito perdido de la campiña irlandesa.

A él también le habían invitado, pero asistía Olga, a la que hacía varios meses que no veía. Danny pretendía seguir sin cruzarse con ella, por lo que había declinado amablemente la invitación.

Se quedó en la cafetería, escribiendo una canción. O más bien, tratando de que la inspiración acudiera a él de nuevo.

*Maldita inspiración, maldita musa, ¿dónde te has metido?*

La partitura estaba llena de tachaduras. Escribía notas, con la música en su cabeza, pero no podía continuar. Así que volvía atrás, tachaba, rescribía y tachaba.

Estaba tan enfrascado en tratar de componer, que no se dio cuenta de que le habían robado la maleta, hasta que echó en falta otro bolígrafo. Miró a su alrededor. La maleta, que estaba a su derecha, junto a la silla, había desaparecido.

Se la habían robado en sus narices.

Se acercó al mostrador de su línea aérea para explicar lo sucedido. De ahí le acompañaron hasta un oficial de policía, que le tomó declaración.

Lamentablemente, no podían hacer gran cosa al respecto.

Danny llamó a su agente James, que le dijo que gestionaría todo en cuanto pudiera. Y aunque trató de tranquilizarle, Danny oía al otro lado del teléfono el sonido de las risitas femeninas y de las copas de champagne, así que supo que esa noche, su agente le dedicaría a él escasos pensamientos.

Cuando colgó el móvil, se dejó caer en el suelo, maldiciendo sonoramente. ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde iba a pasar la noche? Estaba solo, sin dinero, sin pasaporte.

Solo tenía su móvil. Miró la pantalla. Y entonces, se le ocurrió algo. Con suerte, tal vez funcionaría.

### 3. UN MENSAJE QUE LO CAMBIA TODO

*¿Alguien puede ayudarme? tuiteó Danny. Problemas con mi pasaporte. No puedo volver a Londres. Sin pasta.*

Nicolette, que estaba echada en la cama, todavía emocionada por el concierto, tenía el móvil en la mano. Estaba repasando los últimos tweets de la gente a la que seguía cuando apareció uno de Danny. Releyó el tweet unas doce veces. Después, volvió a leerlo. Pestañeó con incredulidad.

*Estoy atrapado en el aeropuerto. ¿Algún sitio para pasar la noche?*

¿Y si le respondía? Estaba sola en casa. Su abuela Paca estaba en un viaje con los jubilados y tardaría un par de semanas en volver.

Era una idea alocada y totalmente impropia de Nicolette, pero tal vez por eso, porque estaba cansada de hacer siempre lo que era correcto y racional, decidió probar suerte.

*Supongo que no pierdo nada, se dijo, así que escribió unas pocas palabras en inglés:*

*Tengo una habitación libre.*

Danny miró su móvil. Alguien le había respondido. Una tal Nicolette Coquette, una de sus seguidoras. Tenía la foto de un gatito durmiendo en su perfil, contaba con noventa y cinco seguidores y en su información personal decía:

*We are product of our past, but we don't have to be prisoners of it.*

¿Qué perdía al responder? Aquello era mejor que dormir en el aeropuerto, hasta que su ocupadísimo agente se cansara del *Moët & Chandon* y de las mujeres y decidiera ocuparse de su situación. Tampoco podía contar con sus colegas, ya que no estarían disponibles hasta dos o tres días después de la boda irlandesa, cuando se hubieran recuperado de la fiesta y de la...resaca.

Danny sonrió y deseó que la suerte se pusiera de su parte.

Al cabo de menos de un minuto, Nicolette recibió un mensaje directo que decía:

*¿Entonces vienes a recogerme?*

Se quedó mirando el móvil con los ojos muy abiertos. No podía ser. Danny le había escrito, le había respondido. Y ahora tenía que ir a recogerle.

*Sí. Tardo una media hora,* tuiteó ella, con dedos que parecían de gelatina.

*Ok. Gracias.*

Nicolette saltó de la cama y se acercó a su armario. Tenía que quitarse el pijama, que se había colocado en cuanto había regresado del concierto. Miró con ansiedad las prendas colgadas.

¿Qué podía ponerse? Tras mover las perchas de un lado a otro un par de veces, se decidió por dos prendas con las que solía verse favorecida.

A medida que se desvestía, fue mirando el móvil. A lo mejor, se arrepentía. A lo mejor, se había equivocado y pretendía enviárselo a otra persona.

*¡Gracias a @nicolettecoquette tengo donde pasar la noche!*

No se había equivocado. Danny iba a pasar la noche en casa de su abuela. Con ella.

Se metió en los vaqueros más ajustados que tenía y comenzó a dar saltitos por el cuarto para subírselos del todo. ¡Qué estrechos que eran! ¿Por qué siempre se compraba ropa incómoda como aquella? Se los abrochó tras contener la respiración y se colocó su camiseta blanca y unas sandalias de estilo romano. Se atusó el pelo.

Se miró en el espejo. Su cabello, castaño, era largo, pero siempre estaba liso, sin volumen y se le aclaraba por el condenado sol a la altura de las puntas. Sus ojos, negros, eran absolutamente corrientes, a pesar de que a la gente solían gustarle, por sus larguísimas pestañas naturales, herencia de su madre. Su boca era demasiado gruesa. Y encima tenía un pequeño lunar sobre el labio superior, que ella detestaba. Y eso no por hablar de las pecas. El millón de pequitas que cubrían su cara, su cuello, su pecho y sus brazos. Por algo la llamaban Pecas. Como a la protagonista de la serie Perdidos, pero sin ningún

otro parecido entre ellas.

En aquel momento, también deseaba perderse en una isla. En serio.

¡No estaba preparada para conocer a Danny Blackdadder!

Si su físico no le infundía confianza en sí misma, estaba el detalle del aparato dental. Por algo Olivia y Luna la llamaban de broma “*Lady Brackets*”.

*¿Por qué demonios le he enviado ese mensaje ofreciéndole mi casa?*

Tuvo ganas de gritar.

¿Y si le dejaba tirado? Podía hacerlo. Era buena idea. Lo pensó, mientras deambulaba por su cuarto. Después, eliminaba la cuenta de Twitter y ya estaba. Adiós a las redes sociales, de vuelta al anonimato.

Volvió a mirar el móvil. La silueta del pajarito aparecía en la zona superior izquierda.

Deslizó el dedo por la pantalla y por un momento, no supo si creer lo que estaba viendo.

Tenía más seguidores. Concretamente, doscientos ochenta y tres seguidores más. Y aumentando...

Y todo por el *tweet* que Danny acaba de escribir, agradeciéndole su ayuda.

Ahora no podía dejarle tirado. Cogió su bolso de Tokidoki, sacó las llaves del coche de su abuela y bajó al garaje.

Cuando vio el coche, tuvo ganas de gritar otra vez. No en vano, ella se refería a él como “Cuatro Latas”, porque era el nombre que recibía el Renault 4L. Era un coche pequeño, en un blanco desgastado por el paso de sus casi treinta años de historia. El coche en sí fue fabricado en 1973, con lo que implicaba que era más de veinte años mayor que Nicolette. Había pertenecido a su padre, pero desde que éste había muerto, sus abuelos lo habían cogido en escasas ocasiones. Al principio aún realizaban algún viajecito con él, pero después, el abuelo lo usaba para ir y volver a la huerta junto a Mico, el pequeño perro ratonero del que Nicolette tenía vagos recuerdos. Cuando el abuelo enfermó, el coche quedó relegado al garaje, y durante los últimos dos años, solo lo había sacado Axel, para ir a pasarle la ITV por petición expresa de la abuela

Paca.

Nicolette se subió y metió la llave en el contacto. Solo lo había cogido una vez, una semana antes, tras aprobar el carnet de conducir. No era como los coches modernos. El volante era fino, metálico y estrecho y la palanca de cambios estaba situada en el salpicadero. No tenía, obviamente, calefacción ni aire acondicionado, así que lo primero que Nicolette hizo fue abrir las ventanas, desplazando los cristales manualmente hacia un lado.

No tenía ganas de llegar empapada de sudor a recoger a Danny. Aun así, cuando aferró el volante, tenía las palmas de las manos chorreando. Se las secó en los vaqueros y se obligó a respirar con tranquilidad. Recordó que primero tenía que abrir las puertas del garaje. Aquellos estúpidos nervios la estaban volviendo un ser unicelular. Se bajó a toda prisa del coche y abrió las dos puertas que daban a la calle.

Regresó al coche y arrancó. El motor sonó, protestando. A Nicolette le recordó a un viejecito malhumorado al que habían despertado de su siesta. Le gustó pensar de nuevo en su abuelo, como si su alma se hubiera quedado atrapada en aquel vehículo. Y lo cierto era que aquella idea la tranquilizaba a la hora de conducir. Pensaba que su abuelo Gabriel estaría cuidando de ella en aquel momento.

Seguía pensándolo cuando tomó la salida que llevaba a la autovía. Por ahora, todo había ido bien. Se incorporó detrás de un camión. Vio impotente, como la adelantaban todos y cada uno de los coches que circulaban en su dirección y empezó a ponerse nerviosa. No sabía si iba a llegar a tiempo. El Cuatro Latas no podía superar los cien kilómetros por hora, así que tenía que ir en el carril de los lentos, entre aterradores camiones. Llegó al aeropuerto treinta y cinco minutos más tarde. Aparcó y fue corriendo hasta la puerta principal. Cuando la cruzó, el corazón le latía más rápido que nunca. Solo podía pensar en que iba a conocer de verdad, en persona, frente a frente, a Danny Blackdadder.

Después de un año escuchando sus canciones, viendo sus fotografías y los vídeos de su banda... Iba a conocerle.

Nicolette no era realmente consciente de que el mensaje que había enviado, cambiaría las vidas de ambos.

## 4. PERDIDO Y ENCONTRADO

En cuanto se serenó, después de haberse pellizcado un par de veces para asegurarse de que no estaba soñando, Nicolette miró su móvil.

*¿Cómo puedo reconocerte?*

Claro. La estúpida imagen de un gatito durmiendo que Nicolette tenía puesta en el Twitter no era de gran ayuda.

Nicolette miró su ropa. Camisa blanca y vaqueros. Nada lo bastante llamativo.

Probó a describirse en 140 caracteres.

*Flaca, pelo castaño, ojos oscuros...*

Nada en ella la hacía destacar.

*Llevaré el móvil en la mano, con tu canción Nunca volveré a enamorarme.*

El aeropuerto estaba atestado de viajeros. Por todos los lados, mirara por donde mirara, había maletas, gente, más maletas, y más gente.

Danny no iba a verla de ese modo. Y ella tampoco lograba encontrarle, a pesar de lo mucho que largó el cuello, poniéndose de puntillas. Su estatura, un metro sesenta, no ayudaba demasiado.

*¿Dónde estás?*

A punto del ataque de nervios, decidió hacer lo único que se le ocurrió. Subió al máximo el volumen multimedia de su teléfono y comenzó a bailar. Lo había hecho muchas veces en su cuarto y también durante el concierto de esa noche. La conocía a la perfección.

Cantó la letra en voz muy baja, mientras agitaba el móvil y bailaba. La gente la miró. Por suerte, todos parecían estar esperando un *flashmob*, así que no la consideraban una chalada. Mentalmente, se lo agradeció a los primeros a los que se les ocurrió algo así. Gracias a ellos, los vigilantes de seguridad del aeropuerto la miraban con una sonrisa en la cara y no estaban dirigiéndose a ella para arrestarla ni nada parecido. Levantó otra vez el móvil, por si Danny la veía. A su alrededor, un grupo de turistas japoneses le tomaban fotos sin parar. Pronto llegaron las palmas, al ritmo de la música. Se encontró rodeada de unas cincuenta o sesenta personas dando palmas y bailando. Nicolette siguió escrutando los rostros de la gente, por si localizaba a Danny.

Solo esperaba encontrarle antes de que la canción llegara a su fin.

5 minutos con 38 segundos duraba la balada, en la que Danny cantaba al desamor.

Nicolette adoraba ese tema, porque podía aplicar cada estrofa a lo que le había sucedido a ella misma. Era como si Danny hubiera cogido un pedazo de su vida y lo hubiera hecho canción.

En ese instante, oyó una voz que cantaba. Miró a su alrededor. La gente se apartó a un lado. Y ella lo vio. Cantando mientras tocaba su guitarra, estaba Danny.

Nicolette se quedó de piedra. Dejó de bailar y sus ojos le escanearon. Lo primero que le impactó fue que superaba el metro ochenta de altura. Seguro que le sacaba más de una cabeza. Después, sus ojos se fijaron en todos los detalles con minuciosidad.

Lucía una camiseta blanca de cuello de pico, por el que asomaban gran parte de los tatuajes de su pecho; los vaqueros eran bastante más anchos que los pantalones con los que solía actuar y los llevaba sujetos por un cinturón con una hebilla plateada con una figura de la simbología celta.

La canción acabó y la gente que se había agrupado alrededor de ellos comenzó a aplaudir. Nicolette apenas oía nada a su alrededor. Sentía el corazón desbocado dentro de su pecho, y resultaba ensordecedor. Se le había acelerado la respiración y no podía moverse.

Él estaba allí, a un par de metros. Hizo una reverencia, sonriendo entre la gente, como una estrella que cae del cielo.

—¡Gracias a todos! —dijo Danny, mientras estrechaba manos y saludaba.

Nicolette se obligó a mantener la calma. No obstante, cuando él se levantó, después de haberse agachado a guardar la guitarra en la funda y se dirigió hacia ella, sintió que las piernas le flaqueaban.

—¿Nicolette Coquette? —preguntó él, con una sonrisa.

Danny no podía ocultar su sorpresa. Era ella: la chica misteriosa de mirada triste.

—Sí. Soy yo —su voz habló en un tembloroso inglés.

—Encantado de conocerte —dijo él tendiéndole la mano derecha, en la que lucía varios y gruesos anillos de plata.

Nicolette le estrechó la mano tras secársela en el muslo.

De cerca, aún era más guapo. Sus facciones eran fuertes, pero elegantes. Pómulos altos, frente cuadrada, rostro ovalado. Su pelo, castaño, estaba peinado hacia atrás con gel y le llegaba por debajo de las orejas, en las que llevaba varios pendientes de aro. Destacaban sus ojos penetrantes de brillo azul metálico, adornados por unas pestañas largas pero sobre todo, su boca, gruesa y firme, que acababa de transformarse en una sonrisa perfecta.

—La foto de tu perfil no te hace justicia —dijo él.

Cuando Nicolette le soltó la mano, no supo qué hacer con ella. No podía dejar de pensar en lo agradable que era el contacto de su piel. En su cabeza, un duende atiborrado de endorfina saltaba de un lado a otro, diciendo: *¡Lo he tocado! ¡Lo he tocado! ¡Me ha dado la mano!*

Nicolette hundió sus manos en los bolsillos de sus vaqueros y trató de hablar con voz tranquila.

—En estos momentos me alegro de haber elegido ésa, en lugar de una imagen de la película de Alien. No creo que hubieras aceptado que viniera a recogerte pensando en mí como en una criatura alienígena.

Danny sonrió y se encogió de hombros. Era divertida y eso le gustó.

—Soy muy fan de la Saga de Alien, así que hubiera aceptado igual.

—¿Eres fan? ¿En serio? ¡Yo también! Salvo de *Alien vs. Predator*... Creo que ahí la pifiaron.

—Míralo por el lado bueno. Demostraron que se pueden coger dos cosas buenas, unir las y conseguir algo muy malo.

—Perdona, pero yo eso ya lo sabía. Puede gustarte el chorizo y también el chocolate, y con un poco de sentido común sabes que la mezcla no va a ser muy deliciosa.

Danny se echó a reír. Nicolette se quedó pasmada, mirándole. Se había reído por algo que ella había dicho y la miraba con ojos amables y risueños.

No podía creerse que todo estuviera pasándole a ella. De no ser porque aún sentía el calor en la mano que él había estrechado, estaría cuestionándose seriamente su cordura.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Alguien me ha robado la maleta. Dentro tenía todo: mi documentación, mi pasaporte, mi dinero. Bueno —dijo, metiendo la mano en el bolsillo de su vaquero. Sacó un billete de cinco libras y se lo enseñó a Nicolette—...No puedo pagarme un hotel. Y ni siquiera un taxi.

—¿Y los chicos de tu grupo?

—Han volado a Dublín. Salieron antes porque mañana tienen una boda. Yo tenía otro vuelo. Estaba en la cafetería, componiendo... Cuando he ido a coger un bolígrafo, después de que se marcharan, me he dado cuenta del desastre. Había dejado la maleta a menos de un metro y alguien se la ha llevado.

—¿Lo has denunciado?

—Sí, pero me han dicho que no me haga ilusiones. Al menos, conservo mi

móvil y mi guitarra.

—¿Has hablado con alguien...?

—Sí, con mi agente. Lo gestionará todo en cuanto pueda, pero es un... tipo ocupado.

—No te preocupes por el tiempo. Puedes quedarte en mi casa cuanto necesites.

—Muchas gracias, Nicolette. ¿Es ése tu verdadero nombre?

—Sí. Lo es. —Sintió que se sonrojaba de nuevo.— Tengo el coche en el parking. Estarás cansado.

—Sí. Vamos.

Antes de que atravesaran las puertas, él dijo su nombre y ella le miró.

—Gracias por encontrarme —dijo él.

Ella asintió y dijo:

—No, gracias por encontrarme tú a mí antes de que acabara la canción. No soy de las que bailan solas y en público.

Danny sonrió. Nunca iba a olvidar el momento en que la había visto. Nadie había hecho algo así por él. La letra de una futura canción comenzó a germinar en su mente y tenía el título.

Se llamaría Perdido y Encontrado.

## 5. PREGUNTAS PERSONALES

Salieron del aeropuerto en dirección al estacionamiento. Caminaron juntos, aunque separados y en silencio. Nicolette lo miraba de reojo. Llevaba la guitarra colgada a la espalda y andaba despreocupadamente.

—¿No vas a preguntarme dónde vas a alojarte?

—Has dicho que tenías una habitación libre ¿no?

—Sí. Pero a lo mejor deberías asegurarte de que no es en algún sitio demasiado... siniestro, ¿no te parece?

—Confío en ti. Además... Incluso aunque vivas en una mansión encantada, no soy de los que se asustan fácilmente.

—Tiene algo que ver con que seas escocés, ¿verdad?

—Vengo de una tierra llena de mitos, así que...— dijo él, encogiéndose de hombros.

Ella sonrió.

—Te he visto en el concierto —continuó él—. Llevabas otra ropa.

Ella se detuvo en seco y le miró, con los ojos enormes.

—Camiseta de tirantes negra y shorts. Y un collar de piedras de colores.

¿La había visto? ¿De toda la gente que había en la sala de conciertos, se había fijado con tanta atención en ella que sabía incluso la ropa que llevaba?

—Yo-yo-yo me hago los collares — tartamudeó, mientras se perdía en sus ojos azules.

—Deberías venderlos. En Londres, arrasarían.

—¿Te has fijado en mí por el colgante?

—No. Por tu sonrisa.

—Sí, ya...

—¡Eh! Yo también llevé aparato. Cinco largos años.

—¿En serio? Así que tu preciosa sonrisa es fruto...

—De un corrector dental.

—¿Sabes? Deberías reservar todos esos secretos y dejar que tus fans sigamos creyendo que eres perfecto.

—El marketing se ocupa de eso.

—Me encanta que seas una persona tan confiada y optimista. Así no saldrás corriendo cuando veas el carruaje en el que he venido a buscarte.

Giraron y allí estaba. Nicolette lo saludó con teatralidad, mientras esperaba la reacción de Danny. Si era un tipo superficial, el momento mágico se rompería en mil pedazos.

Él sólo sonrió.

—Es... clásico.

—Es una cafetera — añadió ella —. Puedes decirlo.

—¿Puede llevarnos a tu casa?

—Sí.

—Entonces, vamos — dijo él y Nicolette adoró de nuevo su sonrisa. Aunque

acto seguido, deseó que no sonriera ni una sola vez a lo largo del trayecto, porque ella no estaba muy segura de si podría conducir, con tal distracción sentada en el asiento del copiloto.

Tras unos veinticinco minutos, Nicolette abandonó la autovía y tomó la salida que llevaba a su pueblo natal. Tomó una rotonda y justo cuando salió de ella, se dio cuenta de que se había equivocado. Tenía que llegar a la siguiente rotonda y dar la vuelta.

Estúpidos nervios.

La carretera que tomaron era estrecha y poco iluminada. A ambos lados, se elevaban juncos de varios metros que ocultaban el resto de la huerta valenciana. De repente, el motor comenzó a sonar muy raro. Parecía que se ahogaba.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. Pero deberías apartarte a un lado.

Nicolette giró el volante y condujo a lo largo de unos metros por el arcén. Entonces, el coche se detuvo.

—Creo que te has quedado sin gasolina.

Nicolette tardó un par de segundos en asimilarlo. Después, tardó otros cuantos más en comprender su estupidez.

—¡No, no, no, no! ¡No es posible! ¡Cuatro Latas, no me hagas esto!

—Ya sé por qué ha sucedido esto.

—¿Por qué?

—Se ha declarado en huelga. Por llamarle cafetera. Los hombres y los coches tenemos nuestro orgullo y nuestro corazoncito. Si dudáis de nuestras capacidades, fallaremos en el momento menos inoportuno.

—No quiero saber cuando te ha pasado algo así a ti.

Se mantuvieron la mirada durante lo que duraba un suspiro y Danny añadió:

—Nunca. Por supuesto. Nunca. Yo soy una máquina. Yo— Ante la mirada que Nicolette le estaba dedicando, continuó —... De acuerdo. Seguiré guardando secretos. ¿Hay... Hay alguna gasolinera cerca?

—Creo que a unos kilómetros.

—Pues vamos.

—Espera, debemos señalar correctamente —dijo ella, al tiempo que abría la guantera. Sacó dos paquetes de plástico con dos chalecos reflectantes y se los entregó a Danny —. No es el último grito en moda, pero hay que ponérselo.

—No hay problema.

Nicolette se preguntó si existía algo que hiciera mermar su sonrisa y su buena actitud. Estaba teniendo una noche desastrosa y sin embargo, no había fruncido el ceño ni una sola vez. No podía ser tan perfecto. Claro que no.

—Deberías coger la guitarra. No es seguro dejarla aquí.

Danny se colocó el chaleco y abrió el paquete que contenía el de Nicolette. Se lo tendió. Ella se lo colocó y se arregló el pelo mientras él se colocaba a la espalda la funda de la guitarra. Unos instantes después, Nicolette sacó el triangulo del maletero, contó treinta metros y lo colocó de forma que fuera visible para otros coches.

—¿Lista? —preguntó él.

Ella asintió y tras orientarse para saber qué dirección tomar, emprendieron la marcha.

—Debes pensar que esto es una pesadilla.

—¿Por qué?

—Bueno, estamos caminando por el arcén de una carretera, a las tantas de la noche, porque la única persona que ha ido a buscarte, después de que te robaran la maleta, no ha sido capaz de darse cuenta de que su coche no llevaba bastante gasolina.

—Lo único que importa es que has sido la *única* persona que ha accedido a ayudarme.

Nicolette le miró, sorprendida. ¿Por qué no era arrogante, ni un creído que solo hablaba de su música y de su belleza? ¿Por qué no era alguien enamorado de sí mismo, sino más bien, alguien cercano y dulce?

—Estoy muy agradecido —dijo él, con una sonrisa deslumbrante.

Nicolette tragó saliva y asintió.

—¿Cuántos kilómetros crees que hay hasta la gasolinera?

—Al menos, tres.

—Entonces, debemos entretener el tiempo mientras caminamos. Juguemos a algo. ¿Cuál es tu color favorito?

—¿Qué?

—Es un juego para conocernos mejor. Ya sé que te gusta la saga Alien y los gatos, pero quiero conocer más cosas sobre ti.

—Naranja —respondió ella, sin meditarlo demasiado.

—El mío es el negro.

Nicolette pensó que ese color, con el que solía verle en sus actuaciones, le quedaba de maravilla

—Ahora, pregunta tú.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—Sushi.

—¡Oh, vaya! A mi amiga Olivia le encantaría oír eso.

—¿Y la tuya?

—El chocolate. Aunque no sé si cuenta exactamente como comida, yo me podría pasar la vida alimentándome exclusivamente a base de él.

—Interesante —dijo él, con el rastro de una sonrisa en los labios— Veamos... ¿Qué puedo preguntarte? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Me lo imaginaba. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El trece de febrero. ¿Y el tuyo?

—Cumplo veinte años en diciembre. El día de navidad.

—¿Puedo hacerte preguntas personales?

—Claro.

Nicolette bajó los ojos un segundo al tiempo que se mordía el labio inferior. Había una pregunta que le estaba rondando la cabeza desde antes de conocerle. Así que decidió lanzarse.

—¿Tienes novia?

—No, no tengo. —Danny se echó a reír. —No tengo demasiada suerte con las chicas.

—Sí, ya —dijo ella, con sarcasmo.

—¿No me crees? —dijo él, levantando una ceja.

—No. En absoluto. Tu aspecto físico, tu voz, a lo que te dedicas... Todo eso atrae a las chicas.

—Pero no a la apropiada.

—¿Apropiada? Suena bastante...antiguo.

—¿Antiguo? ¿Tal vez después de todo... soy alguien chapado a la antigua? —dijo, encogiéndose de hombros—. Es posible.

—¿Qué estás buscando?

—Amor —respondió él con naturalidad.

Ella le miró unos instantes, asimilando lo que Danny quería decir. ¿Alguien como él buscaba el amor? No podía ser cierto.

—Tú puedes tenerlo —añadió ella—. No creo que sea lo más difícil de conseguir para ti, Danny.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo no sueño con el amor.

—¿Y con qué sueñas?

—Con viajar, con ver el mundo.

*Con salir de mi cárcel invisible*, quiso añadir.

—Solo tienes dieciocho años, tienes toda la vida por delante. —Ante la mueca que vio en el rostro de Nicolette, se plantó frente a ella y añadió— Te muestras segura en lo que respecta a mí, me dices que puedo tener amor y sin embargo, pareces dudar de tus sueños... ¿Por qué? ¿Cuál es tu historia?

—¿Mi historia?

—Hay algo detrás de esos ojos tristes, me he dado cuenta en el concierto, cuando te he visto por primera vez.

—¿Crees que mis ojos parecen tristes? —dijo ella, retomando la marcha.

—¿No es así?

—Bueno... Hace un tiempo que me rompieron el corazón... Tal vez sea por eso.

Era una de las razones, aunque no la más importante. Pero ella no quería que Danny conociera lo disfuncional y desestructurada que estaba su familia.

—¿A ti también te lo rompieron? El desamor es la mayor plaga que existe.

—Espera, espera —dijo ella, tras unos segundos—... A ti, Danny Blackdadder, ¿te han roto el corazón?

—Me lo arrancaron, lo tiraron al suelo y vi como se rompía. Por eso escribí la canción *Nunca volveré a enamorarme*.

—Lo siento. —Fue lo único que pudo decir ante la sinceridad que vio en él.

De repente, entre ambos se había instaurado un silencio pesado, ligeramente incómodo.

—¿Qué te pasó con ese chico?

—Pues...

—¿Es demasiado personal?

—Yo he empezado con las preguntas personales, así que me siento en la obligación de contestar. Llamémosle Chico-A ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Cuéntame la historia al completo.

## 6. TODOS SUFRIMOS POR AMOR

—Chico-A y yo coincidimos en clase hace dos años. Se sentó a mi lado y comenzamos a hablar a menudo. Yo tenía una amiga, llamada Clara, que comenzó a salir con uno de sus amigos, así que de repente, comenzamos a salir con el grupo de amigos de Chico-A. No sé cómo pasó, pero una noche, mi amiga bebió mucho y se enfadó conmigo, así que yo para no estropear más las cosas, me di la vuelta y decidí irme a casa. Llevaba un rato caminando cuando Chico-A me llamó. Había dejado la fiesta para acompañarme. Charlamos todo el camino. No solo de cosas de clase, sino de nosotros... Y cuando llegamos a mi casa, me dio un beso en la mejilla. No fue gran cosa, pero a partir de ese momento, empezó a gustarme. Traté que no se me notara y mantuve nuestra amistad. Lo veía en clase y también los fines de semana. Mi amiga Clara y su amigo tenían una relación muy tormentosa. Siempre había peleas de celos y de pronto, me vi envuelta en una de ellas. No sabía por qué. Esa noche, Chico-A intervino y me dijo que me llevaba a casa. Cuando le pregunté qué pasaba, me dijo que yo les gustaba a varios chicos del grupo y que Clara no soportaba que me dedicaran tanta atención. No me lo creí. Se lo discutí. Él me dijo que incluso Mario, el novio de Clara, me miraba cuando no me daba cuenta y yo me enfadé. Le dije que era una tontería inmensa. Y entonces, me dijo que abriera los ojos, que yo era... Que yo era preciosa. Eso dijo. Le miré, alucinada y entonces, me dio un beso. Mi primer beso. Después, me dijo que

se marchaba y me quedé sin habla. No fui ni siquiera capaz de despedirme. Y durante las semanas siguientes, le estuve evitando. Eran las vacaciones de navidad y no salí de casa porque no me atrevía a verle. Aunque en Nochevieja, se presentó en mi casa tras las campanadas. Llevaba un traje y una botella de champán porque estaba en una sala de fiestas con sus amigos, pero pese a que había pagado la entrada para toda la noche, me dijo que no podía dejar de pensar en mi y que prefería estar conmigo. Yo estaba sola, así que me puse un vestido y los dos nos fuimos a la playa. Hacía mucho frío. Chico-A acercó su coche a la orilla, puso la música a todo volumen y estuvimos bailando, bebiendo champán y riéndonos. Y en algún momento, comenzamos a besarnos y empezamos a salir juntos. Fue una noche mágica. Y durante un tiempo, todo fue como un sueño. El sueño del primer amor, que crees que nunca puede acabarse. Pero entonces, todo se complicó y acabó de una forma triste. Muy triste.

Nicolette miró al cielo y suspiró. Había enganchado a Danny con su relato. Él la había escuchado en silencio, asimilando cada palabra, dejando que en su cabeza se formaran imágenes que recreaban la historia de aquella chica. Nicolette le había hecho partícipe de su desamor y Danny sentía que la comprendía. Él, que tanto había sufrido por Olga, que había vivido cada instante de su relación con la ilusión del que se enamora por primera vez... ¿Cómo no iba a entender a Nicolette? ¿Cómo no iba a sentir una gran empatía hacia ella?

En ese instante, ella le miró. A pesar de que la tristeza bañaba su expresión, se esforzó en sonreírle con dulzura. Le encantaron sus ojos. Podían ser tristes y a la vez, risueños.

—Me debes una historia —le dijo ella.

—Tienes razón. La llamaremos Chica-O. Nos conocimos en una sesión de fotos para una marca de ropa. Era alta, delgada y tenía unos ojos atigrados que me volvieron loco en cuanto los vi. Era directa, decidida y sabía lo que quería. Esa noche, tras las fotos, fuimos a tomar algo y acabamos juntos, en mi casa.

—Ya veo que tu historia es para mayores de edad, ¿eh?

—Creo que ahí estuvo el problema. Así es como empezó. Y si hubiera

continuado así, como algo únicamente físico, no habría sufrido tanto. Pero comenzamos a coincidir en desfiles, en trabajos para algunas firmas, contraté al mismo agente... Por un tiempo, todo iba bien. Pero entonces, yo creí que me había enamorado. No dejaba de pensar en la Chica-O. Me molestaban sus fotos con otros modelos y me volvía loco cuando no me cogía el teléfono. Así que pensé que tenía que declararme. Y lo hice. Me planté en Nueva York y fui a su *loft*. Me abrió la puerta y no me esperé a que me dirigiera la palabra. Le dije que la amaba. Que quería formalizar lo nuestro. Y entonces escuché una risa masculina que venía del interior. Estaba con otro. Con un director de cine que le había prometido un papel en Hollywood. Ella me sonrió con crueldad y me despidió con un “gracias, pero no estoy interesada, porque a día de hoy, Danny, no eres nadie.” Con esas palabras, retorció, arrancó y destrozó mis sentimientos. Me di la vuelta y salí de allí con el poco orgullo que me quedaba. Y desde entonces, aún he tenido que trabajar con ella en varias ocasiones. He pensado dejar el trabajo de modelo, pero me pagan muy bien y me abre muchas puertas para mi grupo de música. Por eso no he viajado en el mismo avión que mis amigos. Ellos asisten a una boda en Irlanda a la que ella también está invitada y no quería verla...

—Sé cómo te sientes. Yo también he estado escondiéndome y evitando a Chico-A.

—Parece que somos una muestra del herido orgullo de los traicionados.

—Sí, eso parece. Aunque no tendríamos que escondernos. No hemos hecho nada. Somos inocentes.

—Yo me consuelo diciendo a mi mismo que ya me tocaba estar a este lado. Siempre he estado en el otro, rompiendo los corazones.

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¡Sabía que eras un rompecorazones! Yo sin embargo, solo he estado en este lado; el del corazón roto y el orgullo pisoteado.

—Aunque a estas alturas supongo que ya sabes que puedes tener al que quieras ¿no?

—Perdona, ¿qué?

—Bueno, eres preciosa, inteligente y divertida. Tienes todas las papeletas para cruzar la línea.

—¿Tú lo has hecho? ¿Ahora vuelves a romper corazones, a jugar con las chicas?

—¿Despedirte sin dar tu número de teléfono o sin aprenderte su nombre es haber cruzado la línea?

—Ah, ya veo. Estás cómodamente instalado en el lado oscuro. Danny Blackdadder, que dice que sueña con amor, pero que mientras tanto, rompe los corazones de todas las chicas que se cruzan en su camino...Creía que habías dicho que estabas chapado a la antigua.

—Y lo estoy. Pero hasta que esa chica llegue, no voy a quedarme solo.

—Yo estoy sola. No he vuelto a estar con nadie después de Ax...de Chico-A, quiero decir. Y no pienso estarlo.

—¿No has estado con nadie? ¿Y cuánto tiempo hace?

—Un año más o menos.

—Así que llevas un año triste, escondiéndote y diciéndote a ti misma que no volverás a enamorarte. Tu postura me parece muy co...

—¿Cómoda? Lo es.

—Iba a decir cobarde.

—¿Qué? ¿Y lo que tú haces qué es? ¿Ir de flor en flor, coleccionando chicas no es cobarde?

—Lo es. Lo admito. Pero ya fui valiente una vez. Me pasé doce horas en un avión pensando las palabras apropiadas y cuando las dije, me respondieron con risas. Decidí que nunca más iba a ser valiente. Nunca más me declararé.

—¿Y si pierdes a una gran chica por no hacerlo?

—Creo que tengo la esperanza de que ella se declare primero.

—Eso es cómodo y cobarde.

—La única forma en la que voy a hablar de amor es a través de mis canciones, lo tengo decidido.

—¿Y pensando así, aún puedes componer esas canciones sobre sentimientos

tan bonitas?

—Bueno, lo cierto es que... He tenido una crisis creativa.

—¿Ya la has superado?

Danny la miró y sonrió.

—Creo que he encontrado un camino que me puede llevar a superarla. Y voy a seguirlo. A ver dónde me lleva.

—Espero que tengas suerte.

En ese momento, Danny sonrió. Ya sentía las notas revoloteando por su cabeza. Y la letra de una canción estaba germinando a una velocidad increíble.

¿Era posible que hubiera encontrado a su musa en aquella chica de ojos tristes?

## 7. BELLO Y REAL

—Eso es el mar, ¿no?

Nicolette se detuvo a su lado. Llevaban casi dos kilómetros caminando y estaba segura de que la gasolinera estaba cerca. Sobre todo, cuando sintió la caricia de la brisa del mar. No se había equivocado al orientarse. Menos mal.

Danny ladeó el rostro hacia ella y se le aceleró el corazón. Todavía no podía creerse que él estuviera allí. Aún le ardía la mano derecha, la que le había estrechado al presentarse. Era la única prueba de que él era real, pese a que, en aquel instante, cuando Danny sonrió enigmáticamente, su belleza era más propia de un sueño.

—Vamos a bañarnos —dijo él.

—¿Qué?

—¡Sí! ¡Vamos! —dijo un segundo antes de echar a correr hacia las dunas.

Nicolette lo llamó, pero él no regresó. Aguardó un momento y decidió seguirle. La playa estaba desierta. En otras ocasiones solía estar plagada de pescadores, que pasaban la noche sentados en la orilla, observando durante horas la punta de su caña de pescar, atentos al menor indicio de que algo hubiera mordido el anzuelo.

Solía ir con su abuelo a aquel mismo sitio. Supuso que ya no había demasiados peces por aquella zona. Tal vez por la contaminación o por el cambio climático. El caso era que la playa estaba vacía, lo que le permitió hallar a Danny sin problemas. Había llegado a la orilla y se estaba quitando las botas.

Maldito loco. ¿De verdad pensaba bañarse?

Ella llegó a su lado con rapidez. Había dejado la funda de la guitarra en la arena, junto a las botas y los calcetines. Comenzó a quitarse el chaleco, la camiseta y en ese momento, las palabras que Nicolette pensaba decirle se perdieron en su cabeza.

La luna, una brillante bola blanca que se alzaba imponente sobre la línea del mar, concedió a sus ojos la posibilidad de observar cada centímetro del cuerpo de Danny mientras se quitaba la camiseta.

No supo si venerar a la luna o si odiarla.

Danny estaba delgado, pero fuerte. Tenía unos brazos anchos y musculados, pectorales cuadrados y separados y un estómago con los seis abdominales más marcados que Nicolette hubiera visto nunca. Las fotos no le hacían justicia. En absoluto.

Y después estaban los tatuajes. Uno de ellos, un tribal celta, le empezaba en el pectoral derecho, cubriendo la espalda desde el hombro y apareciendo por el costado, hasta llegar a su estómago, tocándolo con unas terminaciones alargadas.

Sobre su pectoral izquierdo, distinguió el dibujo de un árbol, cuya copa y raíces estaban unidas de una manera ornamentada, como cadenas entrelazadas.

Pudo ver dos tatuajes más en los brazos. Palabras en gaélico, que ella no entendió. Y otro más en la pierna derecha, cubriendo el gemelo y en el empeine del pie izquierdo.

—¿No vas a quitarte la ropa? —dijo él, mientras se desabrochaba el cinturón de su pantalón.

A Nicolette se le descolgó la mandíbula. ¿Qué le había preguntado? Seguro que lo había entendido mal. Había sido una confusión lingüística. Seguro.

Pero cuando Danny se bajó los vaqueros, ella dio un par de pasos hacia atrás y se tapó los ojos con la mano.

Le escuchó reírse. Su risa era muy bonita: fluida, musical, masculina.

—¿No vas a meterte?

—No, yo no —dijo ella, cerrando los ojos con fuerza—. Te esperaré aquí, pero no creo que sea lo más conveniente porque...

Danny sonrió, consciente de que ella no le veía hacerlo. Y decidió divertirse un poco. Solo un poco.

—Creo que está ahí la policía.

—¿Qué? ¿Dónde? —dijo ella, girándose para mirar en la dirección de la carretera.

Danny avanzó hasta ella y la cogió en brazos. Ella gritó por el susto, mirándole con sus enormes ojos oscuros.

Él sonrió. A ella se le había acelerado la respiración. No había chica a la que no le pasara cuando él estaba cerca, pero Nicolette era diferente. Se recompuso con facilidad y frunció el ceño. Le pidió con seriedad que la bajara al suelo.

—No. Tú deja caer el bolso o se vendrá también al agua.

—No, suéltame. —Frunció de nuevo el ceño.

—No voy a hacerlo.

Ella le observó un momento, evaluándole. Estaba dispuesto a cumplir lo que estaba diciendo, así que ella estiró el brazo y soltó el bolso, que cayó cerca de las pertenencias de Danny.

—¿Por qué haces esto? —dijo ella, con cierto deje de terror en la voz.

—Tienes que aprender una lección —dijo él, sonriendo, mientras daba varios pasos hasta la orilla—. Y ahora, quítate las sandalias.

—¿Qué lección?

—Las sandalias...

Ella gruñó, pero se quitó una sandalia, empujándola con el otro pie. La sandalia cayó en la orilla. Después, se sacó la otra ayudándose de los dedos de su pie derecho. Estaba descalza. Y en sus brazos. Procuró no pensarlo demasiado.

—¿Qué lección?

—A no meterte con los coches viejos.

—¿Eres el defensor del ego de los coches viejos o algo así?

—Sí. Puedo hablar con ellos. Los entiendo, me cuentan sus problemas...

—Dios mío —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—...He recogido a un loco en el aeropuerto.

—¿Qué? —dijo él, riéndose—. ¡Yo he sido recogido por una loca que adora los gatos!

—¡Eh! ¡Yo no he dicho que adore los gatos!

—Yo creo que debes tener unos cincuenta en tu casa.

—Lo cierto es que ya que lo has adivinado, no puedo mentirte. Tengo gatos. Cien. Los estoy entrenando. Algún día, les entregaré una capa y una espada y conquistarán el país.

Danny soltó una carcajada. Ella sintió los músculos de su estómago moverse.

Nicolette estaba entre sus brazos, conteniendo el aliento y él parecía tan fresco como una lechuga.

Qué injusto.

—No me preocupan tus gatos. No los enviarás a conquistar Reino Unido ¿verdad?

—Lo estoy pensando...

—Entonces, como buen embajador que soy, estoy en disposición de hacer una oferta para evitar la guerra.

—¿Una oferta? —dijo ella, levantando una ceja—. Te escucho.

—Voy a dejarte en el suelo. No voy a tirarte al agua.

—Tendría que haber comentado lo de mis gatos conquistadores mucho antes.

Danny volvió a reírse y la dejó con delicadeza en la arena. Ella sintió la caricia de una ola en la planta de sus pies y cuando alzó los ojos, vio el rostro de Danny cerquísima del suyo, mirándola con esa sonrisa que era salvaje y misteriosa a la vez.

—Que conste que lo hago por Reino Unido...Habría sido divertido que te bañaras conmigo —dijo, antes de retroceder un par de pasos y meterse en el agua.

En ese instante, un fuego sin llama se extendió por cada célula del cuerpo de Nicolette.

## 8. CARPE DIEM

—¡Dueña de gatos! ¿En serio que no vas a bañarte?

Danny se había acercado de nuevo a la orilla tras nadar durante unos minutos. Todo su cuerpo estaba empapado y el agua le recorría desde el cuello hasta el vientre, deslizándose por los escalones de su musculatura. Llevaba unos slips negros, que se adherían a su cuerpo y hacían que Nicolette pensara en la posibilidad de entrar en combustión espontánea.

Sentir todo este fuego en su interior no era normal.

Danny sonrió al darse cuenta del lugar al que viajaban los ojos de Nicolette, adornando su rostro con una sonrisa que podría iluminar más que la misma luna.

—Quédate en ropa interior y báñate conmigo.

Ante las palabras de él, Nicolette apartó la mirada de su perfecto cuerpo y la dirigió hacia el mar. Sus aguas iban y venían con su compás. Si no se tranquilizaba se sumergiría en ellas. Solo esperaba que estuvieran muy frías, árticas si podía ser. Aunque era agosto y el mar la traicionaba. Como la maldita luna, que iluminaba el cuerpo de Danny, haciéndolo destacar en medio de aquella playa desértica.

—¿En ropa interior? ¡No!

—¿Entonces? —dijo él, con una mirada pícaro.

El espacio entre los dos se llenó de una electricidad invisible. Todo gracias al tema de conversación que había quedado implícito en el aire, como miles de partículas en suspensión que cargaban el ambiente. Tragó saliva, nerviosa. El corazón le latió descontrolado dentro del pecho.

—Eres una chica aburrida después de todo.

—¡Oye, señor modelo de cuerpo perfecto! ¿No has pensado que no todas las personas estamos acostumbradas a que otras no vean...así? —Hizo un gesto, señalando sus slíps.

—No creo que tengas nada de lo que avergonzarte bajo esa ropa.

El calor recorrió de nuevo el cuerpo de Nicolette.

*¿Cómo puede Danny estar tan tranquilo? ¿Qué no ve que yo ardo y tiemblo, hiperventilo y me pongo roja, y...?*

Miró el mar. ¿Serán esas aguas lo suficiente frías como para salvarle de ese fuego que amenazaba con devorarla por dentro? Seguramente, no.

—¿Por qué me haces esto? —dijo, con un hilo de voz.

—¿Esto? —dijo él, sin entender.

—Tú no sabes lo que me gustaría ser diferente —lo soltó, sin pensar.

—¿Y crees que puedo ayudarte a conseguirlo? —preguntó él, tranquilo, al tiempo que la miraba con una intensidad deliciosa.

—No, no lo creo. —La intensidad de sus ojos azules se le hizo insoportable.

Volvió a mirar el cielo. Una, dos, mil estrellas. Las constelaciones y todo el universo se confabulaban contra ella, para ponerla en un gran aprieto.

—¿Por qué no? —En su pregunta había una velada impaciencia.

—Porque no. Y punto —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho y bajando la cabeza.

Se echó a reír. Su risa resonó en toda la playa. Hasta Neptuno envidiaría lo bonita que sonaba. Mil veces mejor que cualquier canto de sirena.

Danny se colocó delante de ella, tan cerca que pudo oler el mar en su piel. Después, le apartó el pelo hacia atrás, dejando al descubierto su rostro. Las palmas de sus manos estaban mojadas, pero a ella no le importó.

Era un poco insegura. Danny no entendía por qué. Era bonita y sobre todo, tenía un sentido del humor que denotaba inteligencia. No estaba acostumbrado a chicas así. Desde que empezó a desfilarse y a ser modelo, todas las chicas con las que había estado se dedicaban a esa profesión. Eran chicas a las que no les importaba quedarse en ropa interior delante de él ni de prácticamente, de nadie. Vivían de sus cuerpos y lamentablemente, sus conversaciones también giraban en torno a ellos.

Los amigos de Danny enloquecían cada vez que ese tipo de chicas aparecía por sus fiestas, y siempre estaban instigándole a que trajera más modelos.

Danny lo hizo. Durante un tiempo.

Hasta que se dio cuenta de lo frívolas que eran. Sin duda, Olga había tenido mucho que ver con su decisión de alejarse de las modelos.

Y ahora había conocido a Nicolette, que lo miraba con los ojos muy abiertos, expectante, como si él no fuera real.

—¿No hay ninguna forma de que te bañes conmigo?

—No...No lo sé. No, mejor que no... No.

—¿Sabes que las estrellas del rock tenemos fama de caprichosos y consentidos? —Sonrió él ante su titubeo.

—Sí, pero tú no aún no eres una estrella del rock. Eres un aspirante.

—Y muy bueno.

Ella sonrió.

—Puede... Pero ¿tu argumento es que, ya que eres un tío caprichoso y un consentido, aspirante a estrella, tengo que meterme contigo en el agua...solo porque tú quieres?

—Algo así. Estoy acostumbrado a tener lo que quiero.

—Pues entonces ya es hora de que aprendas que no se puede tener todo.

—¿Tengo que creermelo que lo haces para darme una lección de humildad?

—Sí.

—No eres una chica de Carpe Diem, ¿verdad?

—Tal vez lo fui una vez y simplemente...No salió bien.

—Está bien —dijo él, encogiéndose de hombros—... Yo voy a hacer unos cuantos largos más, siéntate a esperarme.

—Las estrellas del rock pensáis que con decir “Carpe Diem” podéis justificarlo todo.

—¿Sabes qué? Puede que tengas razón, pero no superarás tus miedos si no vuelves a decir “Carpe Diem” otra vez...

Nicolette le observó caminar, metiéndose de nuevo en el agua.

No era un sueño. Era real. Ahora lo notaba en su cara, en su pelo, que estaba mojado levemente porque él la había acariciado con sus manos mojadas. Olía a sal. Y probablemente sabría a sal.

Carpe Diem. Sí, claro.

Danny desaparecería de su vida pronto. Tal vez mañana.

No volvería a verle, así que...

Se quitó el chaleco, se sacó la camiseta por la cabeza y se quitó los vaqueros. Dejó la ropa sobre la funda de su guitarra y respiró hondo.

Carpe Diem. Se dijo a sí misma, mientras se daba la vuelta para localizar a Danny. Estaba nadando, justo bajo la luna.

Nicolette dio un par de pasos y se metió en el agua. El calor diurno había hecho aumentar la temperatura del mar. Era agradable. Se sumergió en cuanto el agua le llegaba a la cintura y nadó hacia él.

Danny la esperaba con una sonrisa de ensueño en el rostro.

—No ha sido tan difícil.

—No quiero que pienses que las españolas somos aburridas. Por si algún día te entrevistan cuando seas muy famoso y dicen alguna barbaridad que puede arruinar tu carrera.

—¡Lo tendré en cuenta! —dijo él, riéndose—. Diré que las españolas sois muy divertidas, que me encanta venir a este país y que las playas son maravillosas.

Ella se rio.

—Solo falta que digas que la paella y la siesta son fenomenales y entonces habrás recurrido a todos los estereotipos sobre nosotros. Tampoco es una buena idea de cara a tu futuro, Danny.

—Pues ayúdame a cambiar eso. Enséñame como son realmente las cosas por aquí.

—Bueno... Creo que puede ser divertido.

—Aunque si te soy sincero, me apetece probar una paella y echarme una siesta.

—Te concederé eso.

—¿Eres capaz de cumplir mis deseos?

Ella sonrió. ¿Qué podía contestar a eso? No podía decir que sí y no quería decir que no. Danny se dio cuenta de cómo se debatía, de cómo tardaba en contestar, así que se echó a reír.

Ella frunció el ceño y le sacó la lengua.

Aquella noche, cuando se había dado cuenta de que le habían robado la maleta, con la documentación y todas sus cosas, Danny había maldecido sonoramente, en inglés, sacando todo su acento escocés. Después, cuando se había serenado, había pensado en el Twitter y en que tal vez alguien podía echarle una mano.

Y entonces, había aparecido ella: la chica misteriosa de la primera fila.

La de los ojos tristes.

La misma que había bailado una de sus canciones en un atestado aeropuerto para que él la viera. Y vaya si lo había hecho. La había encontrado y había cantado para ella. Otra vez.

Nicolette había resultado una auténtica sorpresa. Y él se lo estaba pasando muy bien a su lado.

Había olvidado los quebraderos de cabeza que suponía hallarse en un país extranjero solo con un móvil, el cargador y su guitarra.

Aunque había perdido, había ganado. La había encontrado a ella.

## 9. AMIGAS

—¿Qué le pasa a tu timbre?

La voz de Luna sonaba enajenada, como cada vez que tenía que esperar más de un minuto por alguien.

Nicolette despegó un párpado y miró el reloj de su mesita. Las doce y media. Había transcurrido una hora y media desde que supuestamente, tendría que haber acudido a su cita con Olivia y Luna.

Era domingo y había mercado. Eso significaba varias cosas: compras baratas, churros y cotilleos. Pero Nicolette no había aparecido. Tardó unos segundos en recordar porqué.

¡Danny! Se incorporó de golpe, despierta y lúcida, ajena a que Luna le ordenaba que abriera la puerta de una maldita vez.

—Sí, sí, ya voy. Ya voy.

A lo mejor después de todo, había sido un sueño. Pero cuando se miró al espejo y vio las ojeras y el pelo apelmazado y revuelto porque no se lo había arreglado después de la rápida ducha que había tomado tras regresar de la playa, comprendió que todo había sido real.

*Real.*

Lo que significaba que Danny estaba en la planta de abajo, durmiendo en la habitación de invitados. Teóricamente, claro.

Nicolette colgó el teléfono, imaginando la cara de indignación de Luna y bajó corriendo las escaleras. Vio a sus amigas al otro lado de la puerta a través de los cristales verticales. Abrió, tratando de parecer tranquila. Inocente.

—¿Qué te ha pasado? Tienes un aspecto horrible —dijo Luna, torciendo los labios con desagrado.

—Gracias, queridísima amiga... Pasad —dijo, haciéndoles un ademán para que entraran. De reojo, miró la puerta de la habitación. La encontró cerrada. Soltó el aire que estaba conteniendo. Y siguió a sus amigas hasta la cocina.

—Hemos traído churros —dijo Luna—. Pero no te los mereces. Sabes cuánto odio la impuntualidad.

Tomaron asiento alrededor de la mesa de la cocina.

—No tengo hambre.

Olivia y Luna se miraron, después se volvieron hacia ella, con ojos inquisitivos.

—¿Por qué has rechazado los churros...?

—Has dicho que no me los merecía.

—¿Y desde cuando tu culpabilidad por llegar tarde te impide comer churros?

—Los hemos pedido con extra de azúcar, como a ti te gustan.

—Gracias, Olivia.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? ¿Te has peleado con un gato mientras dormías? —dijo Luna, alargando el brazo hacia su cabellera.

—No ha pasado nada —dijo ésta, apartándose con brusquedad mientras trataba de alisarse un poco el pelo —.¿Queréis café o té?

—Té, por favor.

Nicolette encendió el calentador eléctrico de agua y preparó tres tazas con el azúcar y los tres sobres.

Rooibos Vainilla para ella.

Frutos Rojos para Olivia.

Menta para Luna.

Tenía que contárselo. Eran sus amigas. Pero, ¿cómo? A medida que lo iba pensando, se sonrojaba como una idiota.

Cuando el agua hirvió, la vertió en las tazas y se las dio a sus amigas.

—Ya que estás sola estas semanas, tenemos que hacer planes —dijo Olivia.

Sola. Sí, claro. Como si de verdad lo estuviera.

Su mente viajó a la noche anterior. Tras bañarse en la playa, se vistieron y volvieron a tomar la carretera en dirección a la gasolinera. Habían jugado a hacerse preguntas y se habían reído. Cuando compraron la lata, que le costó un montón de pasta a Nicolette, volvieron andando hasta el coche. Por suerte, una amiga del instituto de Nicolette los vio y se detuvo, por lo que los últimos kilómetros los hicieron sentados en el Focus de Eva, que no dejaba de mirar a Danny de reojo.

Incluso cuando se despidieron de ella, no le hizo ni el más mínimo caso a Nicolette. Solo tenía ojos para Danny.

Una vez que se fue, echaron la gasolina y Cuatro Latas arrancó. Pudieron llegar a una gasolinera y acabar de llenar el depósito, lo que acabó por arruinar el monedero de Nicolette.

Después, ella condujo hasta la casa. Estaba nerviosa y ahora no recordaba de qué habían hablado. Podía haberle estado hablando de la Guerra de los Cien Años, o de criaturas mitológicas. A saber. Solo pensaba en que él iba a estar bajo su mismo techo. No técnicamente, ya que él dormiría en la planta inferior y ella en la superior, pero la idea de estar a solas con él, la volvía loca.

Sin embargo, él parecía muy tranquilo. Le dijo buenas noches y se metió en el cuarto de invitados y ella se quedó ligeramente descolocada.

¿Qué había esperado? La respuesta era simple. Esperaba un beso. Un estúpido beso de sus maravillosos labios. Cuando se dio cuenta de la solemne tontería que acaba de pensar, giró sobre sus talones y subió a su cuarto. Se dio una

ducha de agua fría y se acostó. Tardó una hora en dormirse.

Y por eso no había acudido a su cita dominical. Ni se había acordado.

—¿Me estás escuchando o te has dormido de pie?

—¿Qué? —dijo Nicolette, esforzándose por prestar atención a Olivia. Se encontró con los enfurecidos ojos de Luna, taladrándola con la mirada.

—Ver anoche a tu Apolo te ha dejado en las nubes.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabéis?

—Porque estuvimos contigo, tonta.

—¡Ah, sí! ¡Claro! —dijo, sin poder evitar una risa nerviosa.

Luna y Olivia volvieron a mirarse entre ellas.

—¿Estás segura que todas esas pinturas que usas en tus cuadros son buenas para la salud? No quisiera verte vendiendo sombreros en el país de las Maravillas.

—Las acuarelas son inofensivas. En serio.

—¿Entonces qué vamos a hacer estos días?

—Pues...

—Buenos días. —Oyeron una voz que saludaba en inglés y las tres miraron hacia la puerta de la cocina.

A Nicolette se le subió el corazón a la garganta cuando lo vio allí, en vaqueros y sin camiseta, descalzo y despeinado. ¿Es que no iba a acostumbrarse nunca a su presencia?

Olivia y Luna se quedaron boquiabiertas. Sus ojos volaron hasta Danny, lo observaron, lo analizaron, lo identificaron y elaboraron un informe.

Acababan de hacerse una idea equivocada y Nicolette lo supo en cuanto posaron sus ojos en ella.

—¿El baño, por favor?

—¡Oh, sí! Está aquí detrás —dijo Nicolette, señalando la puerta que estaba a

su espalda.

Danny atravesó la cocina bajo la atenta mirada de las amigas de Nicolette. Era un espécimen observado a conciencia con la precisión de un microscopio y lo sabía, pero aun así, no alteró su elegante forma de caminar. Nicolette estaba temblando de pies a cabeza ante la idea del aluvión de preguntas, acusaciones y más preguntas que se le avecinaba.

Cuando Danny pasó por su lado, sonrió y dijo:

—Mmmm. Vainilla. Me gusta.

Lo dijo lo bastante cerca y de una forma lo bastante sexy como para hacer que Nicolette estuviera a punto de derramarse el té hirviendo sobre el pijama de Winnie The Pooh.

Mierda. Winnie The Pooh.

Se le quedó cara de idiota cuando se dio cuenta de que su ropa de dormir no inducía a la seducción, pero no pensaba que él la vería con ella. De hecho, nadie la veía así: con una camiseta vieja con Winnie abrazando un frasco de miel y unos shorts cortos y desgastados en los que podía leerse: *Hello, I'm Winnie The Pooh*.

La cara que se le quedó era un poema. Danny se dio cuenta de ello y cuando cerró la puerta del baño, tenía una insolente sonrisa en la cara. Como si no fuera lo bastante horrible que la viera así, pronto se vio cercada por sus dos amigas, que se habían cernido sobre ella con la rapidez de dos aves de presa.

—¿Qué hace él aquí? —susurró Luna.

—¿Te has acostado con él? —preguntó Olivia.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Olivia, deja que nos diga por qué está él aquí.

Nicolette soltó el aire que sus pulmones estaban guardando y les contó como se había hecho realidad el deseo que sus amigas habían pedido para ella.

## 10. ALGO DE ROPA PARA EL ROCKERO

—Has quedado como una fan loca y desesperada — se apresuró a decir Luna, una vez que Nicolette les hubo contado a grandes rasgos toda la historia.

—¿Por qué?

—¿Plantarte en el aeropuerto a por él? ¿En serio? ¿Es que no tenía a nadie más?

—Al parecer, no...

La puerta del baño se abrió y Danny apareció con una sonrisa. Se había lavado la cara y llevaba el pelo hacia atrás, también mojado.

Las amigas de Nicolette se apartaron de ella y se apoyaron en el banco de la cocina, fingiendo desinterés.

—¿Quieres algo de desayunar?

Los ojos de Danny volaron hacia la bolsa de papel empapado en aceite de la que asomaban unos cuantos churros.

—¿Puedo probar uno de esos?

—Sí, claro —respondió Olivia.

Danny se acercó a la mesa, tomó un churro y le dio un bocado enorme. Estaba hambriento.

Por eso no le importó demasiado los seis ojos que seguían sus movimientos sin parar.

—A partir de ahora, comeré churros a diario solo para recordar este momento... —susurró Olivia, embobada.

A Nicolette le costó aguantarse la risa. Apuró su té, mientras Danny engullía los churros y algunas galletas de mantequilla.

—Creía que los modelos solo comían... aire, ya sabes.

—Tengo una buena constitución. Con un poco de ejercicio lo quemaré todo.

—Ejem, ejem —dijo Olivia, con los ojos repletos de picardía—...¿Has dicho un poco de ejercicio?

Nicolette trató de que los pensamientos malintencionados de su amiga no tiñeran de rojo sus mejillas, pero le fue difícil, sobre todo cuando Danny se acercó a ella.

—Tengo un problema —le dijo él, mirándola a los ojos.

—¿Cuál? —preguntó ella y entonces se dio cuenta de las minúsculas partículas de azúcar que se habían quedado sobre el labio superior de Danny.

—No tengo ropa limpia. Podría poner una lavadora y lavarme esta ropa. No me siento demasiado cómodo así...

Obviamente, Nicolette tenía la atención en la boca de Danny y en el azúcar que había decidido instalarse allí, de modo que lo que su cerebro percibió fue: *bla, bla, bla, madre mía qué labios, bla, bla, bla...*

—¿Qué me dices?

Nicolette sacudió la cabeza. No tenía ni idea de lo que él le acababa de decir.

—Pues...

—Mi tío tiene un puesto de ropa en el mercado —añadió Olivia, al rescate—. Puedes lavarte esa ropa, claro está, puesto que es genial que alguien como tú

sea algo más que una cara bonita y sepa poner lavadoras, pero aun así, solo tendrías ropa para un día o a lo sumo dos... Sin embargo, puedo convencer a mi tío de que me deje unas cuantas prendas.

—Pero yo no tengo dinero —dijo él.

—¡No te preocupes! Mi tío quiere que Nicolette le haga un retrato para su aniversario. Ya acordarán el precio entre ellos.

Danny miró a Nicolette, esperando su confirmación.

—Es buena idea —dijo ella, tratando de no volver a distraerse.

—Gracias, entonces —dijo él, con una sonrisa justo antes de pasarse la mano por la boca y eliminar los restos de azúcar. Nicolette lo agradeció mentalmente.

—Nicolette, vístete y vamos a ver a mi tío. Supongo que tú sabes qué tipo de ropa le gusta a tu ídolo del rock.

—Yo, en realidad...

Ella no sabía demasiado sobre él. Habían hablado la noche anterior mientras caminaban hacia la gasolinera, pero los gustos en cuestión de ropa eran algo muy personal y no quería que él se sintiera disfrazado con la ropa que ella eligiera.

Danny notó su indecisión y dijo:

—Con un par de vaqueros y camisetas estaré más que servido. Y bueno... Algo de ropa interior y calcetines también estarían bien.

*Voy a coger ropa interior para él*, pensó Nicolette, tratando de mantenerle la mirada sin que en su rostro se filtrara este pensamiento.

—En mi país gasto una talla 32 de pantalones, aunque no sé a lo que equivale aquí.

—Creo que a una 40 —respondió Luna.

—Y en cuanto al calzado, gasto un 11...

—Por el tamaño de ese pie —dijo Olivia, sorprendida—... Yo creo que es una

46.

—Es posible —dijo él, mirándose los pies— Son bastante grandes, es cierto.

Antes de que alguna de sus amigas añadiera algún comentario malintencionado, Nicolette se apresuró a decir:

—Pues voy a cambiarme y vamos al puesto de tu tío ¿vale Olivia?. — Después, miró a Danny.— Si quieres tomar algo más, hay té, leche, cereales y galletas. Los vasos están en el segundo armario de la parte superior, las cucharas están justo aquí abajo y...

—Nicolette, no hace falta que le describas la cocina —gruñó Luna.

Danny sonrió con dulzura y le dio las gracias a Nicolette. Un segundo después, ésta se escabullía a toda prisa por las escaleras hacia su habitación. Se puso un vestido rojo y se recogió el pelo (esa maraña enredada que tenía sobre la cabeza) en un moño bajo. Descendió a toda prisa.

Olivia y Luna observaban a Danny mientras él seguía comiendo galletas.

—Volveremos enseguida —dijo ella, despidiéndose.

Danny volvió a sonreír mientras les decía adiós con la mano. Salieron de la casa y Nicolette sabía que en cuanto se quedara a solas con sus amigas, comenzaría el interrogatorio más duro de su vida. Por eso aceleró el paso y se mezcló entre la gente que abarrotaba aquella calle. Esquivó a varias señoras con sus carros y serpenteó con habilidad entre grupos de mujeres que se habían detenido para hablar, obstaculizando el paso. Si sus amigas no la alcanzaban, no la bombardearían con preguntas sobre la noche anterior. Aunque subestimó a Olivia. Su capacidad para evitar atascos humanos y alcanzarla, colgándose de su brazo, sorprendió a Nicolette.

—¿Por qué no le dijiste que durmiera contigo?

—¡Nicolette! —dijo una voz.

En ese momento, a su derecha, sintió la imperturbable mirada de la mejor amiga de su abuela. Nicolette giró el rostro hacia ella. Bajo la aparente tranquilidad de Concha, vivía una cotilla de dimensiones épicas, que no tardaría en contarle a su abuela lo que acababa de oír.

—Hola, Nicolette.

Ella tragó saliva.

—Hola, Concha. ¿Qué tal?

—Pues tirando, hija, tirando...

Luna, que se había quedado ligeramente rezagada, las alcanzó. Concha evaluó a las amigas de Nicolette con esa expresión de “esta-gente-joven-no-tiene-respeto-y-van-vestidas-como-unascualquieras” mientras chasqueaba la lengua y añadió:

—Tu abuela estará fuera varios días ¿verdad?

—Sí —dijo ella, con apenas un susurro.

—Espero que no te metas en ningún lío, Nicolette. Hasta ahora has sido *bastante* responsable.

—Y lo seguirá siendo —intervino Olivia—. No se preocupe, señora Concha. Y ahora, si nos disculpa, tenemos prisa. ¡Adiós!

Volvieron a escabullirse entre la gente y pronto alcanzaron el puesto del tío de Olivia. José era un chico joven, el hermano menor de su madre y había decidido montar su propio puesto de ropa en el mercado. Se pasaba la semana viajando de pueblecito en pueblecito y el domingo plantaba el puesto en su pueblo natal. Nicolette y sus amigas pasaban a saludarle siempre que podían.

—¡Hola, tío!

—¡Hola, guapas! — Sonrió él —. ¿Qué tal estáis?

—Tenemos que hacer un trato contigo, tío —habló Olivia—. ¿Te acuerdas que me dijiste que querías un retrato por tu aniversario de boda?

Tras explicarle que necesitaban ropa para un amigo rockero al que le habían robado el equipaje, y acordar que el precio por la misma serían dos lienzos en los que Nicolette retrataría a José y su esposa Amalia, él les dijo que cogieran cuanta ropa quisieran.

De este modo, Nicolette cogió tres vaqueros, modernos y desgastados; cinco camisetas básicas de varios colores; calcetines; y cuando decidió que debía

reunir el valor para alcanzar los calzoncillos, se encontró con que Olivia ya los había seleccionado y se los tendía en una bolsa.

—Ya me darás las gracias —le dijo. Ante la cara de horror que puso Nicolette, añadió:—. Tranquila, son bóxers negros, discretos y razonablemente castos.

—Odio que te estés divirtiendo tanto —respondió Nicolette, con los dientes apretados.

—Y yo odio que tú no sepas hacerlo. Además... Creo que oficialmente, hemos subido de nivel en nuestra amistad, Nicolette. En el mundo friki, podríamos decir que somos amigas de nivel veinte.

—¿Por qué?

—Porque gracias al deseo que pedimos, has conocido a Danny Blackdadder y quién sabe lo que puede pasar entre vosotros...

—No va a pasar nada entre nosotros —le cortó ella con brusquedad.

—¿Por qué no?

—No soy su tipo.

—Eso no lo sabes.

—Vamos, Olivia, en serio...

—Pues...te mira como si le gustaras —dijo Luna, con insultante incredulidad, mientras arrugaba la nariz.

—¿Sabes, Luna? Deberías replantearte tu futura profesión —respondió Olivia, cruzando los brazos sobre el pecho—. Eres lo bastante borde como para ser abogada o ejecutiva en una multinacional.

—Bueno, ya basta chicas, sabéis que yo soy pragmática y realista, así que dejaos de suposiciones erróneas y de tonterías. Danny se va a quedar unos días y quiero que se lo pase bien —dijo Nicolette, interponiéndose entre sus amigas.

—Yo también quiero que se lo pase bien... Contigo.— Olivia sonrió y se colgó de su brazo.

Nicolette puso los ojos en blanco.

—¿Puedo contar con vosotras estos días o no?

Luna y Olivia se miraron durante unos segundos y después, respondieron al unísono:

—Sí, claro.

—Pues no intentéis liarme con él ni insinúes nada, por favor. Y Olivia, deja de pensar mal, ¿vale? Guarda esas ideas para tus partidas de rol con tus amiguitos que te veneran como a una...

—Elfa, sensual e irresistible, puedes decirlo.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero comportaos, por favor...— pidió Nicolette en una súplica.

—De acuerdo —dijo Olivia—. Seremos buenas...

Sin embargo, por la manera en la que se aguantaba la risa, Nicolette supo que no podía confiar en ellas. Solo deseó que no la avergonzaran demasiado ante Danny.

—Y ahora, volvamos.

Al cabo de un rato, estaban de regreso en la casa de Nicolette. Danny estaba sentado junto a la mesa de la cocina, y tocaba la guitarra.

Nicolette pensó que podía acostumbrarse a una vida con él, en la que compartirían una casa y al regresar, ella le encontraría despeinado y componiendo hermosas canciones.

Era un sueño bonito. Pero ella sabía que los sueños no había que tomarlos en serio. Por mucho que sus amigas pensarán lo contrario.

## 11. COLLARES, LIENZOS Y SUEÑOS IMPOSIBLES

—Y este es mi estudio.

Danny dio un par de pasos y entró en la habitación, mirándolo todo con interés, como había hecho al entrar en cada una de las habitaciones que Nicolette le había mostrado. Habían comido una tortilla de patatas, que le había encantado y después se habían quedado hablando, junto a las amigas de Nicolette, que parecían observarle como si evaluaran su honradez y su inteligencia al mismo tiempo. Danny sabía que su aspecto, su aire de chico peligroso y canalla, hacía que la gente se hiciera una idea preconcebida de él, normalmente errónea. Había sido un chico malo muchas veces, eso era cierto. Estaba acostumbrado a romper corazones, pero era noble y sabía cómo comportarse. Sus tatuajes, sus pendientes e incluso su forma de actuar sobre un escenario eran una manera de ocultar al verdadero Danny. En cierto modo, todo eso formaba parte de una mascarada. El rock le había servido como válvula de escape, como terapia y después, le había concedido la posibilidad de ganar mucha pasta como modelo, viajando por el mundo y conociendo gente. Había aprendido a calar a las personas. Algunas eran tan evidentes que con solo un vistazo podía descubrir cómo eran sin equivocarse. Eso le gustaba, porque le ayudaba a controlar la situación y en los ambientes en los que se movía, el rock y el mundo de la moda, tenía que ser cuidadoso y

manejar con inteligencia las interacciones sociales.

Y luego estaba Nicolette, a la que solo podía definir de una manera que le resultaba exasperante: misteriosa.

Cuando alguien le intrigaba, no podía quitarse a esa persona de la cabeza hasta que averiguaba qué escondía, por qué sufría o qué le hacía reír, e incluso cuál era su color favorito. Por esa razón había observado cada habitación y ahora, al entrar en el estudio, se esforzó por agudizar la vista para captar lo máximo posible, porque aquel sí que era un cuarto que podía desvelar cosas de Nicolette.

Se aproximó a la mesa donde ella elaboraba los collares. Observó las diferentes cajitas con las cuentas. Todo estaba organizado por colores y formas. Y también había varios roys de cuerda y de cuero.

—Quiero que me hagas un collar. Como recuerdo.

Nicolette no pudo evitar entristecerse. Un recuerdo de su estancia allí, de aquellos días fascinantes y maravillosos...

Ella no podría olvidarlos en toda su vida. Estaba segura. Él, sin embargo tenía una existencia alocada, desenfrenada y llena de aventuras y de gente interesante. Mucho más interesante que Nicolette, por lo que probablemente, el único recuerdo que le quedaría sería un estúpido collar artesanal.

—Me lo harás ¿verdad? —preguntó él, al ver que ella se había quedado callada.

—Claro. —Dibujó una sonrisa en su cara que ocultaba los pinchazos de nostalgia, sí, nostalgia, que ya sentía.

Danny se acercó a los lientos. Nicolette contuvo el aliento. Miró la tela que cubría el lienzo de más de un metro en el que había dibujado y pintado el rostro de Danny.

No le conocía cuando había pintado ese cuadro. No era más que un sueño lejano que llegaba a ella a través de sus canciones de Rock'n'Roll.

El timbre del teléfono de casa de Nicolette les interrumpió. Se disculpó y salió del cuarto a toda prisa. Cruzó la casa en dirección al aparador de la

entrada, donde estaba el teléfono. Lo descolgó. Era Olivia, que le preguntó si ya había probado los labios de Apolo. Nicolette se echó a reír. Al menos, habían decidido llamarle Apolo en lugar de Dioniso. Por lo visto, sus amigas se habían sentido tan impresionadas ante la cercanía y la belleza de Danny como ella. Después de charlar unos minutos sobre lo que podían hacer los cuatro, Nicolette se despidió de su amiga y volvió a su estudio.

Vio a Danny de cuclillas frente al cuadro en el que había pintado su cara, ahora al descubierto. Se quedó inmóvil, junto al umbral de la puerta.

Mierda.

—¿Cuánto pides por este? —dijo él, que la había oído entrar.

—Yo...—empezó a decir, mientras deseaba que se la tragara la tierra.

Él se puso en pie y caminó hacia ella.

—Es increíble.

—Ahora seguro que piensas que has llegado a la casa de una pirada, obsesionada contigo.

—Véndemelo. Quiero llevármelo a mi loft de Londres.

El aire se había vuelto eléctrico, más pesado. Se miraron a los ojos mientras los latidos de sus corazones se aceleraban. Danny observó su cara, se deleitó perdiéndose en sus ojos.

*Niña bonita, ¿qué me estás haciendo?*

Ante este pensamiento, sintió que le hormigueaban las manos. Quería alargar el brazo y tocarla para sentir su piel pecosa bajo la yema de los dedos.

Pero ¿y si aquel gesto la asustaba?

Metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y procuró tranquilizarse. Apenas la conocía. No sabía cómo iba a reaccionar.

—¿En serio?

—Sí. Es genial. —Giró sobre sus talones y se volvió a mirarlo.— Es... perfecto. Es de una de mis campañas para Levi's ¿no?

Nicolette sintió un nudo en la garganta. Apenas podía respirar por la emoción.

—No puedo vendértelo —dijo al cabo de unos instantes, con voz temblorosa.

—¿Por qué?

—Te lo regalo.

—No puedo aceptarlo.

—Tampoco puedes pagarme.

Danny sonrió.

—Por ahora no, pero te lo pagaré. Quiero tener ese cuadro y un collar hecho especialmente para mí. Procura que sea un diseño único, ya sabes que trabajo en el mundo de la moda y sé lo que es tendencia y lo que no...

Ella sonrió.

—Lo intentaré.

—¿Por qué no te dedicas a esto? —dijo él, señalando el cuadro.

—En Londres es posible ganarse la vida pintando, pero aquí...

—Pues vente a Londres.

Con esas palabras, Nicolette sintió el dolor de lo que no podía tener. La boca se le llenó del sabor amargo de los sueños imposibles.

Ella sabía a lo que estaba condenada. Siempre había sido consciente de que su vida tenía limitaciones. Y Danny acababa de mencionar una de ellas como si tal cosa.

Apretó los puños con fuerza, de modo que se clavó las uñas en las palmas, dejándose el dibujo de medias lunas en la piel y dijo secamente:

—Luna y Olivia nos están esperando en la playa. Hay un mercado medieval. ¿Te apetece ir?

Ante el tono que ella empleó, carente de alegría y de emoción, Danny apartó sus ojos del cuadro y buscó a Nicolette.

—Sí, claro —dijo, extrañado.

Ella giró sobre sus talones y salió del estudio. Había sucedido algo. Danny intuía que ella se había disgustado y tenía que averiguar por qué.

Se había propuesto desentrañar todos los misterios que rodeaban a aquella chica.

## 12. INALCANZABLE

El camino hasta la playa era una carretera estrecha que atravesaba el casco antiguo y después, a lo largo de varios kilómetros, grandes extensiones de huerta.

Aunque Nicolette parecía a simple vista concentrada en la conducción, sus pensamientos estaban en otro sitio. Se había quedado atrapada en su estudio.

*Pues vente a Londres.*

*... Vente a Londres...*

No dejaba de repetírselo a sí misma. Era más una tortura que un placer. Sabía que lo había dicho por decir, que era más una frase hecha. Danny no sabía lo doloroso que era para ella. Nunca podría abandonar el pueblo, ni a su abuela. Sus sueños se quedaban atascados allí.

Luna y Olivia también soñaban con viajar. Y lo harían. Tenían dinero y familias que las apoyaban. Ella no tenía nada. Solo obligaciones. Gratitud y más obligaciones, convertidas en cadenas alrededor de sus tobillos. Incluso cuando en septiembre fuera a la Universidad, seguiría viviendo en su casa, usando el tren todos los días. Su ambición tenía las alas cortadas por sus circunstancias personales.

Y Danny era el vivo ejemplo de un sueño imposible. Por eso apenas podía hablar. Temía que su fortaleza se desmoronara. No era justo. Él no lo merecía. No merecía ser objeto de sus reproches, ni de su tristeza. Al fin y al cabo, él estaba de paso en su vida.

Pensó en las olas, que llegaban a la orilla y se marchaban. No regresaban. Y él, tampoco lo haría.

—¿Qué sucede? —preguntó él. Se había dado cuenta. La tristeza había vuelto a bañar su expresión, de una manera más evidente, descarnada y cruel.

No era por el silencio que mantenía; era por sus ojos. Y cuando Nicolette lo miró, alertada por su pregunta, la tristeza llegó hasta él como una bofetada.

—Nada —dijo ella y su boca se curvó hacia arriba, en un intento de sonrisa.

Como si fuera tan fácil engañarle.

Como si no supiera lo bastante sobre chicas como para saber que ese “*nada*” encerraba una causa.

Algo la había entristecido. Y quería saber por qué. Desde que la había visto por primera vez en su concierto, se sentía intrigado por ella. Sus gestos, la forma de bajar los párpados, la manera de echarse el pelo por detrás de las orejas... Todo le atraía. Pero sobre todo, quería conocer su historia. Había observado con atención el lugar donde vivía. Había visto fotos de sus abuelos, desde las que estaban en blanco y negro a las más actuales, con el tipo de filtro fotográfico propio de cada década. Se había fijado en las fotos de Nicolette. Había sido una niña preciosa, de enormes ojos alegres y sonrisa risueña. Aunque había sido feliz, se notaba en ella cierta... carencia.

Quizá tuviera que ver con la ausencia de fotos de sus padres.

—Ya hemos llegado. —Nicolette detuvo el coche en el primer hueco que encontró.

En cuanto bajaron del coche, vieron que había mucha gente. Caminaron en silencio, acercándose a la zona de puestos. Se detuvieron frente al primero. Una mujer mayor, ataviada con un disfraz medieval de color verde, les sonrió.

Nicolette miró la mesa en la que había muchos collares realizados con cuero y

metal.

Siempre se sentía fascinada por ellos. Ya fuera ante los escaparates de las joyerías como ante puestos ambulantes de bisutería barata, siempre se detenía a observarlos. Y después, ella hacía los suyos propios, cogiendo de aquí y de allá, con más inventiva e ingenio que dinero. A la gente le encantaban por esa misma razón. Sabía coger una piedra, una concha marina o un trozo de madera y convertirlo en un collar precioso con un poco de esmalte y algo de pintura. Siempre le estaban pidiendo que hiciera más, así que su obsesión no disminuía.

—Son bonitos —le dijo Danny.

Ella volteó la cara y le miró. Había estado muy seria desde que habían subido al coche, y no se había molestado en tratar de establecer una conversación con él porque se sentía herida. Y él no tenía culpa de nada. No se merecía que ella se comportara como una imbécil por algo que no podía cambiar, así que decidió enmendarlo.

—Sí, lo son. ¿Es este tu estilo? —preguntó ella, con una sonrisa.

Danny comprendió que ella trataba de seguir adelante, ignorando lo que había sucedido.

—No voy a darte pistas. Si lo hago ¿dónde está la diversión? —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Quiero hacerte un colgante y sería de mucha ayuda que me dijeras lo que te gusta.

—O puedes conocerme durante estos días, averiguar como soy realmente y hacer el colgante perfecto para mí —dijo él, acercándose más a ella.

—A ver si me entero... Quieres un colgante que te defina, que exprese como eres, que esté a la moda y encima, ¡que sea gratis! ¡Tú pides mucho!

—Está bien —dijo él, mirando su cara, sus ojos—. Entonces hagamos un trato. Por ahora, solo conóceme. Tal y como soy.

Hubo unos segundos en los que se mantuvieron la mirada.

—Me resulta tentador —dijo ella.

—¿Hay alguna tentación cerca? —La voz de Olivia rompió la magia en el que ambos se habían visto envueltos.—. ¿Podemos participar?

—¡Hola! —dijo Nicolette, con la voz demasiado alta. Sentía el corazón descontrolado y sabía que tenía que estar roja como un tomate en aquel mismo momento, por lo que la aparición de sus amigas la hizo sentir muy incómoda y trató de que no se le notara. No quería hacer nada que estimulara los comentarios malintencionados y picarones de Olivia.

—¿Damos una vuelta? —Luna salió en su ayuda y Nicolette respondió, asintiendo enérgicamente.

No podía comportarse así. No era una niña. Tenía que tratarlo como si fuera un amigo más. No podía desvariar cada vez que él sonriera. A él le gustaba provocarla, porque por mucho que ella se esmerara en parecer tranquila, él sabía el efecto que causaba en ella.

Olivia comenzó a hablar con Danny sobre Escocia, donde ella había ido a veranear el año pasado; Luna fue interceptada por una de sus alumnas de piano y en ese momento, Nicolette aprovechó para reducir un poco la marcha y alejarse unos metros.

Respiró hondo alejada de las miradas cotillas de sus amigas, que si la veían tan afectada, no dudarían en darle la lata de manera insoportable, diciéndole que se lanzara sobre él.

Sí, claro. ¡Como si ella fuera de esas chicas!

¡Como si Danny fuera alcanzable! ¡Como si ella pudiera tenerle!

En ese instante, algo llamó la atención a su izquierda. En uno de los puestos, un artesano vendía estrellas de mar. Eran pequeñas, estaban tratadas y barnizadas para que no se deterioraran.

Una estrella inalcanzable. Eso era Danny para ella.

Se detuvo de golpe y se sintió irremediamente atraída por una estrella cubierta por un esmalte plateado. Acababa de encontrar la pieza esencial del colgante para Danny.

Le preguntó al artesano el precio, echando un vistazo antes en busca de sus

amigas y de Danny. Estaban a varios metros, entre la gente. Aprovechando que no la miraban, la compró con discreción, puesto que quería que fuera una sorpresa. El artesano se la envolvió en una pequeña caja con motivos florales y ella la guardó con disimulo en un departamento de su bolso.

Después, con una sonrisa en la cara, se apresuró a alcanzar a Olivia y a Danny. Él la estaba esperando y se fijó en el brillo alegre de sus ojos cuando lo miró. La tristeza había desaparecido momentáneamente de su expresión y Danny tuvo que reconocer que Nicolette era preciosa cuando sus ojos se mostraban así de ilusionados.

—¿Acabamos de ver el mercado y nos acercamos a la Discomóvil? — preguntó Luna, una vez que se había unido también a ellos.

—Pero antes, ¿por qué no cenamos algo?

Todos estuvieron de acuerdo y así hicieron. Cenaron crepes salados, miraron los puestos que les quedaban, se acercaron a una jaima donde servían té y pastelitos árabes y después, a una carpa donde un hombre ataviado como un traje de cuero y guantes, desfilaba entre halcones, lechuzas y otras aves de presa.

Danny se mostró impresionado. El cetrero liberó un halcón que voló entre el público y pasó muy cerca de la cabeza de Nicolette, lo que hizo que ella retrocediera hacia atrás y chocara contra Danny, que se afanó en sujetarla por la cintura. Ante este roce, ella se disculpó y trató de apartarse, pero el halcón realizó la misma maniobra y como Danny se dio cuenta de que estaba ligeramente inquieta, la sujetó contra él.

—Ya veo que lo tuyo son los gatos y no los halcones —susurró él, cerca de su oído.

—Si te soy sincera, ni siquiera me gustan los gatos. Solo los perros —dijo ella, ladeando levemente la cabeza hacia él.

—¿Y por qué tenías la foto de un gato en tu perfil?

—Estaba en mi móvil —dijo ella con naturalidad—. Soy demasiado vergonzosa para poner una foto mía.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, mostrándose evasiva.

En ese momento, aprovechando otro vuelo cercano del halcón, Danny la estrechó más contra él, de forma que ella notó el calor del cuerpo de él contra el suyo. Y su aroma envolviéndola.

—Pues deberías saber que eres preciosa —le susurró él, tan cerca de su oído que Nicolette sintió la caricia de su respiración. Se estremeció de pies a cabeza.

El halcón regresó al guante del cetrero y la gente comenzó a aplaudir. Ella se apartó de Danny y ambos aplaudieron. Ni siquiera se atrevió a mirar a sus amigas, pese a que sentía sus ojos clavados en ella. Tuvo que controlar la sonrisa que se había formado en su corazón y que estaba dibujándose en su rostro.

Tal vez no fuera preciosa, pero nunca olvidaría que su estrella inalcanzable había dicho que lo era.

### 13. LA HISTORIA DEL REY DE LOS TRAIADORES

La Discomóvil se celebraba en una pequeña placita entre la zona de los puestos y el paseo marítimo. Cuando se acercaron, ya estaba plagada de gente. Sobre un escenario había un *Dj* con una mesa de mezclas. Hizo sonar la primera canción y la gente empezó a bailar. Nicolette, Danny y sus amigas decidieron quedarse a un lado, hasta que encontraran un buen lugar donde colocarse.

Danny lo miraba todo con interés y curiosidad.

—¡Y esto es una fiesta de un pueblo pequeño! ¡Tachán! —le dijo Nicolette.

—Yo vengo de uno, así que no es muy diferente... Aunque echo de menos que los hombres llevemos *kilts*.

—¿Qué?

—Las faldas escocesas —dijo él, con una sonrisa—. Se les llama Kilt.

—¿Tú has llevado? —pregunto ella, con los ojos enormes.

—¡Claro!

Nicolette no pudo evitar sonreír ante la escena que se había creado en su mente.

—Si te soy sincero, para mí es algo de mi tierra, a lo que estoy acostumbrado... Me he puesto cosas más raras en los desfiles —dijo él, haciendo una mueca.

—Lo sé —añadió ella—. Vi una foto tuya con una ropa... ¡Que no sabría cómo definir!

Nicolette se echó a reír y Danny se unió a ella. Bromearon durante un buen rato, ajenos a lo que acontecía fuera del pequeño espacio íntimo que compartían.

Cuando empezaban a hablar, compartiendo vivencias y aventuras, el tiempo se les escapaba entre los dedos con una rapidez asombrosa. Ninguno de los dos recordaba haberse sentido así junto a otra persona.

Una chica del instituto se acercó a Nicolette para saludarla, obligándola a apartar su atención de Danny. Le preguntó por el verano y le pidió un collar, diciéndole que le había visto uno que Nicolette había realizado a una amiga de una prima hermana y que le había encantado.

Otra joven también se acercó y la saludó. Al cabo de unos instantes, se vio rodeada de antiguas compañeras de clase, con las que apenas hablaba durante el curso. Supuso que su repentina popularidad se debía a la presencia de Danny a su lado.

Nicolette nunca había tenido un gran número de amigas. Su pasado, su familia, su belleza, (aunque a este rasgo, ella no le concedía importancia) eran elementos que la habían vuelto una persona muy selectiva a la hora de entregar su cariño a los demás.

Por eso, había considerado amigas, en el sentido real e intenso del término, a muy pocas personas. Y a día de hoy, solo tenía como tales a Olivia y a Luna. No siempre lo habían sido. De hecho, la amistad entre ellas había comenzado a fraguarse solo dos años antes y se había visto repentinamente fortalecida por una traición. Y ahora, a solo unos metros, volvían a encontrarse la artífice de la misma: Clara.

Esta era sin duda la mayor desventaja de vivir en un pueblo pequeño. No podías huir de nada ni de nadie. *Si odias a alguien, siempre acabas encontrándotelo.*

Y por supuesto, Clara estaba gravitando alrededor de Axel, ex-novio de Nicolette y la otra parte implicada en la traición.

Olivia miró a Nicolette, preguntando con la mirada si prefería quedarse aquí o cambiar de sitio. Nicolette estaba cansada de huir de ellos. ¡Como si ella fuera la culpable!

Al fin y al cabo, ellos habían roto su corazón y la habían convertido en una persona fundamentalmente desconfiada y sin embargo, seguían saliendo con los mismos amigos y acudiendo a todas las fiestas, mientras que Nicolette había estado escondida durante meses, hasta que Olivia y Luna, con las que hasta entonces solo charlaba en clase de latín, la habían convencido de que abandonara su reclusión.

En ese momento, cuando Clara se dio cuenta de la presencia de Nicolette en la Discomóvil, solo a unos metros, se colocó detrás de Axel, rodeó su cintura y apoyó su barbilla en su hombro derecho. Le dijo algo al oído y Axel miró a la derecha, justo para encontrarse con los ojos de Nicolette.

Se desembarazó del abrazo de Clara y continuó mirando a Nicolette, que apartó rápidamente la mirada.

—Te he traído esto —dijo Danny, al que habían perdido momentáneamente de vista. Le estaba tendiendo una bolsa de golosinas.

—¿Para mí?

—Sí —dijo él, con una sonrisa—. Te he visto que las mirabas en el puesto ese de ahí.

—Pero ¿con qué dinero las has comprado?

—Me las ha regalado.

—Oh, vaya, gracias por usar tus encantos para conseguir golosinas. Después podríamos probar a hacer lo mismo en el puesto de helados —dijo ella, con una sonrisa.

—Estoy dispuesto a sacrificarme por la causa. Sé que te gusta el chocolate.

Nicolette, sorprendida de que lo recordara, sonrió justo antes de coger la bolsa de golosinas. Al hacerlo, sus dedos rozaron los de Danny. Sintió un

escalofrío que recorrió su cuerpo. Él sonrió.

—¿Cuál te apetece probar? —dijo ella, de nuevo tratando de actuar con naturalidad.

—La fresa estaría bien.

Nicolette abrió la bolsa y sacó la golosina con forma de fresa. Se la tendió a Danny, que la cogió tocando deliberadamente los dedos de Nicolette otra vez.

Le gustaba la manera en la que ella se ponía nerviosa, pero mucho más sus torpes intentos de disimular.

Mordió la fresa bajo la atentísima mirada de Nicolette.

—¿Te gusta?

—Sí —respondió él, mirándola atentamente. No solo se refería a la golosina y esperaba que Nicolette se diera cuenta. Le mantuvo la mirada con intensidad, acariciándola con los ojos.

Hasta que Olivia la agarró con brusquedad del brazo y la apartó de él.

A Nicolette le costó unas décimas de segundo ubicarse tras el tirón.

—Danny está causando sensación —le dijo su amiga al oído—. Todo el mundo lo mira.

A pesar de la proximidad a Valencia, aquel pueblecito era muy pequeño y todos se conocían, lo que constituía otra gran desventaja si querías pasar desapercibido. Danny representaba una novedad muy significativa. Además, se notaba a la legua que no era de allí. Tenía estilo, un aire salvaje e indomable y esa condenada belleza que aturdió y embelesaba a partes iguales.

—Eso es porque no es de aquí —dijo Nicolette.

—Sí, ya... ¡Y porque está como un queso!

Nicolette sonrió y negó con la cabeza. Olivia no tenía remedio.

—Y por cierto, adivina quien no te quita los ojos de encima. ¡Tu queridísimo Axel, el rey de los traidores!

Sorprendida, Nicolette le buscó con la mirada y se encontró con los

penetrantes ojos de Axel. Sí, la estaba mirando. Y Nicolette sabía por qué. Era la primera vez que se veían desde que él se había presentado de madrugada en casa de su abuela un mes antes.

Y no pudo evitar recordar lo sucedido aquella noche. Nicolette estaba dormida, pero la vibración del móvil la despertó. Se levantó y se acercó a la cómoda, donde lo había dejado.

El sueño se le fue de golpe cuando leyó en la pantalla:

....*Axel llamando...*

No pensaba responder, pero después supo que la curiosidad por saber qué quería era superior a su parte racional. Descolgó.

—¿Estás en casa? —se apresuró a decir él.

—Sí —susurró ella.

—Asómate a la ventana.

Ella dio un par de pasos, todavía con el móvil pegado a la oreja y corrió la cortina. Axel estaba abajo y la saludaba.

¿Qué hacía allí?

—Baja, por favor —pidió él en una súplica.

Nicolette dudó, quedándose en silencio. Se debatía entre la incredulidad de verle allí de nuevo y las ganas de hablar con él, de saber qué quería.

—Por favor, Niki...

Al escuchar el modo en que la llamaba, suspiró y se dijo a si misma que tendría que reprenderse seriamente...después.

—Vale. Ve a la puerta de atrás.

Su casa constaba de un patio interior que conectaba con la parte posterior de la casa: un pequeño garaje donde su abuelo había criado canarios y donde ahora se guardaban el Cuatro Latas y una descacharrada Vespino.

Había una pequeña puerta lateral por la que Nicolette solía escaparse para ver a Axel o para que él se colara allí por la noche para estar con ella.

Cuando Nicolette se halló a punto de girar la llave, recordó la última vez que había estado él allí: la noche que le rompió el corazón. Todavía estaba a tiempo de dar media vuelta y dejarle plantado. No obstante, como una tonta, giró la llave y abrió.

Axel llevaba una camiseta azul y unos pantalones oscuros. Su pelo negro estaba peinado con gomina y cuando Nicolette miró su cara, se dio cuenta de que tenía un corte en el labio inferior. También apreció que se había vendado precariamente la mano derecha con lo que parecía una camiseta.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he metido en una pelea. ¿Me dejas entrar?

Tenía que decirle que no, que se diera prisa y dijera a lo que había venido, pero por el contrario, se apartó a un lado haciendo un ademán para que Axel entrara.

—Subamos a la biblioteca —le indicó.

Él conocía de sobra el camino, así que atravesó el garaje y subió los escalones que conducían al piso superior de aquella parte de la casa. Nicolette le siguió de cerca y fue la que encendió una pequeña vela que había junto a la puerta. No había vuelto a encenderla desde hacía más de un año. Recordó cuando la había colocado allí. Fue tras una de las primeras noches que Axel se coló en su casa. Se habían pasado horas hablando en la biblioteca, a oscuras, para que su abuela no viera luces encendidas si se despertaba. A la mañana siguiente, había cogido una vela y un paquete de cerillas y las había dejado en un pequeño altillo, junto a la puerta.

La sensación de *déjà vu* que sintió en cuanto olió la cera fue muy fuerte. Todos los recuerdos volvieron a ella con intensidad. Los buenos y los malos. En todos ellos, el protagonista era Axel, que ahora estaba dejándose caer sobre la alfombra, como otras tantas veces, como si no la hubiera engañado con su mejor amiga, como si no hubieran pasado más de 365 días desde la última vez que él había estado allí.

Nicolette se armó de valor, dejó la vela en la mesita y tomó asiento junto a él en la alfombra, dispuesta a pedirle explicaciones.

—¿A qué has venido? —Ella lo soltó rápido, a bocajarro.

Axel levantó la cara y clavó sus ojos, del color del cielo en un día despejado, en Nicolette.

—Quería verte —susurró él.

Nicolette parpadeó.

Trató de asumir el significado de aquellas palabras.

Después, trató de comprobar si mentía o no. Entrecerró los ojos y lo miró fijamente. Lo había dicho con toda la naturalidad del mundo, como si no fuera el Rey de los Traidores.

—¿Por qué?

—Te echo de menos.

Ella entrecerró aún más los ojos, convirtiéndolos en finas rendijas. ¿De qué iba todo aquello?

—¿De verdad piensas que voy a creerme lo que me acabas de decir?

—Es cierto. Y tú también me echas de menos, lo sé.

—No, no lo sabes.

—Pero tú... Tú me miras, Nicolette. Cuando nos encontramos, cuando coincidimos en el Magic o en las fiestas, tú me miras.

Era cierto. Había pasado un año y ella seguía sin poder evitar que sus ojos se dirigieran hacia donde él estaba.

Estúpidos ojos desobedientes.

—Si te miro y he dicho “sí” es para no acercarme donde tú estás, eso es todo.

—¿Y por qué me has abierto ahora?

*Porque soy tonta*, quiso decir ella. Había pasado un año y ella todavía sentía algo por él. Menuda imbécil.

—Nicolette...

Ella alzó los ojos hacia él y las palabras que pretendía decir, el “*es mejor que te vayas*” se quedaron sin pronunciar.

¿A quién había pretendido engañar? Todavía pensaba a menudo en él. Al fin y al cabo, Axel había sido su primer amor. Le había dado su primer beso, fue el primero en decir “te quiero” y una noche, tras colarse en su casa porque estaba sola, fue el primero con el que hizo el amor. No había habido otro para ella.

Como ella no respondía, Axel alargó la mano herida y la colocó en el brazo de Nicolette. Ella despertó del trance y se revolvió con brusquedad, a lo que él hizo una mueca de dolor. La camiseta con la que se cubría la palma cayó a la alfombra y entonces, Nicolette vio un profundo corte justo en el centro de la mano de Axel.

—Tienes que curarte eso —dijo ella, alarmada.

—No es nada —dijo él, al tiempo que agarraba de nuevo el tejido ensangrentado y lo colocaba sobre la palma.

—Espera, que voy a por el botiquín. Se te puede infectar.

Se levantó a toda prisa y recorrió su casa a la carrera, tratando de no hacer demasiado ruido. Llegó al baño, abrió un cajón bajo la pila y sacó una caja metálica de galletas danesas. Volvió junto a Axel y se sentó de rodillas a su lado.

Dejó la caja cerca y le dijo que le mostrara la mano. Él aceptó a regañadientes y colocó la palma de la mano abierta frente a ella.

—Acerca la luz —le dijo ella. Él obedeció, sujetándola con la otra mano. Bajo la luz dorada y danzante de la vela, Nicolette observó el corte. Era profundo, no lo bastante para necesitar puntos, pero algo brillaba en el interior de la carne abierta.—. ¿Cómo te han hecho esto?

—Con una botella.

—Tienes un trocito de cristal dentro. Lo sacaré con unas pinzas.

Nicolette extrajo unas pinzas de la cajita y también varias gasas.

—Tal vez te duela... —dijo, antes de hundir el frío acero en la herida.

Con maestría, agarró el trozo y tiró de él. Axel hizo una mueca de dolor cuando el cristal se separó de la carne. Nicolette miró en profundidad el corte. No había más cristal, así que vertió desinfectante y limpió la herida gastando varias gasas. Cuando consideró que estaba lo bastante bien, colocó una gasa encima y vendó la mano de Axel.

—Pues ya está —dijo, justo antes de mirarle. Se encontró con la mirada azul de Axel y su corazón casi explotó. Se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. ¿Por qué no había podido olvidarle del todo? ¿Por qué no le odiaba?

—Gracias, Niki —dijo él, con dulzura—. Siempre has sido muy buena persona.

—Lo sé. Demasiado, creo.

—Tienes razón. No merecía que me abrieras la puerta y mucho menos que me curaras esto...

Se hizo un silencio. Nicolette miró la vela, que temblaba ligeramente debido a las respiraciones de ambos.

—¿Por qué seguiste con ella? —dijo entonces y se atrevió a mirar a Axel—. ¿Recuerdas lo que pasó la noche que me engañaste? ¿Lo que dijiste?

Axel bajó los ojos. Nicolette volvió a mirar la vela, concentrándose en la pequeña llama bailarina, mientras dejaba que su cabeza retrocediese a la noche que él destrozó su corazón y su confianza.

Había una fiesta a la que Nicolette no había podido asistir porque tenía un examen el lunes. Se había quedado en casa, para madrugar al día siguiente. No llevaba ni diez minutos despierta, cuando él la llamó al móvil. Acababa de amanecer. Le pidió que bajara a la calle y Nicolette, enamorada de él de ese modo ingenuo e irracional de la primera vez, bajó corriendo. En cuanto le vio, supo que algo iba mal, muy mal.

“*Lo siento*”, dijo él, con los ojos anegados en llanto.

El miedo y el dolor asestaron un duro golpe a Nicolette. De todos modos, ella le preguntó por qué lo sentía. Y él fue claro.

*“Me he acostado con Clara.”*

Las piernas le flaquearon y estuvo a punto de caerse, pero se agarró al marco de la puerta y aguantó de pie. Lo que no aguantaron fueron sus lágrimas, que escaparon de sus ojos como dos ríos caudalosos.

*“Estábamos en la casa de Juan. Había bebido mucho y estaba mareado. Me he tumbado un momento y ella se me ha echado encima...Ni siquiera me acuerdo muy bien...”*

Nicolette se imaginó lo sucedido. Se le grabaron todas y cada una de las palabras en su cabeza. Y supo que nunca, nunca las olvidaría.

Se había convertido en el rey de los traidores.

Nicolette se dio la vuelta y cuando iba a cerrarle las puertas en las narices, él la detuvo:

*“Pero eso no cambia nada. Yo te quiero.”*

Y ella, con una calma antinatural causada por el dolor y solo traicionada por el llanto de sus ojos, dijo:

*“Eso lo cambia todo. Porque si me quisieras, no lo habrías hecho.”*

*“Nadie te va a querer como yo.”*

*“No es difícil que alguien que ame más que tú, Axel. Se lo has puesto muy fácil al siguiente.”*

Esas habían sido las últimas palabras que se habían dedicado. Aunque ella se había mostrado fuerte y le había dicho que habría un siguiente, en su interior Nicolette había jurado no enamorarse de nuevo. No había salido con nadie, no había besado a nadie, no había coqueteado con nadie. Prefería estar sola. El rey de los traidores había dejado una herida profunda, que aún sangraba de vez en cuando.

Por eso Nicolette había escuchado una y otra vez la balada de Danny.

*Nunca volveré a enamorarme, decía la canción. Lo que me has hecho, lo que me has quitado. ¿Crees que puedo encontrarlo? ¿Crees que volveré a ser la misma persona?*

—Me mentiste, Axel. Viniste aquí diciendo que solo era un error de borrachera, pero después os vi juntos.

—Estuvimos juntos tres días —confesó él—. Ella dijo que podríamos intentarlo, que llevaba mucho tiempo enamorada de mí.

—Típico de Clara. Siempre ha querido lo que otras personas tenían —murmuró Nicolette.

—Pero yo me di cuenta de que no iba a funcionar. De que ni siquiera me gustaba. Traté de acercarme a ti, pero al principio, ni me mirabas... Dejaste de salir y yo me sentía avergonzado y culpable. Y he dejado pasar el tiempo, con la esperanza de que me perdonaras.

—No puedo perdonarte.

—Lo sé. Pero solo quiero que... Que me des una oportunidad. Quiero volver contigo, Niki. He cambiado. Prométeme que al menos, lo pensarás...

Y había pasado un mes pensándolo. Tenía que haberlo descartado de inmediato, por orgullo, por venganza, por respeto hacia sí misma...

Pero no lo había hecho porque se sentía contrariada. Por un lado, aún sentía algo por Axel. Por otro, quería vengarse de él. Salir con él de nuevo y herirle de una forma intensa e imborrable. Pero sabía que era una persona inútil a la hora de embarcarse en planes de venganza. Ni siquiera había sido capaz de jugársela a Clara, a pesar de que había tenido alguna que otra ocasión propicia.

Nicolette no era capaz de hacerle daño ni a una mosca. Y mientras pensaba y pensaba en qué hacer, habían pasado treinta días en los que había recibido unos cincuenta mensajes de Axel, diciéndole que la echaba de menos y que la necesitaba.

Y ahora, estaba Danny. Inalcanzable y simplemente de paso, puesto que tenía que regresar a Londres, pero la forma en la que la trataba, la manera que tenía de hablar con ella... Aunque no llegara a nada con él, le estaba abriendo las puertas a otras relaciones.

Le hacía comprender que había más oportunidades en esta vida. Que no todo acababa ni empezaba en Axel; que había que pasar página y acabar de

una vez por todas la historia del Rey de los Traidores.

## 14. LO QUE OCULTAMOS

El *Dj* siguió pinchando. La gente siguió bailando. Y Nicolette y Danny estuvieron hablando toda la noche. Debido al volumen de la música, tenían que hablarse al oído, acercando sus rostros y sus cuerpos. Nicolette sabía que Axel no apartaba los ojos de ella. Y también sabía por su red de espionaje constituida por Olivia y Luna, que la interrumpían cada dos por tres para decirle quién miraba y cómo, que Clara no dejaba de pulular alrededor de ellas, cotilleando y mirando sin disimulo (muy propio de ella) a Danny.

Nicolette no quería pensar en su ex amiga. Solo quería seguir hablando con Danny, porque él le contaba cosas de otras ciudades y satisfacía su curiosidad a la vez que la alimentaba aún más. Nicolette no había salido de España. Tenía un recuerdo ya casi difuso, de que su padre le había prometido que viajarían, dando la vuelta al mundo en 80 días, como unos dibujos grabados que su abuela le ponía una y otra vez para entretenerla y que eran ideales para la hora de comer, porque Nicolette se quedaba mirándolos con la boca abierta.

Willy Fog tenía la culpa de que ella soñara con ver el mundo. Y Danny era un ejemplo de lo que había en él. Le habló de París, de la Torre Eiffel iluminada; de Roma, contaminada pero majestuosa, y de Tokio, que parecía una ciudad alienígena.

Ella le escuchó, embobada, mientras él se acercaba cada vez más a Nicolette

para hablarle al oído. Incluso había colocado su mano sobre su brazo, y después sobre el hombro, cerca del cuello.

Ella sentía su aliento acariciándole y su aroma, que la envolvía y hacía volar su imaginación. Una parte nada racional de ella misma se moría por acariciar y saborear cada centímetro de la piel de Danny.

*¿Cómo puedo estar pensando en eso?*, se reprendió.

*Eso es porque llevas mucho tiempo sola, sin que nadie te dé ni un miserable beso*, añadió otra parte de su cabeza. *Y eso por no hablar de...*

Nicolette sacudió la cabeza, alejando todos los pensamientos sobre volver a hacer el amor. No podía pensar en algo así, cuando Danny estaba hablándole al oído de esa manera condenadamente sexy e irresistible. Hacía que el concepto de deseable tuviera que ser revisado por la Real Academia.

Danny estaba hablándole de Malasia, cuando Olivia se les acercó para ofrecerle un cóctel.

—¡Un mojito para el escocés! —dijo, tendiéndole una copa de plástico en la que bailaba una lima y una sombrilla.

Nicolette notó que Danny se tensaba. Lo apreció en su mano, la que tenía colocada cerca de su cuello, mientras la rodeaba para hablar con ella.

—No, gracias —dijo él, con voz calmada.

—¿Estás seguro? ¡Está buenísimo!

Nicolette ladeó el rostro y apreció que la mandíbula de Danny se tensaba.

—¡No, en serio! ¡Gracias, Oliv!

—¡Más para mí, entonces! —dijo ella, volviendo a la pista, donde Luna la esperaba.

Nicolette esperó unos momentos antes de hablar. Cuando Danny ladeó el rostro hacia ella, sus ojos eran insondables lagos azules pero Nicolette tenía un presentimiento de que había sucedido algo. Aunque no le conocía demasiado como para desvelar lo que se escondía tras su mirada.

—¿De qué estábamos hablando? —Él dibujó una sonrisa que eliminó las

sombras de sus ojos.

—Malasia —dijo ella, sonriendo.

—¡Ah, sí, es cierto! Pues...

De repente, Nicolette sintió un empujón. Uno de los amigos de Axel había pasado por su lado sin medir las distancias. Danny y ella giraron las cabezas, para ver la espalda del chico en cuestión que abandonaba la Discomóvil.

Y entonces, justo por el lado del Danny, pasó Axel. Todo sucedió muy rápido. Axel tropezó, llevando un vaso enorme de cerveza entre las manos y el contenido fue a parar íntegramente sobre el pecho y el cuello de Danny.

—¡Lo siento! —Se apuró en disculparse él.

Nicolette se apartó de Danny para buscar un pañuelo en su bolso, no sin antes fulminar con la mirada a su ex. Cuando lo encontró y sus ojos volaron hasta Danny, se sorprendió.

Él estaba quieto. Muy quieto. Tenía los ojos cerrados y apretaba los dientes de tal forma que se le marcaba los músculos tensos de la cara y del cuello.

—Danny... ¿estás bien? —susurró ella, en inglés, ajena a que a un metro, Axel contemplaba todo con cierto aire de diversión en el rostro.

Los ojos azules de Danny la miraron. Y ella se vio asaltada por tantas emociones que sintió que le faltaba la respiración.

—Sí —dijo él, pero no sonaba nada convincente.

Ella comenzó a pasarle el pañuelo por el tejido. Olía mucho a cerveza y Danny estaba palideciendo por momentos.

—He dicho que lo siento —dijo de nuevo Axel, detrás de Nicolette.

Ella le ignoró y siguió pasando el pañuelo por el pecho de Danny, que la miraba atentamente. Nicolette se dio cuenta de que a él se le había acelerado la respiración. En ese instante, Danny colocó la mano sobre la de Nicolette, atrapándola sobre su pecho y ella alzó la cabeza hacia él.

—¿Podemos volver a casa? —susurró él, en una súplica—. No me encuentro bien.

Ella asintió de inmediato. Se despidió de Olivia y de Luna, haciendo caso omiso de Axel y se alejó con Danny, que estaba muy callado y tenso, apretando mucho los puños.

El pasado siempre regresaba. A pesar de hallarse a casi tres mil kilómetros de él, siempre le alcanzaba. Como su madre decía: *“Nunca podremos huir del todo, Danny. Lo que ocultamos siempre estará con nosotros. Te abordará en el momento más inesperado”*

Subieron al coche y Danny abrió su ventana. Estaba tratando de no respirar demasiado porque aquel olor en concreto, el de la cerveza, le recordaba a su padre con una intensidad dolorosa.

—¿Sabes lo que hacemos en España? —dijo ella, para distraerle, tras unos minutos de silencio.

—¿El qué?

—El copiloto saca la cabeza por la ventanilla y grita.

—¿Qué? —Él alzó una ceja, divertido.

—Sí. Para desahogarse. Algo como “¡No subáis más los impuestos!

Por primera vez desde que habían abandonado la Discomóvil, Danny sonrió.

—¿En serio?

—Sí, sí... Es una costumbre típica —siguió bromeando ella.

—¿Puedo probar?

—Claro. Además, esta carretera es ideal. No pasa nadie.

Danny sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Dejad más propinas, españoles tacaños! —Después, miró a Nicolette y añadió: — ¿Te has dado cuenta? Nadie ha dejado una propina en ningún sitio de los que hemos estado.

—Eso es normal. No es obligatorio, así que...

Danny sacó la cabeza y gritó:

—¡Tacaños!

Nicolette se echó a reír.

—Te dije que te enseñaría como son las cosas aquí. Has descubierto que no dejamos propinas. ¿Tienes alguna queja más sobre la que desahogarte?

—¿Por qué conducís por este lado? ¡Lo normal es conducir por la izquierda!  
—dijo Danny.

—No, no y no. Los raritos sois vosotros. ¿Por la izquierda? ¡Eso es de chalados!

—Tengo una queja más —dijo, con una enorme sonrisa en la cara.

Nicolette se reiteró a si misma que adoraba verlo así, feliz y despreocupado.

—Adelante.

Danny sacó la cabeza por la ventanilla y gritó, colocándose las manos alrededor de la boca.

—¡Nicolette no me ha dejado echar siesta! ¡Y aún no he probado una paella!

Ella le golpeó cariñosamente en el brazo y ambos se rieron. Entre risas y más gritos por la ventana, llegaron a casa de Nicolette antes de darse cuenta.

## 15. TATUAJES

Lo primero que Danny hizo fue darse una ducha. Nicolette se preguntó qué había sucedido, qué se le había escapado. ¿Le había sentado mal la cena? No, no había sido eso.

Estaba meditando sobre ello cuando se dio cuenta de que había unas partituras sobre la mesa baja del salón. Nicolette se sentó sobre la alfombra, apoyando su espalda en el sofá y miró las hojas. Había notas sobre los pentagramas. Y palabras escritas. Nicolette se esforzó por reconocer las letras. ¡Dios mío! ¡Qué mal escribía Danny! Era más fácil descubrir mensajes cifrados de espías que entender su letra. Nicolette entendió: *Beautiful sad eyes. Lost & Found* y algo que parecía la palabra *love* y que aparecía entre signos de interrogación.

Estaba acercándose el papel a los ojos, después de girarlo un par de veces para ver si reconocía algo más, cuando oyó la voz de Danny a su derecha:

—¿Algo interesante?

Ella soltó el papel, que se deslizó sobre la mesa y miró a Danny, avergonzada por su indiscreción. Solo se había puesto los vaqueros tras la ducha.

—¡Oh, lo siento! —dijo ella, deseando que él no se hubiera enfadado.

Danny sonrió, y se dejó caer en la alfombra junto a Nicolette.

—¿Estás componiendo?

—Sí.

—¿Y qué hay de tu crisis creativa?

—Creo que ha decidido marcharse...por un tiempo.

—¡Eso es genial! ¿Desde cuándo compones?

—Desde los doce, más o menos. Aunque no compuse nada decente hasta que formé *Smoking Wild Demons*. Ellos supusieron una motivación más real y la inspiración vino con ella. El grupo fue una válvula de escape para mí y empecé a escribir en serio. Y me hice el primer tatuaje...— Danny le señaló las palabras en gaélico que adornaban su brazo.

Nicolette leyó: *Bíonn dhá insint ar scéal agus dhá leagan déag ar amhrán.*

—¿Qué significa?

—Hay dos lados de cada historia y doce versiones de una canción. Significa que nada es único.

—Porque una historia cambia según quien la cuente.

—E incluso hay doce versiones de una misma canción... Nada es inmutable. La naturaleza humana es capaz de transformar todo. Y no debes fiarte de nadie, porque todos mentimos. Por muy cercano a ti que sea, no siempre puedes fiarte... Y esto me lleva al segundo tatuaje —dijo, al tiempo que tomaba la mano de Nicolette y se la llevaba al pecho, sobre el pectoral —Es el árbol de la vida de la mitología celta. Los hombres y los bosques están unidos. Para los celtas, los árboles siempre han sido sagrados. Las raíces y las ramas están unidas, ¿te das cuenta? También significa que no podemos acabar de separarnos del lugar del que venimos, ni de quienes somos —dijo él, con una repentina tristeza en la voz.

Ahí estaba de nuevo el pesar en su expresión. Nicolette lo vio con toda claridad. Desde que se habían conocido la noche anterior, Danny había sido todo sonrisas y palabras amables. Parecía alguien muy feliz y fundamentalmente exento de preocupaciones, pero ahora le estaba mostrando que sufría.

Ella acarició la piel de su pecho, sintiendo el dibujo de la tinta bajo los dedos.

Danny colocó su mano sobre la de Nicolette, capturándola. Ella alzó los ojos hacia él y se dio cuenta de que tenía las comisuras ligeramente enrojecidas, como si hubiera estado llorando.

¿Era posible?

Por su expresión, Danny se dio cuenta de que ella había apreciado el rastro delator de sus ojos y bajó la cabeza. Había llorado bajo la ducha. Se había metido bajo el chorro de agua fría, deseando que ese maldito olor a cerveza le desapareciera del cuerpo y de las fosas nasales. Y de repente, las lágrimas habían hecho acto de presencia. Habían pasado muchos años, pero aún lloraba de rabia.

—Lo siento —murmuró él.

—¿Por qué? —preguntó Nicolette, que tenía el corazón acelerado y compungido, porque estaba viendo otra faceta de Danny.

Ella quería conocer todo sobre él. Quería saber por qué sufría.

—Creo que estoy estropeando la noche... Seguro que preferirías estar con tus amigas, pasándolo bien, en lugar de estar aguantando las historias de un viejo...

—¡No! A ver, Danny, primero: no eres viejo... Solo tienes un año y unos meses más que yo. Segundo: estoy contigo, el cantante de mi grupo favorito al que sigo desde hace un año, que además es el chico de moda en Londres y que ha resultado ser toda una sorpresa, lo que me ha convertido en la chica más popular de mi pueblo por una noche...

Danny sonrió.

—¿Te has vuelto popular?

—¿No has visto todas esas chicas que han venido a saludarme? Pues hacía meses que no hablaba con ellas. Tú has sido el motivo de su acercamiento. Si lo pienso... Ha sido como saborear un poco de fama.

—¿Y cómo te sientes?

—Resulta inquietante.

—Bienvenida a mi mundo. Nunca sabes el verdadero motivo que hace que la gente se acerque a ti.

—Bueno... No ha estado mal, hasta que mi ex novio te ha tirado la cerveza encima. Lo siento, Danny.

—¿Ese era el Chico-A?

Nicolette asintió lentamente.

—Creo que lo ha hecho a propósito.

—¡Está celoso!

—Tal vez...

—Hay algo que no me contaste en tu historia sobre él la otra noche, ¿verdad?

—Puede...

—¡Yo te conté todo sobre Chica-O! ¿Por qué tú a mí no?

—Soy una chica misteriosa.

—Ya veo... Pues no me parece justo.

—¿Por qué no?

—Porque yo estoy contando batallitas a todas horas.

—¡Claro, porque tu vida es interesante!

—Y te estoy abriendo mi corazón, hablándote de mis tatuajes y tú... Solo guardas secretos.

—A lo mejor no te he contado el final porque es humillante.

—¿Y volar más de doce horas para declararse y pillar a tu chica con otro no lo es? ¡Pero, al menos, lo conté!

—Vale, tienes razón. Te lo cuento. Hace un mes me pidió volver.

—Y le dijiste que no.

—Aún no le he contestado...

—¿Por qué?

—No sabía qué hacer.

—¿Por qué lo dejasteis?

—Se acostó con mi mejor amiga. Una chica que se llama Clara. Pero ahora sé que no quiero volver. Me hizo mucho daño. Me quedé sola. Sin amigos. Hasta que Olivia me dijo que saliera con ellas...Fue muy triste.

—Olivia y Luna te quieren. Son de fiar.

—Lo son. Incluso firmamos un Tratado y todo.

—¿Sobre qué?

—Tratado Sagrado sobre Gustos, Amoríos y Relaciones. Nadie puede quitarle el novio a la otra. Ni tontear ni intentarlo.

—Así que... Si yo te gustara... Ellas no podrían intervenir.

Cuando Nicolette se disponía a contestar, sonó el teléfono de Danny. Éste se levantó y se acercó a la mesa del otro lado del comedor.

Era James, su agente.

—Por fin noticias de Londres —dijo, antes de descolgar.

—Sí, por fin... —susurró Nicolette, pero no había ni un ápice de alegría en sus palabras.

## 16. MALAS NOTICIAS

—Recuérdame por qué te pago tanto, James —dijo Danny, nada más descolgar.

—En primer lugar, buenas noches —dijo él, ajeno al tono hostil de su cliente—. Y en segundo, me pagas tanto porque soy el mejor.

—Sí, ya. ¿Y por eso te desentendes de uno de tus clientes durante un día entero?

—No me he desentendido. He estado negociando con Prada. Para ti.

—Ya trabajé para ellos.

—Sí, así es —dijo él, condescendentemente—. Pero no en Tokio.

—Me hice unas fotos allí, acuérdate.

—Lo hago —James puso los ojos en blanco.— ... Pero eran para Europa. Ahora también aparecerán en Japón. Revisa tu cuenta bancaria, Danny, acaba de aumentar el número de ceros.

Dinero. Siempre el mismo tema. Lo único que parecía importarle a James.

—Por casualidad... ¿Recuerdas que te dije que me habían robado la maleta?

—Lo recuerdo. Mañana gestionaré todo.

—¿Y no deberías preguntarme donde me he quedado desde anoche? —En la voz de Danny bullía la indignación.

—Sé que eres un chico de recursos. Y te sigo en Twitter. De todas formas, te puedo enviar un avión privado. La gerente de Prada en Tokio quiere conocerte.

Danny miró hacia donde Nicolette estaba. Seguía sentada sobre la alfombra y miraba las partituras para disimular, porque realmente su atención se encontraba en la conversación que él estaba manteniendo.

De repente, supo con certeza que era su musa. Las canciones que le rondaban la cabeza giraban en torno a ella. No quiso perderla tan pronto.

—No estoy interesado. Me quedaré unos días más.

—¿Cuántos días?

—Los que tardes en gestionar mis cosas y los que yo quiera. Llama a Gary. Dile que vaya a mi loft. No viajé con la tarjeta, así que está a salvo y probablemente haya un carnet de conducir o una identificación mía también... Él sabe dónde buscar. Dile que se ponga en contacto conmigo en cuanto lo tenga.

—¿Hay algo más que deba saber?

El olfato de su agente era condenadamente molesto. Parecía que le leyera la mente.

—No —contestó lacónicamente.

—Pero es probable que tengamos que viajar a Tokio... Con Olga.

Danny sintió que su cuerpo reaccionaba fatal ante aquello. Las manos se le volvieron puños.

—¿Qué? ¿Con ella? ¡Ni hablar!

Su agente guardó unos segundos de silencio, después, dijo:

—Ha pasado un tiempo, Danny. Supéralo.

—No quiero verla.

—Es por el reportaje. Sois los protagonistas. Seréis la imagen occidental de

la marca en Japón.

—Retrásalo.

—No puedo hacerlo eternamente. Te he enviado las fotos finales. Échales un vistazo.

—Paso de esas fotos.

—Danny —dijo él, con paciencia— ... El mercado asiático es insaciable. Si metes la cabeza dentro y les gustas, que lo harás, podrás tener lo que quieras. Incluso la música... También me han llamado de GQ Style, te quieren de portada de octubre en su revista.

La música. Su verdadero sueño. James sabía cómo manejarlo para que siempre acatara sus decisiones.

—Está bien... Dame unos días.

—Descansa, haz el amor o lo que quieras, pero no metas la pata. Mira esas fotos para recordar de lo que sirve enamorarse.

—Adiós, James.

—Adiós.

No quería enamorarse. ¿Por qué James decía una tontería como aquella?

Danny todavía llevaba el móvil en la mano cuando regresó al sitio que ocupaba junto a Nicolette, sobre la alfombra.

—¿Buenas noticias?

—No del todo —respondió Danny—. Más bien malas. Malas noticias.

—¿Tienes que volver para hacer un reportaje?

—No. Por ahora no. Es que me ha enviado las fotos de una sesión que hice algún tiempo.

—¿Y no te gusta como quedaron?

—No, no es eso.

—¿Puedes enseñármelas?

—Pues...

—Me encanta la fotografía de moda. ¡Enséñame las fotos! ¡Seguro que no son tan malas!

No era por las fotos, si no por lo que había detrás de ellas. El amor, el desamor, su corazón roto. Al mirar los ojos de Nicolette, realmente ilusionados, no pudo negarse. Se preguntó si sería capaz de negarse alguna vez a alguna petición de aquella chica.

—De acuerdo.

Danny revisó su correo. Abrió el email de James. Le había enviado cuatro fotos. Las descargó y le pasó el móvil a Nicolette.

—Fueron tomadas en Tokio. Es de la próxima colección otoño-invierno de Prada...

Nicolette miró la primera fotografía. En ella, Danny aparecía junto a un templo budista rodeado de flores de sakura. Llevaba un abrigo largo y ropa oscura. En la siguiente, Danny estaba de pie frente a la puerta de un restaurante japonés. Cuando vio la siguiente foto, lo primero que le llamó la atención fue la chica que acompañaba a Danny. Estaban cogidos de la mano. Detrás, en unas letras de neón podía leerse: Love Hotel.

—Es Shinjuku. La colina de los hoteles del amor.

Pero a Nicolette le importaba un comino los hoteles, las colinas y los barrios japoneses. Solo tenía ojos para la modelo. Era tan alta como Danny y estaba muy delgada. Por alguna razón, le recordó a un insecto palo. Salvo que su cara era bellísima. De rasgos eslavos o rusos, tenía una boca carnosa y unos ojos azules impresionantes.

Pasó a la siguiente instantánea y su corazón casi se paró. Danny y la modelo se estaban besando en el centro de un paso de peatones.

—Es una reproducción de una fotografía de Robert Doisneau. ¿La conoces?

Ella asintió. Se refería a “El beso en la Plaza del Ayuntamiento”, una obra de 1950. Nicolette había tenido un poster en el que se reproducía esa imagen, así que reconoció sin dificultad las similitudes entre ambas. La forma en la que

Danny pasaba el brazo alrededor de la modelo... Las ropas de ambos... La postura corporal... Y el beso en sí.

—Es preciosa —murmuró ella—. Ambas los son... Quiero decir... La foto y la chica.

Danny hizo una mueca.

—¿Qué?— preguntó ella, intrigada ante la expresión de su rostro—. Es muy buena foto. Las cuatro lo son. ¿Por qué no te gustan?

—No es por el reportaje... Es por... Por— Danny no sabía como decirlo, pero quería explicárselo, así que fue tajante—... Ella es la Chica-O.

¿Era su ex novia? ¿De la que había estado tan enamorado?

El aguijón de los celos atravesó a Nicolette. Recordó que Shakespeare hablaba del monstruo de los ojos verdes. En ese momento, los celos que ella sintió se podrían plasmar en un enorme Hulk del tamaño de un camión.

Envidió el aspecto de la modelo, su glamurosa vida y por encima de todo, sintió envidia por lo que había tenido con Danny.

Le devolvió el móvil como si de repente quemara.

—Pues es preciosa. —Ante el temor de que él descubriera que estaba celosa, se puso nerviosa. Bajó la cabeza con el afán de ocultarse de él. Un mechón cobrizo se le escapó y ella se apresuró a devolverlo detrás de su oreja. Pero él se lo impidió. Agarró la muñeca de Nicolette, que lo observó con los ojos enormes, mientras era Danny quien colocaba el mechón tras la oreja.

—La belleza depende de los ojos del que mira, Nicolette —dijo él, mientras clavaba en ella los ojos con una intensidad demoledora.

Cuando su cerebro dejó de estar alelado, ella parpadeó y respondió:

—Claro... Eso lo dice una persona que es bella a todas horas. Es fácil ser Apolo.

—¿Qué?— dijo él, con una sonrisa.

—Sí, bueno... Así es como te llamaba antes de conocerte. Como el Dios del Olimpo. Cuando conocí tu grupo y eso...

—¿Desde cuándo me sigues?

—Desde hace un año, más o menos. Un mes después de cortar con Axel, mientras trataba todavía de digerir lo que había sucedido, Olivia me llevó a la sala de conciertos donde actuaste la otra noche. Y allí te vi por primera vez.

—¿En serio?

—Sí. Me dejaste alucinada. Nunca había visto a alguien cantar y moverse de esa manera. Fue increíble, catalizador y excitante.

—¿Excitante? ¿En serio?

—¡No te hagas el sorprendido! Seguro que sabes muy bien el efecto que causas.

—Tienes razón. Lo sé. Pero me halaga mucho la idea de que *yo* te resulte excitante.

—Técnicamente, yo no he dicho eso.

—¿Quieres que nos enfrasquemos en una conversación sobre semántica o que seamos honestos el uno con el otro?

—¿Honestos? ¿Sobre qué?

—Puedes decir que te excitaste al verme o que te resulté excitante, pero para mí es lo mismo.

—¡Por fin salió tu ego! ¡Ya sabía yo que no podías ser tan perfecto! Eres un creído.

—Y tú sigues sin ser honesta —dijo él, con una sonrisa ladina en la cara.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos. Ella tuvo que esforzarse por controlar su respiración, porque no quería que se le acelerara ante la idea de aquella intimidad entre ellos. Después de todo, estaban solos, en su casa... Y él ejercía sobre ella una atracción irracional capaz de anular cualquier rastro de cordura.

El teléfono de Nicolette sonó.

Malditos móviles. No dejaban de interrumpir momentos interesantes entre

ellos.

Ella alargó la mano y agarró el bolso, que estaba tirado sobre el sofá. Sacó el móvil y vio un número de un montón de dígitos en la pantalla. Eso no solía ser buena señal y mucho menos aquellas horas. Por esa razón, descolgó con el miedo ya danzando por su cuerpo.

—¿Sí?

—¿Señorita García Blanchard? —preguntó una voz de mujer al otro lado.

—Sí, soy yo.

Nicolette captó pedazos de lo que escuchó a continuación...*Hospital...doña Paca Martínez, ingresada... observación.*

A su lado, Danny observó como el color huía del rostro de Nicolette.

La voz al otro lado le dio una dirección y se despidió cortésmente. Cuando Nicolette alzó los ojos, temblaba de pies a cabeza.

—¿Qué sucede, Nicolette?

Le costó que su cerebro se concentrase para hablar en inglés, porque de repente, tenía embotada la cabeza.

—Nicolette... —La voz de Danny le sonaba lejana, como si estuviera al otro lado de un túnel.

—Mi abuela está ingresada... Tengo que ir al hospital —dijo ella, con una voz que no parecía la suya—. Está a dos horas de aquí.

—De acuerdo. Iremos juntos.

—No es necesario. Puedo ir sola.

—No te dejaré que vayas así —dijo él, tomándola de los hombros.

Tras unos minutos en los que Danny tuvo que convencerla, se pusieron en pie para prepararse.

Danny se puso una camiseta y las botas, mientras Nicolette daba vueltas por el comedor, a punto de un ataque de nervios.

—Ya estoy. Vamos.

Cuando ella le miró, Danny sintió el irrefrenable deseo de estrecharla contra sus brazos y consolarla. Dio un par de pasos hacia ella, dispuesto a hacerlo, pero Nicolette retrocedió y se encaminó al garaje. Hubo un segundo en el que Danny sintió el rechazo y después, otro segundo, en el que se dio cuenta de que ella empezaba a gustarle.

Maldición. Tenía que evitar que eso le pasara de nuevo.

Él nunca volvería a enamorarse. No podía flaquear ante unos ojos heridos y una expresión desolada, ni ante su ingenio y su forma de provocarle... No podía dejarse vencer por las ganas de tocarla ni por esa curiosidad que despertaba en él.

Todo eso invitaba al corazón a cometer estupideces. Como enamorarse.

Y él no volvería a pasar por eso.

## 17. ¿CUÁL ES TU HISTORIA?

Tras doscientos kilómetros en plena noche, llegaron al hospital. Nicolette dejó el coche en el parking y salió a toda velocidad, seguida por Danny. Llegaron a recepción y Nicolette abordó a la primera enfermera que encontró. Preguntó por su abuela, exigiéndole saber donde estaba. La enfermera la miró con paciencia y utilizando un tono plagado de conmiseración, les informó de que no era hora de visitas y que tendrían que esperar hasta la mañana siguiente.

Nicolette estaba muy nerviosa y le pidió que le dejara verla, o que al menos, le dijera qué había sucedido o si su abuela estaba bien. La enfermera, acostumbrada a tratar con familiares histéricos, le ofreció unos tranquilizantes y le dijo que el médico no tardaría en aparecer, que hablaran con él.

Danny rodeó los hombros de Nicolette y le habló con voz calmada. A ella le costó tranquilizarse, porque estaba fuera de sí.

—Todo irá bien, Nicolette —le dijo él, una y otra vez, hasta que ella pareció asumir que no podía hacer nada porque el tiempo no transcurriría más rápido por mucho que ella lo deseara.

Se dirigieron a la sala de espera, en las que había varias filas con sillas de plástico. Tomaron asiento. Estaban solos. Nicolette se fijó en los descoloridos

carteles. En ellos, las enfermeras pedían silencio. Por el aspecto de los mismos, podían llevar décadas colgados en el mismo sitio.

Después, sus ojos evaluaron la estancia. La pintura era verde, estaba desconchada en varias paredes y sucia en otras. Las lámparas del techo eran amarillas y derramaban sobre ellos una luz deprimente.

Nicolette se abrazó a sí misma. Después, se cubrió la cara con las manos. Danny estaba a su lado, mirándola atentamente.

Cuando ella levantó los ojos, había estado llorando.

—Estoy asustada, Danny.

Él alargó el brazo y colocó su mano sobre la cabeza de Nicolette. Después, tomó un mechón entre sus dedos y lo acarició, recorriéndolo hasta el final.

—Puedes contármelo, Nicolette. Lo que sea...

—Supongo que a estas alturas, ya te has dado cuenta de que mi vida no es como la de las otras chicas. Has estado en mi casa, así que...

—Me he dado cuenta de que no hay fotos de tus padres. Tampoco me has hablado de ellos, por lo que he deducido que no forman parte de tu vida. Y créeme, Nicolette, quiero saber cuál es tu historia. Quiero conocerte.

—Mi historia, ¿eh? ¿De verdad quieres que te la cuente?

—Sí, claro que sí —dijo él, con una sinceridad aplastante.

Ella tomó aire y comenzó a hablar.

—No sé por dónde empezar. Supongo que debo hablarte de mis padres. Mi padre se llamaba Antón. Era un chico de pueblo que tenía una cabeza privilegiada y logró grandes cosas. A los veintisiete años ya era catedrático en la Universidad. Allí fue donde conoció a mi madre, Clemence, que es francesa. Vino de París para cursar historia. Era estudiante de primer año cuando se conocieron. Y se enamoraron. El resultado fue que al año, nací yo. Cometieron uno de esos estúpidos errores de no poner protección y mi madre se quedó embarazada. Al principio bien, supongo... Pero cuando nací, ella se sintió agobiada por las responsabilidades. Todo el día en casa mientras mi padre seguía con sus clases... Así, que cuando yo tenía un año, más o menos,

se largó. Me dejó al cuidado de mi abuela Paca, diciéndole que tenía que hacer un recado y bueno... Diecisiete años después, sigo viviendo con ella.

—¿Y tu padre?

—Estaba enamorado hasta las trancas de mi madre. Nunca superó su abandono. Se sumió en una grave depresión y cuando yo tenía siete años, se embarcó en un viaje a Egipto. Mientras viajaba por El Cairo, contrajo una enfermedad y murió en pocos días. Me quedé sin él y me han criado mis abuelos. Hace unos cuatro años, mi abuelo también falleció, así que desde entonces, estamos mi abuela Paca y yo. No tengo tíos. Probablemente, la familia de mi madre no sepa de mi existencia, de modo que... Solo tengo a mi abuela.

Aguardó un segundo y con expresión triste, finalizó:

—Esta es mi historia.

Nicolette nunca le había contado su vida a nadie. Después de todo, su pueblo era un sitio pequeño en el que todo se sabía y donde todos la conocían. A pesar de que todo había sucedido siendo ella muy pequeña, nadie parecía haberlo olvidado. Había quedado marcada. *¡La pobre niña!* Odiaba ese tipo de compasión a su alrededor. Sobre todo, si venía con miradas de soslayo y con palabras susurradas.

Su abuela Paca solía terminar con cualquier comentario bruscamente. Silenciaba a las cotillas y a las brujas sin escoba ni corazón que se alimentaban de aquellos comentarios, con la misma facilidad que se espantaba a una mosca.

Nicolette era harina de otro costal. Ese lastre invisible que llevaba seguía condicionándola a diario. Era la hija de su madre: *“una francesa chalada e irresponsable, que se había dejado preñar y después había huido.”*

Había oído esas palabras siendo bien pequeña, mientras jugaba al escondite ella sola, en la despensa de su casa. Las había pronunciado la mejor amiga de su abuela, Concha, quejándose de las obligaciones que una niña conllevaba para una persona tan mayor.

En ese momento, su abuela había abierto la puerta y se había encontrado con

una flaquita Nicolette que estaba conmocionada. Pese a ello, había tratado de tranquilizarla. Pero tras docenas de buenas palabras, su propia abuela comprendió que Nicolette nunca lo superaría.

A pesar de todo, había logrado que Nicolette fuera feliz. No le había faltado de nada, aunque no se había criado en un hogar con una economía muy boyante.

Consciente de la situación desde jovencita, Nicolette no era caprichosa. Ni siquiera lo había sido de adolescente. No pedía más que unas cuantas prendas al año, coincidiendo con los cambios de estación y tal y como su propia abuela y sus amigas reconocían, sabía lucirlas con estilo. Pese a que ella lo odiaba, poseía ese aire francés de elegancia innata. Tenía clase. Como su madre. Incluso Paca tenía que reconocer que entendía el absoluto enamoramiento que sufrió su propio hijo. No es que esa belleza, la cual Nicolette negaba a diario, le hubiera puesto las cosas fáciles. Estaba ese estigma, el de niña abandonada con el aliciente de familia desestructurada y la envidia que otras niñas sentían hacia ella por su aspecto. Su abuela se había esmerado en vestirla como una princesa desde que era niña.

“Para que nadie note nada”, solía decirle a su abuelo. Como si en un pueblo pequeño pudieran olvidarse esas cosas.

Esa era la razón por la que Nicolette deseaba abandonar el pueblo, salir de su cárcel invisible, para que nadie la conociera.

Quería empezar de cero, sin el pasado de su familia a cuestas.

Ahora, en aquel hospital, se lo acababa de contar a Danny, la última persona del mundo a la que pensó que se lo contaría.

—¿No me dices nada?

A juzgar por lo ansiosa de su expresión, Danny supo que no se lo había contado a nadie más. Por eso, inclinó su rostro y dijo en un susurro:

—No eres la única que guarda esqueletos en su armario. A mí también me persigue un gran error de mi padre.

—¿En serio?

—Mis padres también están separados. La razón es que mi padre era...Un bastardo alcohólico.

Nicolette sintió que el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Por eso Danny había rechazado el cóctel de Olivia, y había palidecido cuando Axel le había derramado la cerveza encima. Su expresión había cambiado y le había pedido que volvieran a casa con la excusa de que no se encontraba bien.

—Oh, vaya.

—No bebo. No tolero el alcohol. Ni siquiera su olor. Me transporta a él. A sus golpes. Por eso me hice el primer tatuaje. Para ocultar una cicatriz que me hizo al pegarme con un cinturón. Y como recordatorio de que no puedo arruinar mi vida por el alcohol.

—¿Por eso te mudaste a Londres?

—Sí. Huimos. Nos volvimos invisibles. Nada de amigos, nada de familia. Solos mi madre y yo. Al principio debía ser temporal, pero nos dimos cuenta de que a todas las personas que dejamos en Escocia, dejamos de importarles en cuanto salimos de allí. Sé bien lo que es no tener a nadie más. Sé lo que es tener solo a una persona.

—¿No tienes hermanos tampoco?

—No. Soy hijo único, como tú —dijo él, dándole un cariñoso golpecito con el dedo en la punta de la nariz.

—¿Y tu madre?

—Bueno... Vive bastante escandalizada de la profesión de modelo que ha elegido su hijo. Dice que salgo con los pantalones demasiado bajos en todas las fotos. — Sonrió.— ¿Tú también piensas eso?

—Si estuviera aquí Olivia... ¡te diría que aún llevas demasiada ropa en las fotos!

Se echaron a reír, rompiendo en pedazos toda la tensión que habían acumulado. Se sentían más cercanos y unidos que antes. Nicolette pensó en que eran ramas del mismo árbol, porque habían sufrido mucho a pesar de su juventud.

Danny le dijo que apoyara su cara en su hombro por si quería descansar un poco. Ella sabía que no podía hacerlo, porque estaba demasiado nerviosa y demasiada preocupada por su abuela, pero aún así, aceptó.

—Gracias —dijo ella, con la cabeza entre el cuello y el pecho de Danny.

—No, Nicolette. Gracias a ti.

Acababa de descubrir qué había detrás de sus ojos tristes, por qué la invadía ese aire de carencia... Antes de saber la verdad, cuando simplemente hacía elucubraciones en su mente, creía que si conocía el misterio, la intriga y la atracción desaparecerían.

Ahora se dio cuenta de que estaba equivocado.

Todavía tenía más ganas de estar con ella.

## 18. LA ABUELA PACA

Era más de mediodía cuando el doctor se acercó a ellos. A lo largo de la mañana, habían asistido al trasiego de pacientes, enfermeras y personal del hospital, sin que nadie se dirigiera a ellos. Nicolette se había levantado una veintena de veces, para recorrer el pasillo una y otra vez. Danny había estado a su lado, esperando, mirándola en silencio...

¿Por qué hacía todo aquello? No era necesario. Al fin y al cabo, era su problema. Él podía haberse quedado en casa, a esperar noticias. Aquello no le incumbía, pero no la dejaba sola ni un minuto. Nicolette estaba confusa y agradecida a partes iguales.

El doctor era un tipo joven, vestido con una bata blanca totalmente inmaculada. Les dijo que ya podían ver a Doña Paca, que tras toda la noche en observación y tras las pruebas, estaba bien. Solo había sufrido un mareo.

Nicolette respiró aliviada.

—Está en la habitación 435. Cuarta planta.

De camino al ascensor, Nicolette le tradujo a Danny lo que el médico le había dicho. Él se mostró muy aliviado también.

—Tengo ganas de conocerla —dijo él, cuando las puertas del ascensor se cerraron.

Nicolette le dirigió una mirada fugaz, cargada de incredulidad.

—¿Cómo has dicho?

—¿No piensas presentarme a tu abuela?

El cansancio estaba haciendo mella en Nicolette. No podía pensar con claridad.

—No creo que sea lo más conveniente.

—¿Es muy tradicional?

—Es que no sé cómo explicarle que te estás quedando en *su* casa.

Las puertas se abrieron. Habían llegado a la cuarta planta. Nicolette salió del ascensor sin darle tiempo a Danny a añadir nada más y corrió por el pasillo, buscando el número 435.

Al entrar en la habitación, se dio cuenta de que había dos camas. Y dos personas. En la cama de la izquierda, la más cercana a la entrada, su abuela estaba echada. A su lado, de pie, cogiéndole de la mano, había un anciano.

Iba vestido de calle. Y le sonreía a su abuela de una forma que le arrebatava varias décadas a su expresión.

—¡Abuela! —exclamó Nicolette.

Paca miró a su nieta.

—¿Qué haces aquí?

—Me avisaron anoche. Y vine. No me han dejado verte hasta ahora.

—¡Oh, qué exagerados, por favor! —se quejó ella, haciendo grandes aspavientos en el aire.— Si les dije que no era nada... Pero ellos ¡no dejaban de hacerme pruebas! ¡Qué ganas de enterrarnos tienen estos médicos de hoy en día!

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Y quién es... tu amigo?

La abuela Paca miró a su acompañante, que no le había soltado de la mano en ningún momento.

—Se llama Pepe. Nos hemos conocido en el viaje de jubilados. Estamos en el mismo hotel. También es de Valencia.

Los ojos de Nicolette evaluaron el aspecto del anciano. De complexión delgada, podía decirse que era apuesto. A pesar de la infinidad de arrugas que poblaban su rostro y de su cabello completamente blanco, tenía unos grandes ojos azules que brillaban con intensidad.

—Encantado, Nicolette. Tu abuela habla maravillas de ti.

La abuela Paca estaba sonriendo como una bobalicona. Como una adolescente enamorada. Nicolette dio un respingo.

—¡Abuela! ¿Te has echado novio?

Como respuesta, ambos se rieron. Nicolette, obviamente, no le vio la gracia. Después del susto, de los doscientos kilómetros con el miedo en el cuerpo, aterrada ante la idea de quedarse sola... ¡Y su abuela estaba estupendamente, enamorada y feliz como una perdiz!

—Estamos conociéndonos —explicó su abuela.

Claro. Como si eso no fuera un eufemismo para decir que eran novios. ¿Con quién se creía que estaba hablando? ¿Con una niña de tres años?

—Aunque eso está genial... Supongo que ahora volverás a casa ¿no?

—¿A casa? ¡Solo llevo tres días de vacaciones! He pagado el viaje y pienso quedarme hasta el final.

—Yo creo que esto no es discutible.

—¿Quién es la adulta aquí, jovencita?

—En este caso, parece que yo. Lo cabal es que vuelvas a casa y descanses.

—A mi edad, lo cabal es casi como echarme la primera pala con tierra encima.

—Abuela...

Justo en ese momento, tras haber dudado junto a la puerta, Danny entró en la habitación. Carraspeó ligeramente, captando la atención de los presentes. Cuando Nicolette se giró hacia él, tenía una mueca de horror en el rostro que a Danny le pareció tremendamente divertida.

Parecía que acababan de pillarla haciendo una gran travesura.

—¡Yo te conozco! —dijo la abuela Paca—. ¡Eres el chico del cuadro!

Nicolette notó que las mejillas le ardían. Mierda, mierda, mierda. ¿Es que no se lo había dejado bastante claro a Danny? ¿Por qué demonios había entrado allí?

—¿Nicolette? —preguntó su abuela.

Ella se giró hacia ella, dibujando una expresión de perrito abandonado en la cara.

—Sí que es él, abuela.

—¿Y qué hace aquí?

—Le robaron la maleta y yo le... —A medida que fue explicándose, su voz perdió volumen.

—¿Qué?

—Le recogí —dijo ella, agachando la cabeza.

La abuela Paca miró a Danny. Éste no se inmutó. Mantuvo una pose serena y afable. Nicolette le odió por haberla metido en aquel lío. Pobre ingenuo. Su abuela era capaz de mandarle de vuelta a Inglaterra de una patada.

—Bueno —dijo su abuela— ...Es guapo.

—¿Qué? —bramó Nicolette— ¿Eso es lo que vas a decirme? ¡He metido a un desconocido lleno de tatuajes y de pendientes en tu casa...! ¿Y solo me dices que es guapo?

—¿Qué quieres que te diga? Ya eres mayorcita. Y sé que babeas por él delante del ordenador. Yo también lo habría hecho, si a mi edad hubiera existido eso de internet y todas esas redes para conectar a la gente.

Nicolette agradeció que Danny no entendiera español. Lo de “babear delante del ordenador” no era algo que quisiera que él supiera.

—No tienes que pedirme permiso —continuó su abuela.

—¿Para qué?

—Para que se quede en casa todo el tiempo que necesite.

—No tardará en volver a Londres. Es una persona ocupada.

—Ya veo...Pues entonces aprovecha el tiempo.

Nicolette sintió que la cara iba a explotarle.

—¿Qué clase de consejo es ése?

—Nicolette, no seas tan puritana...

Su abuela estaba intentando que ella saltara por la ventana. No había otra explicación posible para su comportamiento.

—A veces, las cosas suceden por una razón —dijo la abuela, mirando con ojos tiernos a Pepe—. Y hay que ser valiente para enfrentarlas.

Nicolette decidió no discutir más. Desde que su abuelo había fallecido, Paca no había sonreído de ese modo. Era duro para ella haber sobrevivido a un hijo y después haber enterrado a su querido esposo. Por eso, era hermoso verla de nuevo feliz. Aunque eso implicara cierto grado infantil desconocido en ella.

—Entonces, será mejor que os presente. Os traduzco sobre la marcha, ¿vale? Abuela, este es Danny Blackdadder...

## 19. PRIMERAS CARICIAS

Nicolette sintió una respiración en su cuello. A pesar de que le dolían todas las articulaciones de su cuerpo, incluso los párpados, abrió los ojos. Lo primero que vio fue que el brazo de Danny estaba sobre su estómago. La segunda, que él estaba tendido a su lado, también de medio lado, abrazándola. Contuvo el aliento y se quedó muy quieta. ¿En qué momento se habían acostado en la misma cama? Recordó la noche anterior. El camino en coche, los últimos kilómetros fueron una tortura. El cansancio estaba apoderándose de ella y de no ser porque Danny cantaba y la distraía, se habría quedado dormida al volante. Ni siquiera recordaba cómo habían llegado a casa. Los tranquilizantes que le dieron en el hospital le habían hecho efecto tarde y la habían amodorrado en cuanto subió al coche. De hecho, recordaba que Danny la había obligado a detener el Cuatro Latas y la había ayudado a subir en el asiento del copiloto. El recuerdo de él conduciendo, mientras rezaba para que no los parara la policía, apareció con cierta nitidez en su mente. Luego había soñado que él la llevaba en brazos.

Y ahora, dadas las circunstancias en las que se había despertado, tuvo claro que no fue un sueño. Danny la tomó en brazos, subió al segundo piso con ella y en algún momento, decidió quedarse a dormir a su lado. Nicolette tenía que averiguar en qué momento había sucedido eso. Ambos llevaban la ropa puesta,

pero estaban descalzos. Giró lentamente el rostro y un poco el cuerpo y miró a Danny. La luz del sol que se colaba por la ventana abierta se derramaba sobre su cara y su pelo, robándole reflejos dorados. Su respiración era profunda. Estaba relajado, mientras que el corazón de Nicolette bombeaba tan rápido que lo sentía bajo las costillas. Cuando se lo contara a Olivia y a Luna no se lo iban a creer. Había despertado junto a Danny Blackdadder. Notó como una sonrisa le aparecía en la cara y decidió grabar ese instante en su memoria. Por eso se quedó quieta, mirándole. Observó que un incipiente vello facial dorado comenzaba a cubrir su mentón. Luego se detuvo en su boca, en los anchos labios entreabiertos. Después, observó sus cejas, ligeramente unidas, como si estuviera teniendo un sueño que requería fruncir el ceño.

Ella se movió un poco, para girar más su cuerpo hacia él y contemplarle mejor. Él gruñó un poco y dijo en inglés:

—Solo cinco minutos, por favor.

Ella esperó y cuando Danny dejó de balbucear algo incompresible sobre dormir más y llegar tarde, siguió mirándole, con su cara frente a la suya en la almohada.

Y en ese momento, armada de un valor impropio de ella, alargó la mano hacia él y acarició su rostro con los dedos. Solo la mejilla derecha y apenas un leve roce.

Aguardó. Como él no se había movido, siguió recorriendo su cara. Primero sus patillas gruesas que le llegaban hasta el mentón y de ahí, ya imparable, acarició su labio inferior.

Agradeció que Danny tuviera un sueño tan profundo.

O eso era lo que ella creía.

Danny se había despertado en cuanto ella se había movido y fingía que dormía. En un primer momento, lo hizo para no afrontar el hecho de que la noche anterior se había acostado a su lado. ¿Cómo podía explicar lo que sintió al subirla en brazos? ¿Cómo explicar lo que experimentó cuando la vio sobre el lecho, exhausta y dormida? Le había parecido tan hermosa... ¿Cómo había adorado otro tipo de belleza? ¿Cómo había considerado que nunca volvería a sentirse tan impresionado ante alguien después de la gran herida que Olga le

había causado?

Iba a salir del cuarto cuando Nicolette había gemido algo en voz baja, lo que le hizo volver sobre sus pasos. Y entonces había quedado atrapado por su musa, por su belleza serena y sus largas pestañas. Se sentó en el lecho y la miró, hasta que ella pronunció su nombre en sueños.

En ese momento, había decidido romper todas las reglas y se había tendido a su lado. No había tardado demasiado en caer dormido.

Pensaba despertarse primero y salir de su cuarto antes de que ella se diera cuenta, pero lo había pillado, así que siguió con los ojos cerrados, fingiendo que dormía.

Y ahora ella le estaba acariciando. Y tenía que controlarse para no demostrar que aquellas caricias, y el hecho de estar con ella en la misma cama, con los cuerpos tocándose, le estaba afectando mucho.

Él también sentía ganas de tocarla. Desde que la había conocido, demasiadas habían sido las ocasiones en las que se sentía tentado de acariciar su piel cubierta de pecas, pero no lo hacía por si ella lo rechazaba, por si ella no lo deseaba. Y ahora, aprovechando que ella lo creía dormido, Nicolette lo estaba tocando, así que dedujo que el resto del tiempo también deseaba hacerlo.

¿Qué podía hacer? ¿Debía despertarse y besarla? ¿A qué los llevaría eso?

¿Desde cuándo le preocupaba algo así? A él, que siempre se lanzaba con las chicas, que no le importaba dar el primer paso ni el último... ¿Por qué de repente se estaba preguntando qué debía hacer?

Sería por Olga, por lo que ella le había hecho. Por la forma en la que le había roto el corazón. No había vuelto a estar con ninguna chica desde entonces y ahora se sentía indeciso.

Nicolette acarició su hombro y de ahí, hizo bajar sus dedos por su brazo. Rozó el tatuaje, se detuvo en el dibujo y lo recorrió con las yemas.

Se le escapó un suspiro que no pasó desapercibido para Danny.

Por eso, abrió los ojos instintivamente. Halló a Nicolette observando el tatuaje de su brazo y la expresión triste que la caracterizaba era más intensa

que de costumbre.

—Buenos días —dijo él.

Ella abrió mucho los ojos y se le escapó un grito. Acto seguido, trató de incorporarse con rapidez y saltó de la cama.

Estaba roja hasta la punta de las orejas.

—No sé si debería cobrarte por acariciarme mientras duermo, Nicolette — dijo él, mirándola divertido al tiempo que se sentaba sobre la cama.

Ella se llevó las manos a la boca y la cubrió. Danny se rio.

—¡Tal vez yo debería cobrarte por haberte acostado a mi lado! —dijo ella, poniendo las manos en sus caderas y tratando de parecer indignada.

—De acuerdo —dijo él tranquilamente—. ¿Cuánto es? ¡Lo pagaré bien gustoso!

—¡Olvidas que no tienes dinero!

—¿De verdad quieres que te lo pague con dinero? ¡Hay otras formas...!

—¡Danny! —dijo ella, mientras cogía un cojín y se lo lanzaba. Le dio en toda la cara. Danny se dejó caer hacia atrás, riéndose. Ella alcanzó otro cojín y se lo lanzó también.

Nicolette se sentía avergonzada. La había pillado. ¡Dios, qué idiota había sido!

Dio la vuelta a la cama y se encaminó hacia la puerta. Sin embargo él la cogió del brazo y la atrajo hacia él, que se había sentado en el borde de la cama.

—Nicolette...—dijo él, mirando hacia arriba.

Ella tragó saliva. Miró la mano de Danny, sujetando su muñeca izquierda. Después, miró el rostro de Danny. Ya no sonreía y la miraba muy serio.

Va a rechazarme, pensó ella. No le gusto.

El corazón se le encogió dentro del pecho. Había sido una tonta. ¿Por qué lo había hecho?

Cuando Danny soltó su muñeca, ella ya tenía claras las palabras que él le diría a continuación. Así que esperó, con el corazón en un puño...

Por el contrario, él no habló. Colocó sus manos en la espalda de Nicolette y la atrajo hacia él, de manera que su estómago quedaba a la altura de su rostro. Luego, levantó con delicadeza el tejido de su camiseta, dejando al descubierto la piel de su costado. Nicolette reprimió un grito.

—Danny...

Él acercó su rostro a la piel y la besó. Comenzó a deslizar la boca por el estómago de Nicolette, depositando suaves besos en cada decímetro de piel.

Ella se quedó paralizada. Cuando sintió la caricia de la lengua de él cerca de su ombligo, gimió por la sorpresa. Hizo ademán de apartarse, pero él la sujetó, agarrándola de los muslos. Siguió besándola, de una manera suave y deliciosa, que hacía que la cabeza le diera vueltas. Nicolette hundió las manos en el pelo de Danny y se dio cuenta de que había deseado acariciar los mechones castaños, desde antes de conocerle.

En el momento en que Danny mordió dulcemente su piel, ella sintió que perdía el control.

¿Le estaba pasando de verdad? ¿O es que aún no había despertado? ¡Si era así, menudo sueño!

Cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones. Miró hacia abajo una sola vez y se encontró con la mirada azul de Danny. Había fuego en ella y aún prometía más.

¿Cómo había sucedido todo aquello?

—Creo que ya estamos en paz —dijo él.

Sus palabras, y el hecho de que ya no estuviera besando su piel, la hicieron regresar de golpe a la realidad.

—¿Qué?

—Unas caricias a cambio de otras. Estamos en paz.

La realidad se había vuelto demasiado fría de repente.

—¿Y qué hay de que te hayas acostado en mi cama? —contraatacó ella.

—Esta noche puedes acostarte en la mía.

La mera idea de aceptar aquella proposición hizo que la imaginación de Nicolette volara. ¿Dormir con él otra vez? ¿Cómo podía decirlo y quedarse tan tranquilo? La forma en la que había besado y lamido su estómago y su costado... ¿No significaban nada para él? Ella estaba alterada. Sentía todas las hormonas gritando, trastornadas. Y él parecía... Como si hiciera aquello todos los días, como si excitar a una chica fuera como decir “hola”.

Nicolette se apartó de él, bajándose la camiseta con tanta brusquedad que oyó el crac de un par de hilos soltándose. No le importó.

Menuda tonta. Acababa de demostrarle que podía tenerla cuando quisiera.

Bien. Tal vez fuera cierto. Ella lo deseaba. Desde antes de conocerle. Y que fuera un chico normal, que no estuviera atiborrado de ego a causa de su belleza, con el que podía bromear y ser ella misma... Todo eso unido, había elevado su deseo por él a la undécima potencia.

Sería una hipócrita si no lo reconocía. Además, la había pillado acariciándole mientras supuestamente dormía, así que se merecía el escarmiento que Danny acababa de darle. Aun así, su orgullo le plantó cara. Ella no era de ese tipo de chicas que babeaban ante la menor atención de un chico, así que decidió fingir enfado.

—Mira qué hora es —dijo, mirando su reloj mientras fruncía el ceño—. Tengo que ir a la Universidad a entregar unos papeles con Olivia. No hace falta que me acompañes.

—Nicolette...

—Puedes quedarte aquí. Volveré para comer —dijo ella, encaminándose a la puerta.

—¡Eh, Nicolette! —Él la alcanzó en un par de zancadas y la giró hacia él.—  
¿Estás enfadada?

—No —mintió ella—. Es un trámite que tengo que hacer. Haré una larga cola para entregar unos papeles y volveré en tren, con lo que eso implica. Nos

veremos a la hora de la comida, ¿de acuerdo?

Danny supo que no iba a ganar en aquella discusión. Cuando Nicolette salió del cuarto, Danny maldijo sonoramente. ¿Lo había estropeado? ¿Por qué se lo había tomado tan mal? ¿Había ido demasiado rápido?

Mujeres... No había quien pudiera entenderlas. Ni siquiera una futura estrella del rock sabía lidiar con ellas.

## 20. ¿QUÉ QUIERES SER?

Nicolette había quedado con Olivia en la estación para coger el tren de las ocho y media. Se había duchado a toda prisa con agua fría, básicamente para espabilarse y eliminar el exceso de temperatura corporal que Danny había causado en ella con sus labios y su lengua; se había puesto unos shorts y una camiseta de tirantes y había abandonado su casa sin despedirse de él.

Estaba más enfadada con ella misma que con Danny, así que se había propuesto echarse la bronca mentalmente durante toda la mañana. Al menos, hasta que apareciera Olivia. Y en ello estaba, recorriendo el andén de la estación de un lado a otro como si estuviera chalada, mientras se atormentaba con lo que había pasado. No sabía si él quería jugar con ella o si ella quería jugar con él. No sabía que pasaría cuando regresara de la universidad, ni como estarían las cosas entre ellos. Y no sabía si él volvería a pedirle que durmiera a su lado.

Ante este súbito pensamiento, se detuvo en seco. Ella quería hacerlo. ¡Claro que sí! Pero ¿y si sucedía algo más...? ¿Y si un inocente “Esta noche puedes acostarte en mi cama” implicaba sexo? ¿Quería hacerlo?

Ella solo había estado con Axel. Su experiencia, comparada con la de Danny, era escasa. Y eso le daba miedo. Aunque una parte nada racional de ella, una parte primitiva de su cuerpo y de su cerebro, se moría de curiosidad. ¿Cómo sería estar con él? ¿Cómo sería sentir su cuerpo sobre el suyo y después...?

—¡Tienes cara de estar pensando en cosas nada apropiadas, Nicolette!

Ni siquiera se había dado cuenta de que Olivia se le había acercado.

—Tú eres la que piensa cosas nada apropiadas a las ocho de la mañana.

—¿Seguro? ¿Y a qué venía esa expresión ardiente mientras te mordías el labio inferior?

—Yo no hacía eso.

—Eso prueba que tu mente estaba en otro sitio, entreteniéndose con

pensamientos obscenos. Por cierto, ¿tienes algo que contarme?

—No.

—¡Mentirosa! ¿Apolo ya te ha llevado al Olimpo de los Dioses?

Nicolette se cubrió la cara con las manos y negó con la cabeza. Su día había empezado de una manera que amenazaba con desbaratar sus nervios. Primero Danny con su fanfarronería y sus besos mágicos y ahora Olivia y su telepatía. Perfecto. Simplemente perfecto.

¿Qué más podía suceder?

—¡Chiiiiicas!

Conocía esa voz. Mentalizada de que en efecto, su día podía ir a peor, se giró para enfrentar a Clara. La vio acompañada de Eva, la compañera de instituto que los había recogido en el coche cuando se quedaron sin gasolina. Deseó que no fueran a coger el mismo tren.

—¿También vais a la Universidad a matricularos en el curso de inglés de septiembre? —Clara se acercó mascando chicle, mientras se enroscaba en un dedo un mechón del pelo.

—Sí. Eso parece —respondió Olivia, tratando de aniquilarla con la mirada.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! ¡Al menos coincidiremos en algo! ¡A lo mejor el resto del año ni nos vemos, como hemos cogido carreras diferentes y todo eso!

Nicolette cruzó los dedos con disimulo mientras pensaba “¡Ojalá!”. Ya era bastante duro soportarla en el pueblo como para también verla a diario en el campus.

—Aunque a Nicolette no le hace falta mucho este curso—comenzó a decir Eva, ante el asombro de todas—... ¡Está hecha una máquina! ¡Solo hay que verla hablar inglés con ese bombón de la guitarra!

*Oh, oh.*

Clara clavó sus ojos en ella. A Nicolette le recordó a un halcón, como el que habían visto en el mercado medieval, a punto de atacar.

—¿A quién te refieres, Eva? —dijo Clara, con aparente naturalidad.

—A su amigo, creo que me dijiste que se llamaba Dan o algo así. ¡Está buenísimo! Nunca había visto a un tío así.

—¿En serio? No me he fijado. ¿Estaba contigo la otra noche en la Discomóvil?

Olivia carraspeó. Las dos sabían que sí que se había fijado en Danny, que lo había mirado con sus voraces ojos de loba mientras se pavoneaba cerca de ellos varias veces. Nicolette decidió ignorarla y dijo:

—¡Ahí está el tren!

Dejó escapar una exhalación profunda cuando el tren se detuvo. Subieron al tercer vagón, seguidas de cerca por Eva y Clara. No se iban a librar de su presencia en toda la mañana, sobre todo cuando se sentaron frente a ellas. Nicolette pensó en los treinta minutos de trayecto en tren, más el recorrido del tranvía hasta la facultad y el tiempo que estuvieran haciendo cola para entregar la preinscripción al curso... Cada minuto se le antojó eterno. Cuando miró a Olivia, con el rostro bañado por la desesperación, la vio sacar su mp3 y sus cascos. ¿Olivia pensaba desconectarse de su entorno y dejarla sola? ¡Eso sería una traición sin precedentes! Inferior a la de Clara, por supuesto, pero sí que constituía un agravio digno de castigo.

Abrió su bolso con premura pensando: *Por favor, que haya metido el mp3, que haya metido el mp3...*

En cuanto vio el cable de uno de los auriculares, estuvo a punto de dar un brinco en su asiento. Deseó que tuviera la suficiente batería como para ir y volver a Castellón sin necesidad de establecer ninguna conversación con Eva y Clara.

Se colocó los cascos y encendió el reproductor. La primera canción que sonó era de *Smoking Wild Demons*. Tras los primeros acordes, escuchó la voz de Danny.

Se quedó mirando la pantalla del mp3 con cara de besugo. ¿Se trataba de alguna señal? La última vez que lo había encendido había sido una semana antes. Cuando no le conocía... Cuando estaba pintando un enorme cuadro con su cara... Cuando había buscado su nombre en Internet y había encontrado fotos de una de sus últimas campañas de publicidad.

Parecía que hubieran transcurrido mil años desde entonces. Echó la cabeza hacia atrás en el asiento y cerró los ojos mientras se deleitaba con la voz de Danny en sus oídos. Sin poder evitarlo, se llevó la mano al estómago, al mismo lugar donde había sentido la lengua de Danny.

Estaba volviendo a pensar cosas nada apropiadas, como diría Olivia, pero es que sentía un rastro de fuego donde él la había besado. ¿Cómo sería besar sus labios? ¿Y cómo sería estar con él? En ese momento, supo que todos los pensamientos de las siguientes horas serían sobre eso. Si hubiera estado a solas con Olivia, le habría preguntado al respecto, aunque imaginaba que su respuesta sería un cantarín: "*¡Hazlo! ¡Ni lo dudes!*"

Y ella deseaba hacerlo... ¡Vaya sí lo deseaba!... pero tenía miedo de enamorarse de él.

Donde iba su cuerpo, iba su corazón. Así era Nicolette. A pesar de que Danny le había dicho que buscaba el amor, también le había confesado que hasta que éste llegara, no le importaba ir conociendo chicas.

Así que la decisión estribaba en qué quería ser Nicolette para él. ¿Otra chica más para engrosar su lista? ¿O una amiga?

*¿Qué quieres ser, Nicolette?* Ésa era la pregunta clave.

Si elegía la opción número Uno, lo suyo acabaría en cuanto él regresara a Londres. Si elegía la Dos, tal vez podrían ser buenos amigos, compartir futuros éxitos e incluso volver a verse.

Deseó que hubiera una tercera opción. Como en esos concursos televisivos en los que siempre ofrecían la famosa “caja” de contenido misterioso.

A ella le gustaría poder elegirla ahora y que contuviera alguna fórmula mágica para lograr lo que en el fondo deseaba.

Quería que él la eligiera a ella.

Su mente racional bramó, llamándola estúpida, diciéndole que no volviera a pensar algo así. Apenas lo conocía. Chicos tan perfectos no existían. Todavía no había visto el gran defecto de Danny. Tenía que haber algo oculto. ¡A lo mejor pertenecía a una secta! ¡O era Científico, que era prácticamente lo mismo! ¡O tal vez procesaba una religión muy extraña! O a lo mejor y sonaba

plausible... ¡Por la noche se disfrazaba de Batman y recorría Londres en leotardos!

Había algo que no encajaba. O es que la vida era sumamente injusta. Una persona no podía ser hermosa, con un físico apabullante, una voz de tenor y además comportarse con dulzura y simpatía a todas horas. Y eso por no hablar de que era un chico maduro, que sabía lidiar responsablemente con el problema de su padre.

No podía ser tan maravilloso. Danny escondía algo. Y se lo repitió a sí misma hasta la saciedad junto a un “no te fíes”.

## 21. SOLAMENTE AMIGOS

A pesar de que la mañana parecía haberse convertido en un infierno, no empeoró demasiado. Clara y Eva fueron cotilleando durante el viaje, mientras Olivia y Nicolette escuchaban música. Siguieron así en el tranvía, en la cola y de vuelta al pueblo.

Sin embargo, justo cuando Nicolette y Olivia iban a despedirse de ellas, ya de regreso en la estación, Eva dijo algo que lo estropeó todo.

—¿Estás con ese chico?

—¿Qué?

—Con el chico inglés.

—Es escocés —apuntó Olivia.

—¡Ah, sí! ¡Vale! Pero, ¿estás con él?

—No. Somos amigos —dijo Nicolette, mientras se daba cuenta de que tanto Eva como Clara se habían alegrado al oír sus palabras.

—Esta noche hay una *Jam Session* en el Espacio Social. La gente irá con sus instrumentos y tocará y cantará canciones. Yo cantaré. ¿Queréis pasaros? VÍ que llevaba una guitarra. ¿Sabe tocar?

—Sí y cantar.

—¡Pues venid, por fa!

—Yo no sé...

—¡Seguro que os divertís! Y así practicamos un poco el inglés, ¿no?

—Se lo diré. No prometo nada.

—¡Vale! ¡Pues hasta la noche!

Nicolette y Olivia se alejaron por el camino que conectaba la estación con la

parte antigua del pueblo y después de un rato, fue Olivia la que habló.

—Ésa lo que quiere es practicar lengua con Danny. Y no me refiero al idioma.

—Lo he pillado, Oliv. No hacía falta que fueras tan gráfica.

—Es que si no soy tan “gráfica” como dices tú, no pillas las cosas.

—Aunque las pille, no puedo evitarlas. Si él decide liarse con ella, yo no puedo hacer nada.

—Pues eres tonta, Lady Brackets. Si alguien se liara con él, deberías ser tú.

—¿Yo? No creo que se dé el caso. Creo que lo mejor es que nos limitemos a ser amigos.

Olivia la miró con mala cara, pero Nicolette no hizo caso. Ya casi se había decidido. Él le importaba. Quería seguir en su vida. Por eso, debía controlar sus hormonas y sus sentimientos.

Amigos. Solamente amigos. No debería ser tan difícil ¿verdad?

Danny había recorrido una docena de veces el salón. Se había sentado, se había levantado, se había vuelto a sentar.

Después había puesto una lavadora con su ropa y la de Nicolette y se había sentado frente a la máquina, mientras el tambor con las prendas giraba, giraba y giraba. No podía dejar de pensar en ella, en la manera en la que se había marchado. Ni siquiera se había despedido de él.

Y todo por como se había comportado con ella. Se había mostrado creído, como si la tuviera en el bote.

Pero, ¿qué culpa tenía él?

Hasta ahora, comportarse así le había funcionado con las chicas. Estaba claro que Nicolette era diferente. De ahora en adelante, tendría que ser más cuidadoso con ella, si no quería espantarla definitivamente.

¡Y cómo le gustaba que ella fuera diferente! Tendió la ropa en el patio interior mientras pensaba qué podía hacer para compensarla por su metida de pata.

Desde allí pudo ver un rosal que crecía en el jardín de la casa contigua, así

que se le ocurrió una cosa. Subió al techo del coche de Nicolette. De ahí, se colgó en una canaleta y se deslizó hasta la tapia que conectaba ambas casas. Apoyándose en ella hizo un gran esfuerzo y consiguió subirse. Desde esa posición, pudo ver que el rosal se extendía por la pared lateral, cubriéndola. Se puso en pie sobre la tapia y caminó sobre ella hasta acercarse a la pared. De allí, pudo alcanzar unas cuantas rosas. Se clavó varias espinas mientras las alcanzaba pero no le importó. Después de arrancarlas, se colocó las rosas en la boca y volvió al patio de Nicolette. Las colocó en un vaso con agua y abrió la nevera.

Miró su reloj y cuando estaban a punto de dar la una, comenzó a preparar la comida.

Después, puso la mesa y colocó en el centro el vaso con las rosas.

Miró el reloj sin parar. Estaba nervioso. Le sudaban las manos. Cuando oyó la puerta, se quedó quieto, junto a la mesa, esperando.

Ella apareció por la cocina y sus ojos se agrandaron.

—Hola —dijo él, pasándose la mano por el pelo con nerviosismo.

—Hola —respondió ella, mientras sus ojos recorrían los platos dispuestos sobre la mesa. Había una gran ensalada en el centro y dos platos de pescado a cada lado.

Pero sin duda, las rosas llamaron su atención.

—Danny...— dijo, con un hilo de voz.

—Por favor, siéntate —dijo él, haciéndole un ademán para que le obedeciera. Ella tomó asiento, sin dar crédito a lo que veía —. Espero que tengas hambre.

Ella asintió.

—¿Y esas rosas?

—Son prestadas. Técnicamente.

—¿Prestadas? —dijo ella, con una sonrisa.

Él le enseñó las manos. Las palmas estaban llenas de pequeños cortes.

—De la casa de al lado.

—¿Y cómo las has cogido?

—Trepando...

Ella se echó a reír.

—¿Puedo hacerte una pregunta? No te disfrazarás de Batman por las noches e irás trepando por ahí, ¿verdad?

—¿Qué?

—¡Nada! ¡Déjalo! Y muchas gracias por esto.

—Pues come. Por favor...

Nicolette engulló gran parte de la ensalada y medio lenguado. Comieron sin hablar y ella sentía su mirada pendiente de sus movimientos, lo que la puso bastante nerviosa.

—Está muy bueno —dijo ella, al fin—. Gracias.

—De nada. Yo quería disculparme.

*Oh, oh. Ahora es cuando saca el tema de lo que ha pasado esta mañana, se lamentó ella.*

—Danny...

—No se me va de la cabeza... Como me he comportado. Y lo siento. De verdad.

Ella pensó que Danny se arrepentía de haberse acercado de ese modo a ella. Lo había recapacitado al igual que ella y quería que lo suyo se limitase a una simple amistad. A pesar que ella había llegado a la misma conclusión, de repente, le dolía que él la rechazara. Sí. Porque así era como ella empezaba a sentirse: rechazada por él.

—No tienes que disculparte — dijo ella —. Yo ya lo he olvidado todo.

—¿En... serio?

—Sí. Ha sido una tontería.

—Ya veo...

Nicolette clavó el tenedor en el plato, tratando de desviar la atención de Danny, que por un momento, le había parecido decepcionado por sus palabras.

No, no podía ser.

Él había empezado la conversación, e iba a decirle que era mejor que fueran amigos, pero por orgullo, ella se le había adelantado. No había forma de que él estuviera decepcionado ante la idea. Solo herido en su orgullo. Eso era todo.

Danny apretó las manos, convirtiéndolas en puños. ¿Por qué cada vez que trataba de acercarse a ella, lo rechazaba y lo alejaba de él?

Observó como Nicolette deslizaba el tenedor por la superficie del plato, sin atreverse a mirarlo. A lo mejor debía darse por vencido. Y dejar las cosas tal y como estaban.

—¿Sabes? ¿Recuerdas a la chica que nos llevó en coche la otra noche? Nos ha invitado a una Jam Session. Puedes llevar tu guitarra y cantar si quieres.

Nicolette había sopesado la posibilidad de no decírselo. De hecho, Olivia le había insistido en que no lo hiciera. Según ella, no era la mejor de las ideas llevar a Danny a un nido de víboras dispuestas a echarse sobre él. Pero tras lo tensa que se había vuelto la conversación, Nicolette necesitaba algo que le diera un respiro.

—Creo que es buena idea.

Nicolette sabía que no lo era. En absoluto.

Pero al menos, él volvía a sonreír, haciéndole creer que de verdad podían olvidar lo de esa mañana y ser amigos.

Por mucho que su cuerpo y su corazón quisiesen otra cosa.

## 22. GRACIAS POR ENCONTRARME

El Espacio Social era un edificio cuadrado decorado en azul y blanco formando un dibujo simétrico. En su interior albergaba una sala de conciertos, otra para exposiciones y la futura biblioteca. No llevaba ni dos años abierto y solía acoger las actuaciones de los grupos locales. No quedaba lejos de la casa de Nicolette, así que fueron caminando hasta allí. Danny llevaba colgada su guitarra y se había puesto la ropa con la que Nicolette lo había encontrado en el aeropuerto. Resultaba más él que nunca, pero sobre todo, porque se había colocado los pesados anillos de plata que le definían y que tenían formas de calaveras. Nicolette le miró de soslayo. Llevaba el pelo hacia atrás, peinado con un poco de gomina, lo que hacía destacar sus patillas y los pendientes que adornaban sus orejas.

Sabía que Eva iba a mostrar su interés hacia él en cuanto llegaran. Y tenía que mentalizarse, por si él decidía corresponderle.

*No lo lledes allí,* decía el whatsapp de Olivia tras informarle de que iban a asistir.

*Es como pasear con un pastel por la puerta de un gimnasio.*

**No he podido evitarlo.**

*¿En serio? ¿Y cómo demonios ha salido el tema?*

**Me he visto obligada.**

*¿Cómo? No es algo que tenga que surgir obligatoriamente en una conversación. Podrías habértelo llevado a cenar por ahí. ¡Tenías que haberlo alejado del campo de batalla!*

**Sí, claro. O también podría haberlo metido en la despensa y encerrarlo con llave.**

*Deberías haberlo hecho.*

**Danny no es de mi propiedad. Además, cuando regrese a Londres se pasará por sitios peores. Como el backstage de algún desfile.**

*Pero tú no lo verás y ya sabes lo que dicen. Ojos que no ven, corazón que no siente.*

**Por eso vais a acompañarme ¿verdad? Por faaaaa.**

*No quiero recoger otra vez los pedazos de tu corazón.*

**No tendrás que hacerlo. No le he dado mi corazón, así que no puede romperlo.**

*¿Estás segura?*

**Sí. Te lo juro. ¿Vendréis?**

Al final, por supuesto, había convencido a sus amigas y la estarían esperando dentro del recinto.

—Si me miras así, me vas a desgastar —dijo él, al cabo de un rato, ya que ella estaba mirándole en silencio.

—Es que hay algo que quiero preguntarte.

—Ya veo. Adelante.

—¿Recuerdas la chica que nos recogió la otra noche? Eva.

—Sí. La chica *Pin Up*.

—Sí, la misma... ¿Te gusta?

—No.

Nicolette reprimió las ganas de dar un salto de alegría. Dentro de su cabeza, sin embargo, exclamó: ¡Yuhuuuuu!

—¿Por qué?

—No es mi tipo. Me resulta demasiado...obvia.

—¿Obvia?

—Se le ven las intenciones.

—Y a ti eso no te gusta —Había una pregunta velada en su voz.

—No. Me gustaban. Pero ya no.

—¿Y qué tipo de chica te gusta ahora?

—Las chicas misteriosas. Con las que no sabes cómo actuar. Las que se marchan enojadas si das un paso en falso. Las que no lo ponen fácil, aunque a veces se dejen tentar...

Ella se quedó sin habla. Pensó que estaba hablando de ella hasta que su parte negativa, predominante en su carácter, le dijo que no podía ser.

—¡Nicolette!

Eva se les acercó a la carrera. Llevaba un vestido de palabra de honor de color azul que se ceñía a cada curva de su cuerpo de manera obvia, como había dicho Danny. Lucía un tupé y una coleta de caballo y se alzaba sobre unos imponentes zapatos de charol rojos, a juego con su pintalabios.

—Hola, Dan.

—Danny —corrigió éste.

—Oh, sí, perdona. Veo que has traído tu guitarra. Nicolette me ha dicho que cantas. ¿Lo haces bien?

Parecía que había una segunda intención en aquella pregunta y probablemente la hubiera. Nicolette se obligó a tranquilizarse. No podía alarmarse y ver fantasmas donde no los había.

—Nicolette puede decirte cómo lo hago.

Los ojos de Eva, perfilados en eyeliner negro, volaron hasta ella. Elevó una ceja.

—Lo hace... Canta fenomenal, quiero decir. Algún día será famoso.

Danny centró sus ojos en Nicolette. ¿De verdad creía tanto en él?

Él solía bromear con que algún día sería una estrella, pero durante los últimos años, no había sufrido más que reveses con su grupo que lo alejaban de su sueño. De no ser porque estaba trabajando y dándose a conocer como modelo,

un trabajo superficial que no le entusiasmaba, su grupo seguiría estancado, actuando en *pubs* de mala muerte.

En aquel momento, la fama se le antojaba demasiado lejana. Por eso agradeció que ella creyera en él. Se le dibujó una sonrisa en la cara.

—¡Estoy deseando escucharte, entonces! —dijo Eva—. ¿Vamos para allá?

Tras cuatro actuaciones, en las que versionaron éxitos de Queen, Eva le dijo a Danny que era su turno.

—Presta atención —le dijo éste a Nicolette antes de subirse al escenario, mientras sonreía.

Nicolette le observó prepararse. También se dio cuenta de lo mucho que Eva inclinaba el cuerpo hacia él para hablarle. A su lado, Luna y Olivia murmuraban adjetivos nada elegantes para referirse a ella mientras cruzaban los brazos y fruncían el ceño.

Al cabo de unos instantes, Danny tocó unos cuantos acordes de la guitarra para comprobar su afinación. Después levantó la cabeza y miró a su audiencia. El recinto se había ido llenando poco a poco. Nicolette estaba en la primera fila y por la forma que movía su pierna derecha arriba y abajo, arriba y abajo repetidamente, parecía bastante nerviosa.

Danny no pudo evitar sonreír. Estaba más preocupada que él. Hacía años que él no se dejaba llevar por los ataques de nervios antes de una actuación, fuera del tipo que fuera. Estaba muy seguro de sí mismo. Su guitarra nunca le fallaba y su voz, tampoco.

Eva le dijo que podía empezar, ante lo que Danny asintió. Unos segundos después, sus dedos se movían por la guitarra, haciendo que la música brotara de ella. El resto de componentes del improvisado grupo hizo sonar sus instrumentos. Para sorpresa de Danny, sonaban bastante bien.

Él comenzó a cantar. Nicolette reconoció la canción. Era *Thank You for loving me* de Bon Jovi. En su voz sonaba preciosa.

La gente que abarrotaba el recinto se quedó en silencio, pendientes de la actuación, fascinados con él. Nicolette no podía dejar de mirar los dedos de Danny, que se movían con maestría sobre las cuerdas. Tenía talento. Mucho. Y

además era guapo, dulce, atrevido y simpático. Debido a todos estos atributos, Eva se había lanzado prácticamente sobre él. Nicolette imaginó que su vida sería casi a diario. Por eso jugaba a romper corazones. Para él era tan fácil como respirar. ¿Podría alguien así encontrar una pareja para una relación seria? No. Era algo inconcebible. Por su belleza, ese aire masculino y salvaje, su voz capaz de hipnotizar... Nicolette abrió mucho los ojos ante aquella revelación.

¡Acababa de encontrar el mayor defecto de Danny Blackdadder!

Estar con él requería de una autoestima a prueba de misiles.

—He de decirte algo — le dijo Olivia—. Sabes que nunca, nunca quebrantaría el Tratado Sagrado sobre Gustos, Amoríos y Relaciones entre nosotras, pero... He de reconocer que ese chico invita a pecar por cada poro de su cuerpo.

—Y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo —dijo Luna.

Nicolette solo pudo asentir. Sus amigas tenían razón. Incluso Luna, que era estricta y bastante extravagante con sus gustos, se sentía impresionada. Se preguntó cómo sería vivir de ese modo, sabiendo que causas tal efecto en las personas que te rodean.

Ella siempre se había considerado corriente, insulsa. No encontraba nada en su físico que la hiciera destacar, pese a que le decían a menudo que tenía unos ojos enigmáticos y una boca gruesa que era la envidia de sus amigas. Nicolette siempre se había sentido una chica del montón. No era capaz de hacer que una sala de conciertos enmudeciera por su presencia y su voz.

En aquel momento, tuvo una corazonada: Danny llegaría muy lejos. Se convertiría en una gran estrella. Poseía ese “algo” diferente que le hacía mejor que los demás.

A lo largo de la historia de la música, muchos eran los ejemplos de estrellas que poseían ese “algo” especial: Elvis Presley, un chico blanco que se movía y cantaba con una voz de la América negra; Los Beatles, con su estética mod, tan original en aquella época; Freddy Mercury, absolutamente rompedor e insuperable...

El marketing no levanta imperios ni construye mitos si no hay buena base detrás. Y Danny tenía buen aspecto, una voz preciosa y algo indefinible y mágico que resultaba atrayente y perturbador. Algún día, dentro de muchos años, cuando él fuera condenadamente famoso, ella recordaría esa noche y se diría a si misma que lo había conocido y recordaría los días de aquel verano junto a él.

Ante este pensamiento, Nicolette sonrió. Danny, que no había apartado los ojos de ella desde que había comenzado a cantar, también hizo aparecer una sonrisa en su rostro. La canción llegaba a su fin y entonces, se le ocurrió algo. Tras el último estribillo, había un momento para un solo de Danny. El resto de músicos finalizaron la canción. Solo quedó la guitarra de Danny y su voz. Por eso, cantó, casi a capella:

*Thank you for finding me.*

Nicolette sintió que el corazón se le aceleraba de una manera incontrolable. Olivia le propinó un codazo en las costillas, pero ella casi no lo notó. En ese momento, todo lo que acontecía a su alrededor: la ovación del público, los vítores, todo desapareció.

Danny había cambiado la letra para dirigirse a ella.

*Gracias por encontrarme.*

Nicolette sintió que se le aceleraba la respiración. Danny no dejaba de mirarla y estaba sonriendo. Ella había olvidado hasta como aplaudir. Nadie había hecho algo así por ella. Nadie.

Aunque sabía que no debía interpretarlo como un gesto romántico, sino más bien, de gratitud, porque le había ofrecido un lugar donde quedarse. Nicolette, la chica pragmática, realista y seria, acababa de convencerse a sí misma para que sus pies, que estaban despegando, volvieron a pisar tierra firme. No había que perder la compostura por algo así.

—¡Muchas gracias a Danny, que ha venido de Londres! —dijo Eva, acaparando el micrófono principal —. ¡Un gran aplauso para él!

Danny hizo una reverencia y bajó al escenario.

—Yo de ti le daba un beso de tornillo ahora mismo —le dijo Olivia al oído.

Pero antes de que Nicolette pudiera contestarle a su amiga, la presencia de Clara llamó su atención. Acababa de abordar a Danny para presentarse. Nicolette miró a su alrededor. Si ella estaba aquí, también podía estar el resto de sus amigos y...Axel.

No tardó en verle. Estaba en un lateral, cerca de la puerta. Y tenía sus ojos celestes clavados en Nicolette.

—¡Esa lagarta quiere quitarte a Danny! —bufó Olivia —. ¡Espabila!

Cuando Nicolette miró a Danny, lo vio tratando de apartarse amablemente de Clara, que inclinaba su pecho hacia él y le sonreía de manera coqueta. Danny se apresuró a alcanzar a Nicolette.

—¿Te ha gustado la actuación? —preguntó él, con el rastro de una sonrisa en sus labios.

—Sí —dijo ella, tratando de silenciar los latidos de su corazón.

—¿En serio? —preguntó él, alzando una ceja—. No sé si creerte.

—¿Por qué...? ¿Por qué dices eso?

—¡Porque no has aplaudido! ¡Has herido profundamente mi ego de músico! —dijo él, acercando su rostro al de ella.

Nicolette sintió que todos los pensamientos se extraviaban de su mente. La sonrisa de Danny prometía picardía y diversión y ella perdió la respiración.

—A ver, enséñame esas manos —dijo él y sin darle tiempo a reaccionar, se las tomó por las muñecas y las giró colocándolas con la palma hacia arriba. Frunció el ceño —. Es extraño... Hay cinco dedos en cada una, lo que es habitual...— Los movió.— Se pueden flexionar adecuadamente...Entonces, ¿dónde puede estar el problema? —dijo él y al levantar la cara hacia Nicolette, esbozó una sonrisa deslumbrante.

—No tienes que darme las gracias —dijo ella, con la mirada clavada en la de él —. Además ¿qué otra cosa podía hacer? Soy tu fan.

—¿Eso es lo que eres? ¿Solo una fan? —dijo él, con un aire de picardía en el rostro.

Había algo implícito en sus palabras. El cerebro de Nicolette especuló a toda velocidad. ¿Solo una fan? ¿Qué ha querido decir?

Tal vez ya me considera su amiga. ¿Se refiere a eso? ¿Hemos vuelto a la conversación de esta mañana? Pero antes de que pudiera decir algo más, escuchó una voz demasiado familiar que le llamaba. Axel estaba a su lado. Y tenía cara de pocos amigos..

## 23. PELEA

—Nicolette, ¿podemos hablar?

Ella miró a Axel. Después a Danny. Necesitó mirar el rostro de sus amigas, que estaban observando la escena con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Axel, no sé si...

Miró de nuevo a Danny. Éste estaba mirando a su ex novio con gesto desafiante. De repente, la tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo.

—Ve, tranquila —dijo Olivia, colocándose junto a Danny—. Y aclárale las cosas.

—Enseguida vuelvo —dijo Nicolette en inglés.

Danny sintió una punzada de celos cuando la vio alejarse con él. Se vio sorprendido ante la intensidad de la sensación. No pudo evitar que sus ojos siguieran la melena de Nicolette hasta que salió del recinto. También se sintió rechazado. Otra vez.

Había cantado para ella. Igual que en el concierto en el que la vio por primera vez. Aunque ahora contaba con toda la fuerza de los sentimientos que le embargaban, con todo el deseo por ella recorriendo sus venas y aun así... Ella se había marchado con otro.

—¿Puedo preguntarte algo, rockero? —le dijo Olivia.

—Sí, por supuesto, Oliv.

—¿Te gusta Nicolette?

—Lo que te conteste... ¿Vas a decírselo a ella? —preguntó él, con una sonrisa.

—Puede —dijo ella, encogiéndose de hombros—. La información es muy valiosa. Hay que saber comerciar con ella.

—¿Me estás chantajeando?

—Todavía no. Depende de lo que digas.

Danny suspiró. ¿Podía decirlo en voz alta? Sentía algo por ella, eso estaba claro. Era hermosa, dulce, sincera y tenía una inteligencia aguda que hacía despertar su ingenio. Se divertía a su lado y sobre todo, se moría de ganas de tocarla, de hacer el amor con ella.

Miró a sus amigas, que aguardaban expectantes. Danny sonrió.

—Cada vez que doy un paso hacia esa chica, ella me aleja un kilómetro. Tenéis que ayudarme.

—¿Qué quieres, Axel? —preguntó Nicolette, una vez que habían abandonado el recinto y estaban junto a la puerta.

Él se dio la vuelta y afrontó a Nicolette, con gesto serio.

—¿Cómo has podido liarte con alguien así?

—¿Qué?

—¡Ese tío es un golfo, Nicolette! ¡Se le ve a la legua!

A Nicolette le costó entender las palabras de Axel.

—No me he liado con él. Es mi amigo.

—¿Crees que yo me chupo el dedo? ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo te mira?

—No me mira de ningún modo.

—Nicolette, sé de lo que hablo. A ese tío le gustas y está esperando el momento para echarse sobre ti.

—Y si así fuera, ¿a ti qué te importa?

—¿Qué? ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¡Tú me importas! Después de lo que pasó entre nosotros hace un mes, yo...

—¿Creíste que volvería corriendo hacia ti? ¿Para qué pudieras reírte otra vez de mí con Clara?

—¡Ella no me importa! ¡No me ha importado nunca!

—Eso deberías haberlo pensado antes de acostarte con ella.

—Me arrepiento de haberlo hecho. Me he arrepentido mil veces.

—Mil veces no es suficiente, Axel.

—Lo sé, lo sé, pero yo... No puedo volver a esa noche. Si pudiera, lo haría. Y evitaría lo que sucedió.

—No puede deshacerse, ése es el problema. De todas las chicas que se echaban sobre ti, de todas las que se te presentaban, podrías haber elegido a otra. No a mi mejor amiga. Vosotros dos me quitasteis todo lo que yo quería. ¿Y para qué? ¿Para salir juntos tres días?

—Nicolette...

—¿Tan poco valía yo para vosotros? ¿Es que lo único que quisisteis fue hacerme daño? Si aún estuvieseis juntos, si os hubierais enamorado, lo habría entendido, pero lo único que queríais era acostaros juntos y yo sobraba, así que decidisteis romperme el corazón...

—¿No puedes perdonarme?

—Yo...

—No sabes cuantas veces he estado parado debajo de tu casa, deseando reunir el valor para llamarte. Y en el Magic, no sabes cuántas veces he querido acercarme a ti para hablarte. Todo este año he querido pedirte perdón...

—Bien. Ya lo has hecho. Y no puedo perdonarte.

—Pero lo que pasó hace un mes...

—Ya no volverá a suceder.

—Por ese tío, ¿verdad?

—No, no es por él.

—Probémoslo. —En ese momento, él agarró la muñeca de Nicolette y la atrajo hacia él para besar sus labios a lo que ella se negó, girando la cara.

Luego le empujó con todas sus fuerzas para que la soltara. Cuando lo hizo, lo miró enojada, pero él tenía la atención en otra parte, en algo que había detrás

de ella. Nicolette se giró y vio a Danny de pie, a unos metros.

Había observado la escena. Y la miraba con el rostro muy serio.

Nicolette comenzó a caminar hacia él. Iba a explicarle que todo había sido un malentendido, pero entonces éste volvió a agarrarla de la muñeca.

—Él te hará más daño que yo, Niki —dijo él, con el rostro desolado.

Ella también lo sabía. Estaba dejando que los sentimientos por Danny crecieran de una manera incontrolable y cuando él se fuera, que lo haría, ella se quedaría con una vida vacía y con su maleta llena de sueños rotos.

Pero no le importaba. Estaba dispuesta a creer en el *Carpe Diem* de nuevo y quería aprovechar los días con Danny al máximo.

—Suéltala —dijo Danny en inglés, acercándose a ellos.

A pesar del tono amenazante que empleó, Axel no obedeció.

—Axel, deja que me vaya —le pidió ella, mirándole a los ojos.

Su ex novio apretó mucho los dientes y ella apreció la tensión creciente en su mandíbula y en su cuello.

—He dicho que la sueltes.

—Está bien —dijo él, apartando los dedos de la muñeca de ella.

Y en ese momento, aprovechando que Danny se acercaba a Nicolette para comprobar si se encontraba bien, Axel le soltó un puñetazo en toda la cara que estuvo a punto de derribarle y que le hizo retroceder.

Cuando recuperó el equilibrio del todo, miró a su agresor y entonces, se abalanzó sobre él.

Danny había protagonizado más peleas de las que recordaba. Por eso, no se amedrentó ante el ex novio de Nicolette. Descargó contra él sus puños. Una, dos, varias veces. Aunque también recibió algún que otro golpe. El más doloroso fue un derechazo directo a la mandíbula que le hizo ver las estrellas.

Cuando te ves envuelto en una pelea así, pronto olvidas lo que acontece a tu alrededor. Por eso no prestó atención a que la gente había ido congregándose, acudiendo a la carrera al grito de “¡Pelea!”. Tanto en Inglaterra como en España, los enfrentamientos se llenaban de curiosos.

Hubo un momento en el que Danny y Axel rodaron por el suelo sin dejar de golpearse. En cuanto Danny logró ponerse en pie, dispuesto a darle una patada a Axel, Nicolette se interpuso entre ellos.

—Por favor... —suplicó, en inglés.

Una vez que Danny pudo controlar la ira que le embargaba y enfocó su rostro, se dio cuenta de que estaba abatida.

—Lo siento, Nicolette, yo... —dijo, tratando de moderar su agitada respiración.

Unas luces rojas y azules se aproximaron a gran velocidad. La gente comenzó a dispersarse y Nicolette tomó a Danny de la mano y le dijo que tenían que irse.

Escuchó la voz de Axel detrás de ella. No miró atrás. Echaron a correr entre la gente en dirección contraria a las sirenas de la policía.

Tomaron una calle por la que no podían circular los vehículos y se adentraron en el casco antiguo. La casa de Nicolette no estaba demasiado lejos y esperaba llegar antes de que les encontraran, aunque era más que probable que Axel no pusiera ninguna denuncia de lo sucedido, si es que lo habían pillado.

Al cabo de un rato, dejaron de correr.

—Lo siento, Nicolette —se apresuró a decir Danny.

Ella le miró. No había salido muy mal parado, ya que solo se le notaba un poco hinchado el rostro en el lado izquierdo, donde había recibido el primer golpe.

—¿Por qué te disculpas? Ha empezado Axel.

—No debería haber caído en su provocación. Lo siento.

—No entiendo por qué se comporta así.

—Es obvio. Está celoso.

En ese momento, por el rabillo del ojo, Nicolette vio las luces del coche de policía. Habían girado una calle y venían en la misma dirección que ellos.

Cogió la muñeca de Danny y tiró de él para arrastrarle hasta el interior de un portal. Ella se colocó contra la pared y a él lo colocó delante, de forma que quedaba de espaldas a la calle.

—La policía se acerca. Disimulemos...

Su aroma de vainilla envolvió a Danny, abrazándole. Notó el calor que Nicolette desprendía, percibió su respiración agitada. Alzó los ojos hasta su cara, que permanecía pendiente de la calle.

—Hagamos como que estamos hablando...

—Se me ocurre algo mejor —dijo él y entonces, colocó las manos en la cintura de Nicolette y la atrajo hacia él. Después, inclinó su cara y la hundió entre su cuello y su hombro.

Nicolette se había quedado congelada.

—Abrazame, Nicolette.

Ella colocó sus brazos sobre los hombros de él. Estaban a oscuras, salvo por la tímida luz amarillenta que provenía de una farola que había a unos metros del portal. El corazón le iba a mil revoluciones y la respiración se le aceleró cuando notó que las manos de Danny ascendían por su espalda, para empujarla contra él.

El coche de la policía pasó por su lado, pero no los vio.

¿Era capaz de detenerle, si ni siquiera acordaba de respirar? Solo tendría que apartarse o decirle que parara. Pero las palabras se negaban a salir y su cuerpo no quería moverse. Su boca ascendió hasta el cuello del Nicolette por debajo del lóbulo de su oreja. El roce de su aliento la estremeció.

Quería hablar, decirle que el coche de la policía ya había pasado, pero sus labios solo emitieron un leve suspiro. Supo que él sonrió porque la tenía a su merced, que ella no se resistía. Su aroma era intenso, inundaba sus pulmones. Notó los cálidos labios de Danny en su cuello.

Sintió deseos de aferrarse a él, atraerle y encontrar su boca. Siguió paralizada mientras sus labios besaban la piel de su cuello, hasta tomar el lóbulo de su oreja entre ellos. Se estremeció aún más. Solo dijo su nombre, lo único que fue capaz de pronunciar.

Después, él hizo descender su boca y besó su cuello a la altura de la garganta. Nicolette estaba perdida en lo que él le hacía sentir, por eso colocó sus manos en el cuello de Danny, pidiéndole más sin necesidad de hablar. Él, decidido, la estrechó más contra él y lamió su cuello. A ella se le erizó el vello de los brazos y soltó un gemido.

—¿Crees que estamos disimulando bien?

Se había vuelto a dejar llevar. Otra vez.

Después de las caricias de aquella misma mañana, pese a que se había jurado que no iba a volver a caer, ahora estaba de nuevo en una situación parecida.

Por lo visto, Nicolette era alguien que solía tropezar varias veces con la misma piedra.

Su móvil comenzó a sonar con la melodía que tenía asignada a Olivia. Danny gruñó, contra su cuello.

—¿Tienes que cogerlo?

—Sí. Después de lo que ha pasado, se volverán locas si no respondo.

Danny protestó, antes de morder el lóbulo de la oreja de Nicolette otra vez. Luego se apartó de ella. Se miraron a los ojos. Parecía que se hubiera encendido un fuego entre ellos.

Nicolette rebuscó en su bolso con manos nerviosas y alcanzó el móvil. Descolgó.

—¿Dónde estáis? —preguntó Olivia con ansiedad—. ¡Dicen que ha habido pelea! ¡Axel te está buscando! ¡Lleva la cara hecha un desastre!

—Estamos a punto de llegar a mi casa —dijo Nicolette.

—¡Entonces, te vemos allí!

Al finalizar la llamada, se enfrentó a los ojos de Danny, que no habían dejado

de observarla de forma abrasadora ni un segundo.

—Van a casa.

—¿A casa? ¿Por qué?

—Es lo que hacen los amigos cuando otros se meten en líos —dijo ella, acariciándole con dulzura la punta de la nariz—. Y tú, rockero, lo has hecho.

Danny quiso decirle que deseaba estar a solas con ella, pero no se atrevió. Esperaría a que sus amigas se marcharan y entonces, hablaría con Nicolette sobre lo que sentía por ella.

## 24. ELFOS CONTRA GOBLINS

Olivia y Luna ya estaban en casa de Nicolette cuando llegaron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luna.

Nicolette se lo explicó a sus amigas, desde que había salido con Axel, su conversación con él hasta el casi beso que había propiciado la situación.

—¡Hiciste muy bien en pegarle! —le dijo Olivia a Danny—. ¡Se lo merecía!

—La violencia nunca es justificable —apuntó Luna.

—En este caso, sí. Axel es un idiota.

—Lo que yo sé es que es un idiota que no se dará por vencido. Y que sus amigos son tan poco evolucionados como él, así que puede que se presenten aquí a por su vendetta particular —dijo Luna.

—¿Eso crees? —preguntó Nicolette, asustada.

—Es posible —añadió Olivia, reflexiva—. Por eso es mejor que os vengáis con nosotras. Vamos a la casa de la montaña, he quedado con unos amigos a las doce.

—¿A la casa de la montaña? ¿Cuándo has quedado?

—Antes de que me convencieras de que os acompañáramos a la Jam Session. Pensaba que serías una tía lista y que no asistirías, así que había hecho otros planes. Sin embargo, en mi favor diré que soy muy buena amiga y que los había retrasado por ti.

—¿Y qué planes son esos?

—Un partida de Warhammer contra un chico monísimo que se llama Marco. Elfos del bosque, que como deberías saber, son las miniaturas con las que juego, contra goblins.

—¿De qué estás hablando? —dijo Danny, con cara de no entender

absolutamente nada.

—¿No sabes lo que es el Warhammer? —gritó Olivia, con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Creo que no... —dijo él, disculpándose con una sonrisa.

—¡Pues entonces tenéis que venir! —dijo Olivia—. ¡Además, Lady Brackets, me lo debes! ¡Por haber desobedecido todas mis recomendaciones sobre asistir a esa horrible Jam Session!

—No ha sido tan horrible...

—¿No os ha gustado mi actuación?

—Venid con nosotras y te responderé.

Nicolette y Danny se miraron. Éste se encogió de hombros. La decisión era obviamente de Nicolette.

—Está bien —dijo ésta, poniendo los ojos en blanco—. Lo hago porque no quiero que me recuerdes nunca más lo que ha pasado esta noche ni tus consejos sobre ello.

Olivia dio un saltito de alegría y abrazó a Nicolette, que miró a Danny con una sonrisa tímida en el rostro.

Había una conversación pendiente entre ellos. Tendría que ser paciente.

La casa de la montaña, como solía llamarla Olivia, era más bien un chalet en una zona residencial alejada varios kilómetros de cualquier núcleo habitado.

Sus padres solían pasarse el verano allí, porque el clima era más agradable que en el pueblo y además, contaban con una piscina para refrescarse durante todo el período estival. Pero ahora sus padres estaban de viaje, así que la casa de la montaña estaba a completa disposición de Olivia y sus hermanos.

Fueron en el coche de Nicolette y cuando llegaron, los amigos de Olivia ya les estaban esperando.

Olivia bajó del coche antes de que Nicolette pudiera estacionar y se dirigió al grupo que la esperaba. Una vez que Nicolette hubo aparcado, los tres se acercaron a los conocidos de Olivia, dispuestos a presentarse.

Los amigos frikis de Olivia formaban un grupo bastante heterogéneo. No eran los típicos bichos raros con dificultades para relacionarse. Al menos, no todos.

—Hay que eliminar el estereotipo del friki —solía decir Olivia—. ¡Venga ya! ¡No todos somos Cuatro-Ojos o marginados sin amigos!

No obstante, Nicolette recordaba la primera vez que entró a una tienda que solía frecuentar Olivia para comprarse sus juguetitos y sus comics. No podía olvidar los codazos que se dieron los chicos, ni las risas compulsivas o la aparición de algún que otro tic nervioso cuando las vieron.

Pero su amiga tenía razón. No todos eran así.

De hecho, la mayoría de los chicos que habían acudido al chalet de Olivia parecían bastante alejados del estereotipo que Olivia tanto odiaba y que se empeñaba a diario en desmontar.

Eran cuatro chicos y dos chicas. A ellas las había visto por el instituto. Eran del bachillerato de ciencias y Nicolette sabía que eran muy inteligentes. Se llamaban Yoli y Carmen.

Los chicos no eran del pueblo. Nicolette supuso que serían de Valencia y le sonaba que Olivia le había contado que los había conocido en la tienda de rol a la que acudía y que ya iban a la universidad.

Uno de ellos se apresuró a saludar a Olivia, dándole dos besos en las mejillas cargados de intención. Por la risa tonta que a su amiga se le escapó, Nicolette supo que ese era el tal Marco del que tanto hablaba ella.

Pero lo que a Nicolette le llamó la atención fue el repentino y extraño comportamiento de Luna. ¿Dónde estaba su eterno ceño fruncido? ¿Por qué no tenía los labios apretados en una mueca de disgusto?

Luna había bajado la cabeza y se estaba mirando las sandalias. Nunca la había visto tan afectada.

—Hola, Oliv —dijo un chico acercándose. Era moreno, alto, delgado y de piel pálida —. Hola, Luna.

Ésta como respuesta, gruñó un *¿cómo estás?* en voz baja.

—Desde luego, Luna — dijo Olivia—. ¿Así es cómo vas a saludar a David? Has estado preguntándome por él todo el día y ahora no vas a...

Luna levantó los ojos, con una mueca de horror y timidez en el rostro. David sonrió.

—¡Yo no he preguntado por él!

— ¿No? —dijo él—. Pues es una lástima.

Olivia miró a Nicolette y le guiñó un ojo.

Nicolette también sonrió. Le agradaba la idea de que hubiera un chico capaz de impresionar a Luna.

Los otros dos chicos que se presentan a continuación fueron Adrián y Eliot. Todos parecían impacientes de que aquella partida empezara.

Olivia los condujo hasta el garaje, donde había una mesa con un mantel verde. Todos se dispusieron alrededor de ella y más tarde, habían colocado figuras de montañas, unas ruinas antiguas y un lago.

Luna se sentó sobre uno de los escalones que subían al piso superior. David se sentó a su lado y a ella se le escapó una risa demasiado sonora que no pasó desapercibida para Nicolette, pese a que ella se encontraba en la otra punta del garaje.

Al cabo de un rato, la partida había empezado y sobre la mesa se habían distribuido las miniaturas de los ejércitos enfrentados. Danny lo contempló todo con mucha curiosidad, como si fuera algo propio de otro planeta.

Nicolette se dio cuenta de que Marco no dejaba de mirar a Danny. Él mismo no tardó en darse cuenta. Pensó que había visto alguna de sus campañas de publicidad. Estaba acostumbrado a ese tipo de miradas. Ya ni le molestaban.

No habían pasado ni diez minutos, cuando Marco exclamó:

—¡Ya me acuerdo de ti! ¡Hace como un año, en Liverpool! Actuaste en un pub

del centro.

—Sí, lo hice. Aunque era más una taberna.

—¡Dios! ¡Menudo concierto! ¡Y cuántas chavalas! Te largaste con un pibón impresionante y una amiga mía dijo que siempre te llevabas a la mejor tía.

Olivia carraspeó sonoramente. Danny no pudo evitar mirar a Nicolette. El pasado volvía a él una y otra vez. A pesar de que el ambiente se había vuelto obviamente incómodo, Marco continuó diciendo:

—¡Menuda fiesta! ¡Allí había de todo: grupies, setas...!

—¡Marco! —Olivia alzó la voz, captando por fin la atención del aludido—. Creo que debes pensar mejor tu estrategia.

—¿Qué?

—Sí, sí. Esa tirada no te favorece.

—Pero a ti sí... ¿Por qué me avisas?

—Ya te lo contaré después. Tira los dados otra vez.

—Pero...

Ella se plantó delante de él y le dio un beso en los labios que lo dejó sin palabras.

—¡Tira otra vez los dados!

Ajena a la atención de Danny, Nicolette removi6 el contenido de su cóctel sin alcohol con la pajita, mientras sus pensamientos discurrían a toda velocidad.

Un pibón. Se había ido del concierto con un pibón.

Algo que Nicolette no era. La gente la consideraba mona, guapa según su abuela, que no era imparcial, por lo que sus comentarios eran descartados de inmediato por Nicolette.

La verdad es que era bajita, poquita cosa y estaba cubierta de pecas.

Nadie diría que era un pibón. Le dio una docena de vueltas a la pajita alrededor del vaso.

Si se liaba con una chica en cada concierto, a una media de treinta conciertos por año... Y si añadía los viajes por el mundo y los backstages de los desfiles...

El cálculo estimativo hizo polvo la frágil autoestima de Nicolette. Y eso por no hablar de las sustancias que había insinuado Marco. ¿Danny consumía? ¿Acaso no le había dicho que su padre era alcohólico? Entonces, ¿por qué tonteaba con esas cosas?

De repente, se sintió mareada. Tal vez había estado demasiado deslumbrada por Danny y ahora empezaba a vislumbrar la realidad. Tal vez estaba empezando a caérsele la venda de los ojos y estaba viendo el verdadero defecto de Danny.

Necesitaba tomar el aire. Nicolette salió al jardín. Caminó hasta una hamaca que quedaba frente a la piscina.

Miró el cielo. Una luna ya no tan llena, que parecía una galleta a medio comer, brillaba con nitidez, acompañada de su séquito de estrellas. Se dejó caer sobre la hamaca y suspiró. ¿Por qué había olvidado cómo era la verdadera vida de Danny? ¿Por qué había olvidado las modelos, las groupies y los excesos de esos mundos?

El regresaría a su vida. Y lo haría pronto. Exhaló un nuevo suspiro y pensó que debía ir haciéndose a la idea. Sintió algo en el hombro. Con aparente desinterés, giró el rostro y se encontró con un saltamontes que la miraba fijamente.

Hubo un segundo de pavor. Después, un grito. Nicolette se levantó, giró sobre si misma haciendo grandes aspavientos. Y entonces, cayó a la piscina.

## 25. UNA CONVERSACIÓN BAJO LAS ESTRELLAS

Danny había abandonado la casa y había salido fuera en el mismo momento en que Nicolette caía al agua. La llamó, mientras echaba a correr. Llegó al borde de la piscina y vio como Nicolette sacaba la cabeza.

—¿Estás bien?

Ella tosió, se pasó las manos por la cara para eliminar una capa de agua y abrió los ojos.

—Sí, estoy bien.

—¿Qué ha pasado?

—Se me había posado un saltamontes en el hombro. Y les tengo pánico.

Danny estalló en una carcajada.

—¿Un saltamontes? ¿En serio? ¡Si fuera una tarántula o una serpiente, lo entendería! Pero... ¿Un insignificante saltamontes?

—Ríete cuanto quieras. No son tan adorables y pacíficos como tú crees —dijo ella, mientras atravesaba caminando la piscina hasta la escalera.

Cuando hubo subido los escalones, se dio cuenta de que el vestido había absorbido una gran cantidad de agua y chorreaba escandalosamente, como su pelo. Se escurrió la melena. Al levantar la vista, se encontró con la atención de Danny sobre ella.

—Deberías quitarse ese vestido y escurrirlo también.

—No es necesario. Es verano y con el calor que hace, se secará pronto.

—La noche que nos conocimos ya te vi en ropa interior.

—Sí, bueno... Fue el influjo de las palabras *Carpe Diem*.

—Hagámoslo de nuevo esta noche. Vamos a bañarnos.

—No, gracias.

—Hace calor, Nicolette. Y tus amigos están demasiados ocupados en esa extraña...contienda.

—Pero a Olivia tal vez le moleste...

—¿A Olivia? ¿En serio? ¿Crees que no me doy cuenta de las cosas, Nicolette?

—¿A qué te refieres?

Él se echó a reír. Se quitó las botas, los calcetines y la camiseta. Cuando se desabrochó los pantalones, alzó los ojos hasta Nicolette, que se había quedado mirando cada movimiento de las manos de Danny mientras se desvestía.

Danny sonrió de esa manera peligrosa y dulce y dijo:

—Si no te quitas tú ese vestido, lo haré yo.

—Creía que me lanzarías con él al agua.

—Eso solo tiene gracia si las prendas están secas.

—Supongo que eso es humor británico, porque yo no pillo la gracia.

—Te estás buscando un escarmiento, jovencita.

—¿Jovencita? ¡Solo tengo un año y unos meses menos que tú!

—Pero yo he acumulado más experiencia vital que tú. Soy un tío vivido, experimentado.

—Sí, ya veo... Antes estaba pensando en eso.

—¿Antes?

—Sí, antes del ataque del...

—Saltamontes demoníaco, ¿no?

—Exacto.

—¿Y en qué pensabas?

Nicolette se sentó en el borde de la piscina, hundiendo los pies en el agua. Danny hizo lo mismo, sin importarle que se le empaparan los camales de sus

vaqueros.

—¿Es verdad? ¿Todo eso de las groupies y de las sustancias alucinógenas?

Danny se perdió un segundo en sus ojos.

—Seré sincero contigo. Hay muchas chicas que se acercan a mi solo por estar encima de un escenario, pero sobre todo, desde que soy conocido en Londres. Antes, podía llevar una vida anónima, pero desde que firmé para trabajar con Tom, mi rostro comenzó a verse en la prensa y después, mi anuncio se vio en Picadilly Circus. ¡En el mismísimo centro de Londres! Me reconocían por la calle. Me señalaban. Y luego vino el fotógrafo Jean Baptiste y aparecí en Vogue Hombres en Italia. La fama fue real. Y repercutió en las actuaciones de *Smoking Wild Demons* y en el número de chicas que se nos acercaban...

—¿Y qué pasó?

—Que durante un tiempo, disfruté de todo lo que eso conllevaba.

—Entiendo...

—¿Aún quieres conocerme? ¿A pesar de mis errores?

—¿Errores? ¡Oh, vamos, Danny! ¿Te estás quejando de eso...? Cualquiera, y digo cualquiera, de los chicos que están ahí dentro se cambiarían por ti sin dudar. Preferirían estar entre guapas y fáciles groupies que jugando con miniaturas de plástico.

—Lo sé. Y no me quejo... Pero tuve que apartarme de todo eso. No era bueno para mí. Esas chicas siempre venían con alguna calada, con algún tipo de consumo... Y yo, que tengo el demonio de la adicción en la sangre, no puedo permitírmelo.

—Danny...

—Sé que tú me entiendes, Nicolette. Porque tú también tienes miedo a cometer el mismo error que tus padres.

Ella asintió, con la garganta seca.

—Tú y yo, Nicolette, sabemos lo que se siente cuando tienes esa maldición en la sangre. Te sientes solo, porque nadie te entiende.

—...Porque otros tienen vidas perfectas y hogares cálidos...

—Y no comprenden la rabia que te inunda desde que tus padres se separaron...

—Ni entienden que te sientas culpable cada día, cada hora, cada segundo de tu vida...

—Y no comprenden que te sientas incapaz de confiar en los demás.

—Mi padre decía que cuando amas a alguien, le das armas para que te destruya. Y yo nunca he podido ignorar esas palabras. Me han condicionado desde niña. Siempre he temido la idea de formar una familia y abandonarla después como hizo mi madre.

—Bueno... Yo siempre he pensado que formaría una familia y la destrozaría por culpa de la adicción al alcohol.

—¿Eres de los que crees que todo está predeterminado? ¿Qué no podemos cambiar nuestro destino?

—No lo sé. Pero sé que este tipo de demonios se lleva en la sangre. No importa lo fuerte que seas, ni lo mucho que huyas de ello, llegará un día en que te alcanzará y te vencerá.

Danny alzó los ojos hasta el cielo. No se había fijado en la cantidad de estrellas que poblaban el firmamento nocturno. En Londres siempre estaba demasiado ocupado trabajando, pasando el tiempo con sus colegas... No se detenía a mirar el cielo. Ni a reflexionar.

No había tenido una conversación tan profunda con alguien desde...Nunca, probablemente.

—Tal vez todo no esté predeterminado, Danny. Quizá que temamos cometer los mismos errores que nuestros padres nos coloque en un camino donde ese demonio no pueda encontrarnos.

Danny miró a Nicolette. Se perdió en sus enormes ojos ribeteados por sus tupidas pestañas. Había esperanza en ellos.

—Somos productos de nuestro pasado, pero no tenemos que ser prisioneros de él —dijo él.

—Es una buena frase, ¿no te parece?

Danny sonrió.

—Sí. Lo es. Estoy pensando tomártela prestada.

—No es mía. Yo se la tomé prestada a un poster que vi. Ni siquiera sé de quién es.

—Bueno... Podemos hacer como que es nuestra. Define nuestras vidas a la perfección, así que yo creo que podemos quedarnos con ella.

En ese momento, Danny alargó su brazo hacia ella y acarició sutilmente el hombro izquierdo de Nicolette. Ella no se apartó.

Sintió como los dedos de Danny descendían por su brazo.

—Quizá debería tatuarme nuestra frase —dijo él, mientras sus ojos azules seguían el recorrido de su caricia.

—Creo que te haces tatuajes muy a la ligera —bromeó ella, aunque le había encantado oírle decir “nuestra”.

—¿Eso crees? —dijo él, con una sonrisa—. Al menos, soy alguien que se atreve a probar cosas nuevas. — Sus yemas siguieron descendiendo hasta la muñeca de Nicolette.— La vida se mide por las experiencias que has llevado a cabo.

—No estoy de acuerdo contigo, pero...— En ese momento, ella se interrumpió puesto que Danny había rodeado sus dedos con los suyos.

Acababa de cogerla de la mano. Danny esperó, mirándola vacilante. ¿Volvería a apartarse de él? ¿Volvería a rechazarle?

Ella se mordió el labio inferior, al tiempo que sus ojos contemplaban sus manos entrelazadas. Después, miró a Danny y sonrió.

Él le devolvió la sonrisa, mientras sentía que el corazón se le llenaba de alegría.

Si tenía que ir así de despacio con ella, lo haría. Sabía que estaban más unidos desde esa noche, que esa conversación los había acercado más que todas las caricias apresuradas que él le había robado.

Permanecieron largo rato así, tomados de la mano bajo las estrellas. Hablaron, se rieron, bromearon.

Nicolette pensó que no le hacía falta ver ninguna estrella fugaz. No necesitaba pedir ningún deseo.

## 26. HEY HO, LET'S GO

*¿Qué vais a hacer el rockero y tú esta noche?* Preguntaba el mensaje de Olivia.

**No tenemos planes.**

*Sí que los tenéis. ¿Te apetece ir al garito de siempre? Seguro que Apolo tiene ganas de escuchar buena música.*

**Buena idea. ¿Nos vemos allí?**

*A medianoche. Como siempre.*

El pub Ramones estaba casi a las afueras del pueblo. Lo regentaba el mismo tipo que tenía la sala de conciertos donde había actuado *Smoking Wild Demons*. Paul, que superaba los cuarenta, tenía un espíritu joven y alocado. Había montado aquel pub unos quince años antes, cuando no había nada parecido. Paul había traído el rock a aquel pueblo. Varias generaciones habían pasado por allí y otras seguían haciéndolo todos los fines de semana.

Nicolette sabía que a Danny le encantaría. Parecía hecho a su medida. La decoración era variopinta, pero predominaba el Rock'n'Roll. A lo largo de las paredes, había un centenar de cuadros con carátulas de discos emblemáticos de la historia de la música. Detrás de la barra, había una mesa de mezclas, con pilas de vinilos que casi llegaban al techo.

Danny sonrió en cuanto entró. Era un pedacito de Londres. Le recordó a un pub donde sus amigos solían pasar los fines de semana cuando no estaban de gira o él no estaba desfilando.

—¡Este sitio es genial! —exclamó.

A ella le encantó verlo tan contento. Cada vez que Danny sonreía, todo se iluminaba.

La noche anterior había sido muy intensa. Tras la pelea, habían acabado en la

casa de la montaña de Olivia para ver una partida de Warhammer. Aunque ellos habían estado hablando bajo las estrellas y después, al llegar a casa, habían vivido un momento extraño.

—Bueno...me voy arriba —dijo ella.

Danny se había quedado callado, mirándola. Como si pretendiera decir o hacer algo más...

Y ella había esperado, con el corazón en la garganta, por si aquel era el prelude del tan ansiado beso.

—Eh... Sí, vale. Pues yo me quedo aquí —dijo él.

—Buenas noches, Danny.

—Sí... Eso... Buenas noches.

Ninguno había dormido gran cosa. Y se habían pasado todo el día nerviosos, con una continua risa floja y hablando de tonterías.

Por eso el mensaje de Olivia había sido tan bienvenido. Si seguía a solas con él, no se hacía responsable de lo que su cuerpo hiciese.

—Pero, ¿a quién ven mis ojos? ¡Danny Blackdadder!

Paul había levantado la mirada de la mesa de mezclas y se había sorprendido al verle allí. Se acercó a ellos y le estrechó la mano con fuerza.

—¡Creía que estarías en Londres! ¿Qué haces por aquí?

—Estoy pasando unos días por España. Con Nicolette. ¿La conoces?

Hablaron durante unos minutos, hasta que la puerta del pub se abrió y Nicolette vio a sus amigas.

No estaban solas.

Venían con David y Marco.

Mierda. ¿Estaban de repente en una cita de parejas?

—Al parecer, tus amigas no perdieron el tiempo anoche —susurró Danny en su oído.

Nicolette sintió varias cosas a la vez. Pero fue más fuerte la ira. ¡Olivia le había hecho una encerrona! La conocía perfectamente y sabía que su mente maquiavélica trataba de precipitar la situación entre ella y Danny.

—¡Hola! —saludó ésta, ajena a la mirada con intención asesina que Nicolette le dedicaba—. ¿Preparados para un poco de marcha?

—¡Sí! —exclamó Paul—. ¡Disfrutad de la noche, chicos! ¡Y ya sabéis...! ¡Hey, ho, let's go!

Tomaron asiento al fondo del todo, delante de un retrato de Johnny Ramone. Paul les invitó a la primera ronda. Danny pidió agua, Nicolette un refresco y el resto, cubatas de ron.

Luna parecía otra persona. Llevaba una camisa azul, ligeramente desabotonada y el pelo suelto. Incluso se había maquillado. Tonteaba con David de forma sutil, con risitas tontas y gestos tímidos, que a él parecían encantarle. Por su parte, Olivia estaba desatada, como siempre. No tardó en besar apasionadamente a Marco.

Nicolette quería matarla. Se rebulló en el asiento, incómoda. No sabía ni dónde mirar ni como sentarse.

*Traidoras...* murmuró para sus adentros, al tiempo que pensaba en qué más podría depararle la noche.

Como si la mala suerte hubiera decidido reírse de ella, vio a Axel, Clara y sus antiguos amigos entrando en el Ramones. Axel la localizó también en cuanto entró. En su rostro se evidenciaban los signos de la pelea de la noche anterior. Se había llevado la peor parte. Tenía hinchado el labio inferior y el pómulo derecho.

—Una fiesta nunca está completa si no hay indeseables —dijo Olivia.

—Pues yo entiendo otra cosa por fiesta...—dijo Nicolette.

—Estadísticamente, en un pueblo como éste, las probabilidades de coincidir superan el sesenta por ciento —añadió Luna.

—¿Solo el sesenta por ciento? ¡Pues yo no dejo de encontrármelos! —protestó Nicolette—. Y no sé si esta noche acabará en jaleo también.

—No te preocupes —dijo David—. Estamos aquí para lo que haga falta.

—Gracias, pero... No más escenas de película de acción, por favor...

—¡Yo creo que solo debería haber escenas de amor esta noche! —dijo Olivia, guiñándole un ojo—. ¿A qué sí?

A pesar de que debería estar enojada por la trampa en la que había caído, solo pudo reírse.

La primera hora pasó rápidamente. Los seis hablaron de todo un poco. Y las parejitas no se comportaron de manera muy pegajosa, lo que facilitó que hubiera buen ambiente.

Se rieron mucho. Nicolette no se atrevía a mirar a Danny, pese a que sentía que él sí que estaba pendiente de ella. Se limitó a estar sentada muy rígida sobre la silla, participando en la conversación y sacando temas nuevos para evitar los silencios o algún momento íntimo entre ellos.

La situación entre ambos se estaba caldeando. Eso era evidente. Desde la conversación de la noche anterior se sentían más cercanos, a pesar de que no habían hablado del “momento” del portal, cuando se habían escondido de la policía.

¿Por qué no había salido el tema? Tal vez era de lo que Danny pretendía hablar cuando llegaron a casa, pero ella no se había atrevido... Y ahora de repente, quería hacerlo.

Estaba segura de que la culpa la tenía Olivia y su plan.

Cuando ella y Marco se besaban, la envidia sacudía a Nicolette. Se moría de ganas de volver a besar a alguien, pero sobre todo a Danny.

Aprovechando que él hablaba con David sobre motos, ella se dedicó a observarle. No pudo evitar fijarse en su boca.

Esos labios estaban hechos para besar. Cada vez que los curvaba de medio lado, Nicolette perdía la concentración porque un millar de mariposas se

despertaban en su estómago.

—Voy a jugar una partida de dardos.

Danny le estaba hablando. Ella apartó la mirada de su boca, sin saber cuánto rato le había estado mirando. Hablaban de motos y ahora de dardos, pero el transcurso de tiempo entre ambos temas era un misterio para Nicolette.

—¿Eh?

—Voy a jugar a los dardos para demostrarles como jugamos en Londres —dijo él, sonriéndole.

—Sí. Vale —dijo ella, atontada.

Los tres chicos se levantaron y se acercaron a la diana.

—Te gusta muchísimo. —Oyó la voz de Olivia, a su lado.

Miró a sus amigas. ¿Qué sentido tenía mentirles? Acababan de pillarla totalmente ensimismada mirándole, así que...

—Sí. Demasiado —susurró ella, con tristeza en la voz.

Luna y Olivia intercambiaron una mirada que duró unos segundos.

—A él también le gustas.

Nicolette miró a sus amigas con escepticismo.

—Nos lo dijo anoche, cuando saliste con Axel.

—¿Qué?

El corazón de Nicolette estaba dando saltitos ante la posibilidad de que aquello fuera cierto.

—Pero dice que cada vez que se acerca a ti, huyes en dirección contraria —dijo Luna.

—De hecho mencionó que había pasado algo entre vosotros esa mañana...

A Nicolette se le descolgó la mandíbula.

—¿Os lo ha contado?

—No con detalles, que a mí me habrían encantado, pero sí.

—Nos pidió ayuda —afirmó Luna.

—Y por eso habéis hecho esto.

—Ya nos darás las gracias.

—¿Las gracias? —preguntó ella, al tiempo que sus ojos buscaban a Danny—. No lo tengo muy claro.

—¿Por qué? —preguntó Luna.

Se le escapó un suspiro. Danny se estaba riendo por algo que David había dicho. Y su belleza resultaba casi insoportable.

—Deberías dar botes de alegría. Mira a ese bombón... ¡Y puedes tenerle! —dijo Olivia—. Le gustas. Aprovecha el momento.

—Carpe Diem, ¿eh? —dijo ella, sin alegría.

Parecía que todo el mundo utilizaba esas palabras en latín para justificar comportamientos desenfrenados e irracionales.

—Sí. Vive al máximo todo lo que él te pueda ofrecer. Para que con el paso de tiempo, no te arrepientas de lo que no has hecho.

Todo lo que él podía ofrecerle era poco para ella. Esa era la verdad.

Porque podía enamorarse de Danny.

Su corazón era estúpido y le gustaban las misiones imposibles. Había seguido durante un año acelerándose al ver a Axel, en lugar de llenarse de desprecio y ahora... Con Danny... Su corazón hacía amago de enamorarse.

—Si hacemos una estimación de la experiencia que debe tener, puede resultarte muy satisfactorio —dijo Luna.

—Tú, siempre tan analítica, chica —murmuró Olivia, con gesto desaprobatorio.

Nicolette ignoró a sus amigas y sus ojos buscaron de nuevo a Danny. Se preguntó cómo sería hacer el amor con él. Aunque acto seguido, se corrigió a sí misma. Solo sería sexo. Sin sentimientos. Aunque se gustaran, solo era algo

físico.

¿Podía ser ella de ese tipo de chicas...? ¿Podía entregar su cuerpo y reservar su corazón? ¿O ya era demasiado tarde?

La respuesta era obvia, pero prefirió hacer como que no la sabía.

## 27. ERES MÚSICA PARA MÍ

Al acabar la partida, cuyo vencedor fue Danny, los chicos volvieron a la mesa, trayendo con ellos la segunda ronda.

—¿Solo bebes agua? —le preguntó Olivia a Danny.

Éste miró fugazmente a Nicolette. Después, sonrió de una forma sombría y añadió:

—Sí. Tengo problemas con el alcohol.

Los cuatro se quedaron perplejos. Y Nicolette se sorprendió un poco también. Él no era alcohólico, ni siquiera se había emborrachado nunca, pero por sus palabras parecía que acabara de abandonar algún tipo de programa de desintoxicación. Sin duda, para él la verdad era más dolorosa y más incómoda, así que Nicolette imaginó que por eso contaba la misma mentira cuando le preguntaban.

—¡Oh, lo siento! —dijo Olivia, que no sabía dónde meterse.

—No te preocupes —dijo él, esbozando una sonrisa tranquilizadora—. Estoy acostumbrado.

Volvió a mirar a Nicolette. Ella sabía la verdad. Ni siquiera James o sus amigos del grupo la sabían. Les había mentado a todos. Menos a ella.

En ese momento, comenzaron a sonar los acordes de una canción que Danny y Nicolette conocían muy bien.

Ambos miraron hacia Paul, que le sonreía desde la mesa de mezclas. Acababa de poner la balada *Nunca volveré a enamorarme*.

Danny se puso de pie, sonrió y colocó la palma de la mano abierta frente a Nicolette.

—¿Quieres bailar?

Ella miró su mano. Luego, su rostro. Sus ojos azules parecían acariciarla. Asintió y entrelazó sus dedos con los suyos.

Caminaron hasta un lugar apartado de la pista. Danny se colocó delante de Nicolette y sonrió de manera hermosa. Ella colocó las manos alrededor de su cuello y Danny rodeó su cintura con sus manos, antes de estrecharla contra él.

Comenzó a cantar, mirándola a los ojos.

Ella no podía aguantarle la mirada, porque se sentía sonrojada y torpe, con pies pesados y lentos. Bajó la cabeza.

—No dejes de mirarme —ordenó él.

Ella obedeció y se encontró con sus atrayentes ojos azules y con su sonrisa de ensueño.

—¿Sabes? Llegué a creer que esta canción se acoplaba perfectamente a lo que me había pasado.

—¿Entonces, no volverás a decir te quiero, como dice la canción?

—Creo que no. Diré otra cosa.

—¿Cómo por ejemplo?

—Para siempre. Te quiero es algo efímero. Temporal... Pero si dices para siempre, casi parece que ese amor vaya a ser eterno.

—Para siempre. Me gusta.

—Para siempre implica que nunca olvidarás a esa otra persona. Ni siquiera momentáneamente, lo que significa que no podrás engañarla.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Nicolette? —preguntó él, tras unos segundos de indecisión.

—Claro.

—¿Te olvidarás de mi cuando regrese a Londres?

—No —respondió ella sin dudar—. Nunca.

—Así que... Eres mi chica Para siempre. Y yo soy tu chico Para Siempre.

Porque nunca podré olvidarme de ti.

—Eso lo dices ahora.

—¿No te lo crees?

—Ni una palabra —dijo ella, sonriendo.

Danny también sonrió.

—Entonces tengo que confesarte algo... ¿Recuerdas que te dije que había vuelto a componer?

—Sí.

—Ha sido gracias a ti. He compuesto ya varias canciones pensando en ti.

Ella se detuvo y lo miró, con los ojos enormes.

—¿Todavía crees que voy a olvidarme de ti? Eres música para mí, Nicolette.

En ese momento, la canción acabó y Danny inclinó su rostro hacia el suyo. Nicolette contuvo la respiración.

—No tengo prisa por volver a Londres —susurró él, tan cerca que ella notaba la caricia de su aliento en el rostro—. Quiero saborear esto poco a poco.

La tomó de la mano y regresó a la mesa sin añadir nada más. Nicolette estaba alucinada y confusa. Todo lo que acababa de decirle merecía ser analizado a conciencia.

Chica Para Siempre.

Eres música para mí.

Nicolette sintió que la cabeza le daba vueltas ante todo lo que estaba pensando.

De repente, la idea de quedarse a solas con él le dio mucho miedo.

—No hay quien te entienda, Lady Brackets —bufó Olivia.

—¿Quieres que vayamos al chiringuito de la playa y que veamos amanecer?

—¿Por qué no? ¡Es una buena idea!

Olivia y Luna se miraron. Parecía que estuvieran pensando que Nicolette estaba loca. Y no era así. Lo único que pretendía era no regresar a casa sola con Danny. No sabía lo que quería. Por un lado, se moría de ganas de estar con él, de besarle y de ver hasta dónde les llevaban esos besos... Pero también estaba aterrada ante la idea.

De repente, no se sentía lo bastante adulta y no estaba preparada.

Olivia tenía razón. No había quien la entendiera. Ni ella misma sabía lo que quería.

—Esta repentina idea de ver el amanecer... No tendrá nada que ver con que le gustes a Danny, ¿verdad?

Nicolette entrecerró los ojos. Maldita Olivia y su capacidad de leer la mente...

—¡Qué va! ¡Es para alargar la noche! ¡Lo estamos pasando genial!

Incluso ella misma se resultó patética, tratando de mentirles a sus amigas. Además, el hecho de que le temblaran las manos le restaba credibilidad.

—¿Qué te ha dicho cuando bailabais? —preguntó Olivia, mirándola con suspicacia.

—Nada —dijo Nicolette—. Cosas sobre... Sobre...

Al parecer, su cerebro no estaba dispuesto a participar en aquella mentira.

—¿Te ha dicho que le gustas? —preguntó Luna.

—No.

—¿Entonces?

—Me ha dicho que está componiendo canciones desde que me conoce y que no tiene prisa por volver a Londres...

—¿Y dónde está el problema?

—Yo no he dicho que lo haya. Solo quiero que vayamos a la playa, bailemos un poco y veamos amanecer.

Olivia apretó los labios. ¿De verdad Nicolette pretendía que se creyeran lo que estaba diciendo?

Bien. Se merecía un escarmiento.

—De acuerdo —accedió Olivia—. Alarguemos la noche. Voy a decírselo a los chicos.

Nicolette soltó todo el aire que sus pulmones contenían. Había ganado.

Sin embargo, su amiga no iba a dejar que se saliera con la suya.

## 28. A SOLAS

Podía aguantarlo.

Tenía que llegar con Danny hasta la playa, hasta donde en el pasado habían unas pirámides de piedra que separaban dos municipios. Allí les esperaba el coche donde viajaban sus amigas y los chicos. El viaje no duraba más de diez minutos. Podía estar ese tiempo a solas con él.

Danny estaba contento. Se lo había pasado genial con Marco y David. Se habían caído muy bien. Nicolette le preguntó qué solía hacer en Londres y él le contó que no era muy diferente a lo que habían vivido esa noche.

Llegaron al lugar de encuentro cruzando el casco antiguo y la carretera que atravesaba la huerta. No había ningún coche allí. ¿Cómo era posible? Si habían salido antes que Nicolette y Danny, porque tenían el coche aparcado cerca de los Ramones, mientras que el viejo Cuatro Latas estaba a una manzana de distancia. ¿No deberían haber llegado ya?

Nicolette abandonó la calzada y detuvo el coche en la playa. Sacó su móvil del bolso.

*Ya estamos llegando,* decía el mensaje de Olivia.

—Dice que están de camino —informó Nicolette.

Danny sonrió. Nicolette se puso nerviosa. Se movió en el asiento, aproximándose a la puerta, de forma que se alejó todo lo posible de Danny.

A pesar de sus intentos por apartarse, la intimidad entre ellos era inevitable. El espacio que ocupaban en el coche se volvió más pequeño. El aire se tornó más pesado y Nicolette podía calcular cada centímetro que los separaba con precisión.

Danny se había dado cuenta de lo incómoda que ella estaba, y le divertía profundamente la situación. Cruzó los brazos sobre el pecho y se repantingó sobre el asiento del Cuatro Latas. Él sabía que las amigas de Nicolette y los chicos no iban a venir. Olivia se lo había susurrado al oído antes de

despedirse de ellos.

“*Aprovecha el momento, rockero*” le había dicho, con una sonrisa llena de picardía.

La situación era idónea. Estaban solos en el coche, en una playa en la que no había nadie más y la noche era muy cálida.

Aunque él sabía que Nicolette era capaz de volver a alejarse. Tenía que ser cuidadoso.

Ella miró su móvil de nuevo. Tenía otro mensaje.

“*Nos ha parado la policía. Control. Tardaremos. Esperadnos ahí ¿vale?*”

Sintió que se le descomponía la cara. ¿Cuánto rato podían demorarse? Unos diez o veinte minutos tal vez.

Se lo dijo a Danny con voz débil. Él se dio cuenta de que le temblaban las manos mientras sujetaba el móvil. Y entonces se decidió.

—¿Por qué estás tan inquieta?

Ella se esforzó por controlar la expresión de su rostro antes de mirarle.

—No lo estoy.

Él se rio. Nicolette se dijo a si misma que adoraba su risa.

—No puedes engañarme.

Ella sintió que se le coloreaban las mejillas. Bajó la cabeza y se miró las manos. La manera en la que temblaban la dejaban en evidencia.

—Es por lo que has dicho antes...—susurró ella, mirándose los dedos.

—¿Te ha molestado?

—No. Claro que no.

—¿Entonces?

—Nadie me había dicho algo parecido.

—Bueno... Tú has hecho cosas por mí que nadie ha hecho. Me encontraste,

bailaste mi canción en un aeropuerto llenísimo de gente, me acogiste en tu casa...

—Y tú me acompañaste a ver a mi abuela, aguantaste estoicamente todo lo relacionado con Axel y soportas todas las excentricidades de mis amigas...

—Tengo la sensación de que esperabas que no lo hiciera.

—Si te soy sincera, no imaginaba que fueras así.

—¿Así?

—Tan normal.

—¿En serio? —dijo él, con una sonrisa irresistible entre los labios—. ¿Y cómo creías que era?

—Ya sabes... El típico creído, con un ego sobrealimentado... Una estrella de rock.

—Me alegra haberte sorprendido para bien. Yo tampoco estoy acostumbrado a conocer chicas como tú. Eres única, Nicolette.

Ella sintió que se le detenía la sangre en las venas. ¿Por qué la trataba de aquel modo? ¿Por qué siempre acababa en una situación comprometida, con él?

Las mariposas hicieron que su estómago se estremeciera. Había intentado no quedarse a solas con Danny, y no lo había conseguido.

Un pensamiento caló en la mente de Nicolette, brillando como una bombilla. Los habían dejado solos en la playa. No podía fiarse de Olivia y Luna.

Ya ni siquiera sabía con certeza si Danny les había dicho a sus amigas que ella le gustaba. Tal vez les había contado lo que había pasado cuando habían despertado juntos y ellas se habían imaginado el resto. Todo había sido una treta de Olivia y ella había acabado confesando que Danny le gustaba. Era tonta, tonta, tonta.

—Mis amigas no van a venir —dijo ella lentamente, al comprender la verdad—. Lo han hecho a propósito. Lo siento, Danny. Al parecer, han pretendido que pase algo entre nosotros, sin tener en cuenta nuestra opinión.

Ella giró la llave en el contacto y encendió el motor del coche. Cuando fue a poner la primera, él colocó su mano sobre la suya.

—¿Por qué no me preguntas mi opinión, Nicolette?

Ella tardó en reaccionar. Se armó de valor y ladeó el rostro hacia él, para mirarle.

—¿No quieres saber si yo estaba al tanto de esta jugada?

—¿Lo estabas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar a solas contigo. Llevo intentándolo estos días. Pero huyes de mí. Me evitas. Has estado toda la noche distante. ¿Es que te doy miedo?

—No, claro que no.

—Entonces no entiendo por qué retrocedes ante cada paso que doy.

Ella esperó, perdiéndose en el azul de sus ojos. Después, habló:

—De acuerdo. Tienes razón. He estado tensa toda la noche y no quería quedarme a solas contigo.

—¿Por qué?

—Porque no estoy segura de lo que quiero que pase entre nosotros.

—¿Y cuáles son las opciones que tengo?

—¿Cómo?

—¿De qué no estás segura? ¿No sabes si quieres rechazarme?

La sorpresa inundó el rostro de Nicolette. Acto seguido, lo que sentía por él se hizo más inmenso. ¿Cómo podía pensar que ella era capaz de rechazarle? A sus ojos, Danny se había vuelto más humano, vulnerable y hermoso. Sobre todo por como la estaba mirando en ese instante. Estaba esperando que ella le dijera que no quería tener nada con él.

—Solo tienes que decirlo. Puedo encajarlo. Y si quieres que vuelva a Londres, agilizaré los trámites con mi agente y desapareceré de tu vista lo antes posible.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero que vuelvas —dijo, en un susurro.

Danny sonrió de medio lado. Se desabrochó el cinturón y aproximó su cuerpo al de ella. No se apartó.

—Pero tampoco quieres tener algo conmigo —murmuró él, tan cerca de su cara que sus palabras eran apenas un suspiro.

—Yo no he dicho eso.

—De acuerdo. Entonces...—Danny giró la llave del coche y apagó el motor.

Nicolette tembló ante la idea de lo que podía suceder a continuación.

—...Dime qué es lo que quieres —siguió diciendo él, mientras sus ojos se centraban en los labios entreabiertos de Nicolette.

Ella sentía que el corazón se le había descontrolado.

—Si aún no lo sabes... Puedo ayudarte a descubrirlo.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Él esbozó esa sonrisa ladina que hacía que Nicolette perdiera la concentración.

—Voy a dejarte anhelando más...

Ella le vio acercarse a ella. Besó su mejilla, cerca de su boca. Con su mano derecha, acarició la mejilla de Nicolette, haciendo que ésta ladeara el rostro hacia él. Sintió la caricia de su aliento cerca de la boca. No les separaban ni cinco centímetros.

El anhelo, el deseo se hizo gigantesco.

Danny se echó hacia atrás, con el rastro de una sonrisa en su rostro. Desabrochó el cinturón de Nicolette. Con descaro, recorrió su cuerpo con los ojos; desde las piernas que quedaban al descubierto por los shorts, pasando

por la camiseta hasta el cuello. Ella se estremeció ante el calor que desprendía su mirada.

Danny se inclinó más y colocó sus manos sobre sus rodillas. Comenzó a deslizarlas hacia arriba, hasta sus muslos, mientras sus ojos azules seguían el recorrido que sus manos trazaban. Nicolette sintió fuego. Los dedos de Danny se detuvieron justo en el borde deshilachado de los shorts vaqueros, acariciándolo. Sin dilación, los dedos de la mano derecha treparon por el tejido hasta llegar al estómago de Nicolette.

—Fue aquí donde te besé... ¿Lo recuerdas?

Ella musitó un sí apenas audible. Sintió que él los deslizaba hacia su costado, pero ella solo podía mirar sus ojos azules.

—¿Por qué nunca me tocas, Nicolette?

—¿Qué?

—Desde que nos conocimos, solo me has acariciado cuando creías que estaba dormido. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque quería saber que eras real.

—¿Y ahora? ¿Soy bastante real para ti?

—Sí.

—Pues acaríciame.

Nicolette alzó lentamente las manos hasta colocarlas sobre la cara de Danny. Sí, era real. Sentía el calor de su piel y la caricia de su aliento le rozaba el rostro.

Desde que lo había visto en aquel concierto, sobre el escenario, había deseado estar así de cerca de Danny. Luego, con cada imagen que había encontrado en Internet, había admirado su belleza... que ahora, tras haberle conocido en persona, era todavía más intensa. Una belleza que casi dolía.

Danny cerró los ojos. Ella acarició cada centímetro de su cara. Después, hizo descender sus dedos por el cuello de Danny. Se fijó en la pronunciada nuez, acarició los tendones y sus manos se detuvieron al llegar a la camiseta.

Alzó la cara hasta él.

—¿Quieres continuar?

—Sí.

Él se echó hacia atrás, con una sonrisa en el rostro que era pura picardía. Se sacó la camiseta por la cabeza.

—Sigue —dijo, en un susurro.

Nicolette sintió que el estómago se le llenaba de mariposas revoltosas. Colocó las manos justo en el lugar donde las había tenido unos instantes antes y de ahí, las hizo bajar hasta sus pectorales. Acarició el hueco entre ellos. Le gustaba lo pronunciado que estaba. No se detuvo. Sus dedos siguieron su recorrido hasta abajo, hasta sus abdominales. Las yemas rozaron cada escalón musculado y se detuvieron en el borde de sus vaqueros. Miró de nuevo a Danny. Él estaba muy pendiente de ella, dispuesto a obedecer cualquier orden que saliera de los labios de Nicolette. Ella quería más. Pero si daba el siguiente paso, no podría detenerse. El beso entre ellos estaba próximo y sabía que un beso siempre era el comienzo.

Apartó las manos de Danny y se colocó el pelo detrás de las orejas. Se mordió el labio inferior.

—No sé qué hacer.

—Puedes dejar que siga yo.

Ella sintió que cada átomo de su cuerpo se excitaba. ¿Podría negarse ante aquello? Claro que no.

Danny entendió su silencio como una invitación, así que lo primero que hizo fue levantarle la cara por la barbilla. Luego acarició la línea del mentón solo con el índice y lo hizo resbalar por el cuello hasta el hueco de unión entre las clavículas.

—Podría acariciar cada peca de tu cuerpo.

Ella se estremeció. El dedo de Danny continuó hacia abajo, por encima de la ropa de Nicolette, aunque ella sentía que quemaba a su paso, como si estuviera desnuda. Se detuvo sobre el botón de los shorts. La mirada de él era salvaje e

inflamable.

Quería besarle. Quería quitarle la ropa y estar con él hasta perder la noción del tiempo.

Pero en ese momento, alguien tocó tímidamente el cristal de la ventana del copiloto. Ambos se sobresaltaron. Miraron hacia atrás.

Luna tenía cara de arrepentimiento. Detrás de ella, estaba el coche de Marco.

Nicolette se recompuso y bajó del coche, aunque se tropezó porque aún estaba aturdida ante los acontecimientos que estaban sucediendo.

—No íbamos a venir —dijo Olivia, sacando la cabeza por la ventanilla—. Pero Luna no quería que te enfadaras si te dabas cuenta de que te habíamos tendido una trampa.

—¿Y no lo era? ¡Lo he sabido en cuanto he llegado aquí!

—No te enfades —dijo Luna—. Ha sido idea de Oliv. Yo no estaba al corriente, en serio...

—No pasa nada. Solo estábamos...—Se giró y vio a Danny, poniéndose la camiseta.— Hablando.

—Sí, claro —dijo Olivia—. Bueno, creo que podemos ir a bailar un rato ¿no? ¡Después de que Luna te haya estropeado el plan!

—No había ningún plan —dijo Nicolette—. Y venga, vamos.

Cuando subió al coche, Nicolette sintió el pinchazo de la desilusión, mezclado con el alivio. Unos minutos más y habría perdido totalmente el control. Una parte de sí misma deseó haberlo hecho. Otra parte celebró que sus amigas hubieran cambiado de opinión. Pero cuando estuvieron de nuevo a solas en el coche, de camino hacia el Buda Beach, ella se dio cuenta de que algo había cambiado en Danny. Por primera vez desde que se conocían, no sonreía.

## 29. TRATANDO DE VENCER AL MIEDO

Ya en el Buda Beach, un pub que estaba en la playa, bastante cerca de la orilla, Nicolette confirmó que Danny estaba callado y distante. Ella no dejaba de mirarle. Olivia y Luna la invitaban a bailar, a moverse. Y ella lo hacía, pero no perdía de vista a Danny, que se había quedado en un rincón, con gesto decepcionado. Cuando Marco y David se dirigían a él, volvía a sonreír e incluso bromeaba, pero después, volvía su expresión reservada y un tanto melancólica.

—Creo que debería irme a casa —dijo Nicolette a sus amigas.

—¿Qué? ¿Y lo de ir a ver amanecer?

—¡Ha sido idea tuya!

—Lo sé, pero Danny está raro.

Sus amigas lo miraron. En ese momento, estaba sonriendo a David.

—¿En serio?

—Yo se lo he notado. Tengo que hablar con él.

—¿Crees que es porque hemos aparecido?

Nicolette se encogió de hombros.

—Lo siento, Nicolette. Creía que sería lo mejor, pero ahora...—Luna se mordió el labio inferior.— Lo he estropeado ¿verdad?

—No, no te preocupes. A lo mejor solo es mi imaginación y él está igual que siempre...De todas formas, voy a averiguarlo. Gracias por todo. Sois grandes amigas.

—Dámelas a mí —se quejó Olivia—. Si hubiéramos seguido mi plan, ahora estarías...

—Buenas noches, chicas —dijo Nicolette, poniendo los ojos en blanco—. Nos vemos.

Se despidió de los chicos y se acercó a Danny. Sus temores se confirmaron cuando él respondió lacónicamente a la pregunta de si le parecía bien regresar a casa.

El camino en coche, casi seis kilómetros, fue incómodo y tenso. Danny no habló y Nicolette se sentía inquieta. No sabía cómo abordar la situación. No sabía cómo preguntarle qué le sucedía.

Cuando llegaron, encerraron el coche en el garaje y se dirigieron al interior de la casa sin mediar palabra. A esas alturas, Nicolette tenía ganas de gritar. ¿Y si se había estropeado todo irremediablemente?

—Buenas noches —le dijo él, antes de meterse en el cuarto de invitados.

Nicolette subió a su cuarto y cerró la puerta, apoyándose en ella. Se había estropeado. A lo mejor todo había sucedido muy deprisa, pero iba bien. Hasta esta noche.

No podía dejarlo así. Sabía que no podía conciliar el sueño, así que decidió enfrentar la situación. Había sido una cobarde todos esos días y sobre todo, esa noche, cuando había intentado no quedarse a solas con él por su maldito miedo a dar un paso en falso.

Su miedo había sido siempre un buen asesor. La había librado de meterse en muchos líos y la había convertido en una chica muy responsable, pero también le hacía perderse grandes cosas de la vida.

Como esta noche.

Por esta razón, se colocó una camiseta con la que solía dormir, pero que era bastante más decente y sexy que el pijama de Winnie The Pooh, se recogió el pelo en una trenza y tras contar hasta cien, bajó las escaleras. Se plantó delante de la puerta de la habitación donde estaba Danny y agarró el picaporte. Suspiró, armándose de valor.

*Vamos, Nicolette, no seas cobarde. Él vale la pena...*

Escuchó las notas de una guitarra y supo que estaba despierto.

Tragó saliva y tocó la puerta.

—¿Danny?

—Pasa.

Giró el picaporte y abrió. Pronto le vio. Sentado en el borde de la cama, tenía la guitarra apoyada en su regazo y estaba concentrado en sus cuerdas, de las que escapaban unos bonitos acordes. La luz del exterior se colaba a través de las rendijas de la persiana y derramaba sobre la silueta de Danny un color azulado.

El corazón de Nicolette comenzó a latir a toda prisa y se le secó la garganta cuando comprendió que la escena que sus ojos acababan de contemplar era más propia de un sueño. Aún no acababa de creerse que él estuviera sentado en la cama del cuarto de invitados y no en una cama producto de su imaginación.

—¿Podemos hablar?

Danny dejó de tocar la guitarra y la miró, asintiendo. Ella se acercó, consciente de que él se dio cuenta de que solo llevaba una camiseta que le llegaba por los muslos.

Se sentó a su lado, cruzando las piernas y entrelazando las manos sobre las rodillas.

—¿Estás componiendo?

—Sí —dijo él, aún sin sonreír.

Nicolette se sintió torpe, porque no tenía experiencia con los chicos y no sabía cómo manejar esta situación.

—¿Alguna balada?

—Más de una, en realidad.

De nuevo silencio. Malditas palabras, ¿dónde os habéis metido?

—¿Puedes tocar la de *Nunca volveré a enamorarme*? Me gustaría escucharla.

Danny la miró.

—Solo si tú la cantas.

—¿Qué? ¿Por qué quieres que la destroce?

—No creo que cantes tan mal. Hazlo por mí, anda....—Y sin más dilación, se puso a tocar la canción.

En cuanto llegó el momento en que entraba la voz, Danny esperó. Nicolette no cantó.

Volvió al principio de la canción y entonces, cuando creía que ella no cantaría, la escuchó, a su lado, cantando en susurros.

*Es triste. Mírame.*

*¿Puedes sentirlo? Mi corazón ya no late, porque está roto en millones de pedazos.*

*Nunca volveré a enamorarme.*

*Lo que me has hecho, lo que me has quitado.*

*¿Crees que puedo encontrarlo? ¿Crees que volveré a ser la misma persona?*

*Mírame, responde*

*Nunca volveré a decir te quiero*

*¿Por qué lo hiciste?*

*¿Es que no te amé hasta el extremo? ¿Es que estaba preparado para quererte hasta la muerte?*

*¿Por qué me siento culpable? ¿Por qué creo que tengo que decir lo siento?*

*Mírame, ¿Puedes sentirlo?*

Al acabar la canción, Danny miró a Nicolette, profundamente sorprendido. Ninguna chica con la que había estado había cantado una de sus canciones para él. Y ella, lo había hecho de una forma sincera y herida, porque había llegado a considerar que esa canción formaba parte de su vida. Ésa era justamente una de las razones por las que Danny amaba la música. Porque a pesar de que los separaban miles de kilómetros, porque a pesar de que no se conocían hasta hacía unos días, esa canción los había conectado. El dolor que había en ella cuando Danny la escribió, era el mismo que Nicolette sintió

cuando Axel le rompió el corazón.

Nicolette alzó los ojos hasta Danny. Se sentía avergonzada y nerviosa. Cantar de ese modo para él había sido mucho más íntimo que un beso.

Danny comprendió por qué no podía dejar de escribir canciones para ella. Supo que pasara el tiempo que pasara, ella convertiría las canciones en algo eterno y profundo.

La chica de los hermosos ojos tristes que lo había encontrado en el aeropuerto, se merecía todas las canciones que sus dedos pudieran escribir y todas las notas de su guitarra.

Y algún día, se lo demostraría.

—Ha sido genial —dijo él, sobrecogido.

Ella se sonrojó levemente.

—Gracias.—Bajó los ojos y se miró las manos. Tenía que ser valiente. Aún más.

—¿A qué has venido, Nicolette?—preguntó él, con dulzura.

Ella cerró los ojos y se dijo a sí misma que podía hacerlo. Tras unas décimas de segundo, clavó sus ojos en Danny.

—Quiero saber por qué te has distanciado... Por qué has dejado de sonreír.

—Te has dado cuenta, ¿eh?. —Él esbozó un intento de sonrisa.

—Sí. ¿Es por algo que he hecho o dicho?

—No. Es solo que...

—¿Qué? —preguntó ella, con ansiedad.

—Cuando recorres medio mundo para declararte y te rechazan, te quedas marcado para siempre. Y luego, siempre hay algo que te vuelve débil, que hace que de nuevo te sientas... rechazado.

—¿He hecho que te sientas así?

—No, supongo que solo ha sido cosa mía —dijo él, centrándose de nuevo en

su guitarra.

Nicolette sintió que se le descontrolaba la respiración. Tenía que pensar rápido, pero su cabeza no estaba por la labor.

—Mira, Danny, a estas alturas, ya debes saber que no se me van bien las relaciones con los chicos... Es más, soy un desastre, porque soy insegura y nunca encuentro las palabras... Todo me da miedo. Me aterra dar un paso que me lleve a otro, y también me da miedo no avanzar. Estoy muy confusa. Porque nunca habría esperado que alguien como tú pudiera estar interesado en mí.

Él la miró.

—Desde que nos conocimos, me has dicho que soy preciosa, que puedo tener al chico que quiera, pero yo...

—¿No te lo crees?

—No.

—Nicolette... Yo no quiero precipitar nada con esto que te voy a decir, pero no eres realmente consciente de lo bonita y maravillosa que eres. Ya no solo por tu inteligencia y tu ingenio. Tienes que valorar tu propia belleza. ¿Cómo crees que me he sentido cuando te he visto entrar solo con esa camiseta? Haces que la cabeza me dé vueltas porque me cuesta contenerme. Más de una vez, en estos días, he tenido ganas de tocarte.

Ella estaba atónita. No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Pero las veces que lo he hecho, has huido de mí. Y esta noche, en el coche, cuando estabas tan cerca... He tenido que ver cómo te alejabas otra vez. Como si mis caricias...

—¿Qué?

—Como si mis caricias no valieran nada.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Por la mirada que Danny le dedicó, sí que lo hacía.

—Nunca nadie me ha tocado como tú. Porque no tienes prisa, porque acaricias cada centímetro de mi cuerpo como si fuera...una obra de arte o como si fuera

cristal muy delicado que se puede romper. Por eso me da tanto miedo... Cuando empiezas algo, es cuestión de tiempo que acabe.

—Entonces... ¿no quieres empezar nada?

—Sería la chica más tonta del planeta si te dijera que no. Quiero empezar, Danny. Solo que... despacio. Si tú quieres.

—Claro que quiero.

—Entonces, deja ahí tu guitarra. He venido a dormir contigo —dijo ella, coqueta.

Y por fin, Danny sonrió.

—Has venido a castigarme. Me dices que quieres ir despacio, pero vienes a dormir conmigo con esa camiseta.

—Hace calor y es mejor que el pijama de Winnie de Pooh.

Danny se echó a reír.

—Está bien —dijo, mientras se levantaba para dejar la guitarra apoyada en la pared.

Ella se levantó también, dio la vuelta a la cama y se acostó en el otro lado. Danny la miró, tumbada sobre el lecho, mirándole.

—Esta noche me controlaré, pero te prometo que te tendré para mí en una cama, sin ropa.

Ella se estremeció. Porque lo deseaba como nunca había deseado a nada ni a nadie.

—Acuéstate, rockero.

Danny sonrió, se quitó la camiseta y los pantalones y se acostó a su lado, de forma que sus rostros quedaron frente a frente, sobre la almohada.

Ella alargó el brazo y acarició su cara.

—Buenas noches, Danny.

—Buenas noches, Nicolette.

## 30. UN VIEJO AMIGO DE LONDRES

Durmieron hasta tarde y al final acabaron abrazados. El deseo recorría sus cuerpos, pero hicieron todo lo posible por controlarse, a pesar de que sus respiraciones les delataban.

Nicolette fue la primera en levantarse. Le sonrió a Danny, que la miraba con ojos hambrientos y se fue a la ducha.

El agua fría fue un regalo del cielo. Danny también dejó que su cuerpo se enfriara bajo el agua helada y cuando salió, encontró a Nicolette haciendo algo para comer. Llevaba el pelo mojado, cayendo sobre su camiseta, de modo que ésta se le pegaba al torso.

Danny sopesó la posibilidad de volver sobre sus pasos y sumergirse de nuevo en agua fría, pero le rugió el estómago. Podía controlarse. Además, la había tenido entre sus brazos y la había sentido afectada ante su cercanía, así que era cuestión de tiempo que ella venciera el miedo. Podía esperar.

El móvil de Danny sonó un rato después, mientras comían. Sonrió en cuanto vio el nombre en la pantalla.

—¿Te importa si contesto?

Ella le invitó a que lo hiciera. Danny descolgó y dijo:

—¿Qué hay, colega?

Gary Owen, uno de los mejores amigos de Danny, respondió con su característica risa al otro lado.

—Estoy asaltando tu piso. Creo que te robaron la maleta. ¡Qué pringado!

Se rieron y bromearon. Gary había encontrado el carnet de conducir de Danny y la tarjeta bancaria.

—¡Esta noche nos vemos!

—¿Qué?

—Viajo a España. He reservado un hotel en Valencia. ¿Te doy la dirección y te pasas?

—Sí, de acuerdo.

Al colgar, le contó a Nicolette que su amigo venía de Londres para devolverle su documentación. Ella fingió que se alegraba, pero el miedo a que eso supusiera una despedida, germinó en ella. Temió haber desaprovechado su última oportunidad con Danny, pero trató de que no se le notara.

Danny le habló de Gary. Habían compartido piso durante una temporada, porque ambos se habían conocido en un desfile y habían hecho buenas migas enseguida. Después, Gary había firmado un contrato para ser la imagen de un diseñador que se había encaprichado de él y había tenido que trasladarse a Nueva York. A pesar de la distancia, seguían siendo muy buenos amigos y había recurrido a él para que entrara en su piso, puesto que era el único que tenía llaves.

—Esta noche vas a conocerle. Te va a encantar.

Ella no estaba muy segura, pero Danny la convenció. Estaba entusiasmado. De hecho, cuando Luna y Olivia llegaron a media tarde, Danny se apresuró a contarles que iban a cenar con su mejor amigo de Londres.

—¿Gary Owen? ¿Quién es ese?

—Enciende el ordenador y búscalo en Google.

Cuando lo hicieron, a las tres se les escapó un grito. Gary Owen era el tío bueno de un anuncio que habían visto un millón de veces. Incluso Olivia había bromeado sobre que él debería ser un donante para continuar la especie y que ella se ofrecería para tener muchos hijos con él.

—Pues tienes que ponerte guapa para la cena —dijo Luna.

—Voy a desentonar de todos modos —dijo Nicolette.

—Tienes que ponerte el vestido de la graduación. Estabas impresionante con él.

Nicolette se cubrió la cara con las manos. Su timidez la invitaba a quedarse en casa. No se le daba nada bien conocer gente nueva.

—Te arreglaremos el pelo y te maquillaremos. —La convenció Olivia.— Y más te vale que hagas muchas fotos. No todos los días puedes ir a cenar con dioses venidos a la tierra.

Tenía el corazón latiéndole a toda velocidad y se le había acelerado la respiración. Escuchaba las risas de Danny y sus amigas en la cocina, de modo que se dirigió hacia allí. Respiró hondo y cruzó el umbral. Primero la vieron sus amigas. Danny estaba de espaldas, vestido de oscuro, y al darse cuenta de que la atención se concentraba detrás de él, se dio la vuelta lentamente y la vio. Llevaba un vestido negro de palabra de honor, que se ajustaba a su delgado cuerpo. Mostraba sus piernas desde los muslos porque eran corto por delante pero largo por detrás, de forma que el tejido acababa en una cola oscura a la altura de sus brillantes sandalias cruzadas.

El pelo lo llevaba recogido en un moño alto, lo que permitía ver su estilizado cuello. También dejaba al descubierto el hueco entre sus clavículas, esa parte de la anatomía femenina que Danny consideraba irresistible. Su rostro estaba maquillado con elegancia, resaltando sobre todo los enormes ojos oscuros.

Danny tragó saliva.

—¿Qué os parece? —La pregunta no iba para sus amigas, que ya la habían visto ataviada así, pero no se atrevió a preguntarle a él directamente.

Sin embargo, apreció que parecía impresionado.

—Estás muy hermosa.

Ella bajó levemente la cabeza y musitó un gracias apenas audible.

—Deberíais iros —dijo Luna—. No lleguéis tarde.

—Te envidio —dijo Olivia abrazándola—. Mucho. Ve y disfruta de tu cena en el Olimpo de los dioses...

Nicolette recordó las últimas palabras de su amiga cuando vio el hotel, pero sobre todo, el restaurante. Era más que lujoso. Nicolette se quedó junto a Danny, esperando a que el maître apareciese y observó su alrededor. Las mesas estaban cubiertas de manteles negros, las sillas eran de cuero y grandes lámparas de araña iluminaban majestuosamente la estancia. De fondo, un pianista interpretaba canciones en directo.

—¿Qué desean?

—Somos los invitados del señor Gary Owen.

—Vengan conmigo. Les espera en el reservado.

Atravesaron la primera planta hasta llegar a una puerta cubierta por un ostentoso diseño adamascado. El maître empujó la puerta y les invitó a entrar.

Todo era alucinante. Un verdadero lugar para divinidades.

—¡Danny!

En cuanto ella miró al mejor amigo de Danny, se dio cuenta de que Gary Owen era impresionante. De rasgos masculinos, era fuerte y musculoso. Llevaba una camisa blanca, abierta hasta la mitad del pecho, mostrando unos pectorales muy marcados. Tenía una sonrisa llena de dientes blancos que deslumbraban, porque parecía que tuvieran un brillo azulado.

Se abrazaron, dándose sonoras palmadas en la espalda. Se rieron, contentos de volver a verse.

—Quiero presentarte a alguien. La chica que me encontró —dijo Danny—, Esta es mi...—Se dio cuenta de que no sabía cómo definirla. Era más que una amiga.—... Nicolette.

—Su salvadora, por lo que sé. —Gary esbozó la misma sonrisa radiante por la que le pagaban millones en sus anuncios y le tendió la mano.

—Sí, lo es —continuó Danny, dedicándole una mirada intensa a Nicolette.

—Te quedas a cenar, ¿verdad? —le preguntó Gary, apuntando hacia ella con el dedo.

—Sí, claro. Si no es problema...

—¡No! ¡No lo es! —Hizo un gesto para llamar al maître.— Una silla más, por favor.

—Creí que te había dicho que tenía compañía...—le dijo Danny.

—Sí, bueno, es que sabes que no sé decir que no a nada.

En ese momento, aparecieron dos chicas cogidas del brazo. Eran despampanantes y llevaban unos vestidos muy cortos.

—¿Conoces a Micaela y a su hermana Nadia? —dijo Gary.

Las dos bellezas se acercaron como si los metros que les separaban de ellos se hubieran convertido en una pasarela. Saludaron a Gary con dos besos en las mejillas, demasiado próximos a la boca y después, se encararon a Danny.

—¿No hemos visto antes? —preguntó éste.

—¡Por supuesto! ¡Desfilamos en Milán el otoño pasado!

*Perfecto, pensó Nicolette. ¡Rodeada de modelos! ¿Por qué no se abre un portal bajo mis pies ahora mismo y me saca de aquí?*

Hicieron un recorrido por la vida de Danny, para quien había trabajado y dónde, quién lo había fotografiado y en qué revistas había salido. Nicolette se dio cuenta de que no sabía tantas cosas sobre él. La chica morena, Nadia, lo tenía especialmente controlado.

—Mi hermana te ha seguido con mucho interés —dijo Micaela.

—Oh, vaya —respondió Danny, con moderación—. Se agradece. Os presento a Nicolette, mi salvadora.

Los dos pares de ojos de las modelos la miraron y al segundo, consideraron que no era relevante, por lo que levantaron los mentones con altanería y la ignoraron. Ante aquel desprecio, Danny quiso disculparse. Miró a Nicolette y la encontró mirándose las sandalias.

Maldición. La noche acababa de torcerse.

—Vayamos al reservado —dijo Gary—. Ya lo tienen preparado. ¡Espero que tengáis hambre! —Rodeó los hombros de Danny y lo atrajo hasta él.— ¡Tengo mucho que contarte, canalla!

Danny se mostró reacio, pero la fuerza y el entusiasmo de Gary eran difíciles de combatir. Se dejó arrastrar hacia el interior del reservado, seguido por los modelos. Nicolette consideró la idea de darse la vuelta y volver a casa. Se quedó plantada sobre sus sandalias, mientras sopesaba la posibilidad de huir, ya que ningún portal mágico iba a sacarla de allí.

Sin embargo, no quiso irse sin despedirse de él. Lo habían pasado muy bien durante aquellos días y no quería desaparecer de su vida así. Además, había pasado por cosas peores.

Aunque cuando entró en el reservado, se arrepintió de no haberse marchado. Nadia se había sentado y estaba diciéndole a Danny que tomara asiento a su lado. Gary había ocupado la derecha de Danny y no tenía intención de moverse en lo que quedaba de velada.

Nicolette miró de nuevo sus pies. ¿Dónde había un portal mágico cuando una más lo necesitaba?

## 31. UNA CENA DESASTROSA

Gary no dejó de contar anécdotas sobre ellos dos juntos. Y todas versaban sobre fiestas, lujo, chicas y más chicas.

La cena estaba diseñada para los que odiaban la comida, o al menos, eso pensó Nicolette. Los platos eran inmensas circunferencias y las raciones eran pequeñas construcciones de colores que en algún momento habían tenido forma de vegetal o de carne. Nicolette observó como los demás comían antes de dar el primer bocado. Era una sencilla chica de pueblo, pero no pensaba quedar en ridículo ante otras personas más experimentadas. Siempre había sido una chica lista. Desde luego, mucho más que aquellas dos modelos, que se reían de manera estúpida y se dedicaban a elogiar a Danny y a Gary.

Tantos años de incansable lucha del feminismo para acabar así... Aquello suponía un retroceso del sexo femenino en toda su extensión.

Tras el segundo mini plato, perdió el hambre.

—Y tú, Danny... ¿Qué puedes contarnos de tus vacaciones por España?

Él vio en las palabras de Gary una oportunidad para haber partícipe de la conversación a Nicolette, que apenas había levantado la vista desde que se habían sentado.

—Bueno, pues ha sido genial. Y todo gracias a Nicolette.

Ella no alzó los ojos hasta él.

—Me encontró en el aeropuerto. Estaba sin documentación, sin dinero, solo con mi guitarra y mi móvil.

*¿Por qué no me miras, chica de ojos tristes?*, pensó él, al tiempo que mantenía fijos en ella su mirada azul.

—Y ella me encontró.

Fue entonces cuando Nicolette le miró.

—No sé qué habría sido de mí sin ella.

Danny tenía una extraña sensación en la boca del estómago. Desde que la había visto en el concierto y después en el aeropuerto, se sintió intrigado por ella. Después, hablaron. Ella le divertía con su boca ingeniosa y su sentido del humor. Y a cada segundo, despertaba un inmenso deseo en él.

Había estado con muchas chicas. Pero ellas habían hecho del sexo algo sistemático, casi rudimentario. Ni siquiera recordaba cuando se había sentido tan atraído por una chica. Ella volvía deseable cada gesto, cada palabra.

Lo había hechizado. Su musa, su confidente. Una vida entera no bastaría para componerle canciones de amor.

Y Danny estaba empezando a descubrirlo.

—Pues es una suerte —dijo Gary, alzando la copa de vino—. ¡Brindemos por Nicolette, la gran salvadora de Danny!

Danny levantó su copa con agua, con los ojos pendientes de Nicolette.

Sí, era su salvadora, pero se estaba convirtiendo en algo más importante que eso. Danny se preguntó si reuniría el valor suficiente como para decírselo.

La velada avanzó con rapidez. Danny se esforzó porque Nicolette participara en la conversación, pero las modelos se esmeraban en interrumpirla cada vez que hablaba, para anularla. Así que al cabo de un rato, y tras otro desplante, Nicolette necesitó salir de allí. Se disculpó y se fue al baño.

Tenía que hablar con alguien, así que miró su móvil, dispuesta a ponerse en contacto con sus amigas. Olivia ya se había adelantado y le había mandado un mensaje.

*¿Cómo va la velada?*

Nicolette respondió.

**Estaría mejor siendo devorada por una horda de zombis.**

Su amiga, que estaba en línea, no tardó en responder.

*¿Qué?*

**Hay brujas venidas del infierno, o de una pasarela, no sé.**

*¿Unas? ¿Eso qué significa?*

**Que he estropeado una cena de parejas. 2 modelos + 2 modelos= gente guapa que da asco. Menos yo. (—1)**

*Danny no es así. Y lo sabes.*

**Solo sé que no sé nada.**

*No seas tremendista.*

**Quiero desaparecer del mapa, Oliv.**

Nicolette escuchó las mismas risas estúpidas que la habían estado torturando toda la cena y se quedó escondida detrás de un pilar.

—¿Has visto a esa groupie? Menuda niñata. ¿Dónde se ha creído que va?

Estaban hablando de ella. Silenció el volumen de su móvil, porque no dejaba de recibir mensajes de Olivia y siguió escuchando.

—¿Y has visto cómo lo mira? ¡Qué boba! Como si él no sintiera más que compasión por ella...

—Quiero ver la cara que se le queda cuando sepa que Gary ha preparado una suite para Danny y que ¡yo pienso incluirme!

¿Compasión? Esa era probablemente la palabra que Nicolette más odiaba. ¿Danny la compadecía?

No era descabellado.

Nicolette no encajaba en su vida. Ni siquiera era una groupie. Era alguien que le había hecho un favor. Nada más. Esperó a que aquellas dos brujas salieran del baño.

¿Una suite para Danny y la modelo? ¿Ese era el regalo de su mejor amigo?

Nicolette se sintió insignificante. Se miró en el espejo del baño. ¿Qué había pretendido ser? No era más que una chica normal y corriente, que no podía permitirse sueños.

Danny era algo más que inalcanzable. Estaba destinado a acabar con una mujer como aquellas, no con ella. Además, ya tenía documentación y su tarjeta, así

que no sería de extrañar que pasara de Nicolette esa misma noche.

Por eso había cogido la guitarra...

Era hora de despertar de aquel sueño. Había sido bonito, aunque unilateral.

Tenía que haber sido más lista. A pesar de sus reservas, se había ilusionado. El hecho de que Danny fuera tan cercano, tan encantador... le había hecho bajar la guardia.

Y ahora sentía el dolor en el pecho parecido al que sintió la noche que Axel le confesó su infidelidad. A pesar de que se había prometido a si misma que nadie volvería a hierirla. ¿Cómo había permitido que le pasara de nuevo?

Bien. Podía comportarse de manera menos patética que la última vez. Respiró hondo y salió del cuarto de baño.

Al caminar unos cuantos metros, se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Se apoyó en una pared. El dolor del pecho era extrañamente desconocido y terroríficamente familiar. Al recobrar la compostura, volvió al reservado. En cuanto entró, sus ojos le buscaron a él.

Malditos ojos traidores, que queréis torturarme...

Le vio de pie junto a la ventana, charlando con Gary. Se reía.

Nicolette le observó durante unas milésimas de segundo, esforzándose por grabar esa imagen. Se despidió mentalmente de él, de su rostro de perfil, del sonido de su risa.

Su padre decía que siempre había que quedarse con lo positivo y con lo hermoso de las personas. Bien. Ella tenía dulces recuerdos que atesorar. En ese momento, Danny giró el rostro y la sorprendió mirándole. La vio acercarse a la mesa, cabizbaja y acelerada y se dio cuenta de que cogía el bolso y salía del reservado.

—¡Por fin lo ha pillado! —dijo Nadia.

—Pensé que nunca se iría.

Danny miró a Gary, que se encogió de hombros. Pero él sí que comprendió lo que sucedía.

Nicolette se marchaba. Y en ese instante, él se dio cuenta de que no quería perderla. Echó a correr detrás de ella. Había cruzado todo el restaurante a la carrera. Él también lo hizo.

¿Cómo había sido tan estúpido? ¿Cómo no se había dado cuenta de que apenas había levantado la vista de su plato durante toda la cena?

¡Como si las amigas de Gary le importaran!

No había apartado los ojos de Nicolette en toda la noche, pendiente de cada expresión, de cada mirada. Se había apagado y él lo había interpretado como timidez. Salió a la calle. Miró a un lado y al otro. La ciudad de las Artes y las Ciencias, aquel edificio extraño, brillaba imponente. Pronto encontró a Nicolette. Estaba bordeando el parque, a punto de cruzar el paso de peatones.

Danny aceleró el paso y la alcanzó enseguida.

—¡Nicolette!

Ella se detuvo. Tomó aire y se giró hacia él. Cuando lo miró, sintió que le fallaban las fuerzas, por eso, bajó la cabeza y farfulló:

—Tengo que irme. Ahora tienes documentación y dinero y con quien quedarte... Es mejor que nos despedamos. Ha sido...agradable conocerte.

Danny aguardó unos segundos y dio un par de pasos hacia ella.

—¿De verdad vas a marcharte?

—Sí. Gracias por todo. Cuídate mucho y que seas feliz.

Eran palabras ensayadas. Las había pensado desde la primera noche que él se había quedado a dormir en su casa. Sabía que tarde o temprano, él se iba a marchar, así que se había ido mentalizando.

Los días que él se había quedado con ella habían sido un regalo. Pero tenía que volver a la realidad. A su vida en el pueblo, a su amigas Olivia y Luna, a las cotillas del barrio, y a coincidir una y otra vez con Axel o con Clara.

Quedaba menos de un mes para que empezara la universidad y eso le abriría otros horizontes. Podría olvidarle.

Con el tiempo, solo se quedaría con lo bueno y olvidaría las ganas de haber

vivido algo más.

—Adiós, Danny.

Él apretó las manos. Se estaba despidiendo. Y no le daba opción a convencerla de que no lo hiciera.

Ella se dio la vuelta y se dirigió a su coche. Danny hundió las manos en los bolsillos y regresó al restaurante. Si ella quería marcharse, él no podía impedirselo. ¿Cuántas veces lo había rechazado a lo largo de aquellos días?

Lo pensó mientras entraba de nuevo en el reservado. Gary no tardó en abordarle.

—¿Has dejado que se fuera?

Miró a su amigo. No habían pasado ni cinco minutos desde que le había confesado que no podía dejar de pensar en ella, que era fabulosa, increíble. Y cuando Gary le había dado la tarjeta de la suite, Danny había pensado únicamente en Nicolette.

En lo mucho que deseaba besar cada centímetro de su piel pecosa... En como anhelaba perderse en su cuerpo y deleitarse entre sus labios...

La había perdido. Ni siquiera tenía su dirección. Podía pedir un taxi y pedirle que le llevara al pueblo de Nicolette. Patearía cada calle hasta encontrar la fachada de su casa.

Pero entonces, se dio cuenta de que había unas llaves sobre la mesa. Eran las del coche de Nicolette. Se apresuró a recogerlas.

Tenía otra oportunidad.

## 32. TENÍAS QUE ENCONTRAR MI CORAZÓN

*¡Estúpida! ¿Cómo has sido tan estúpida?* Se golpeó con la palma de la mano en la frente.

*¿Qué voy a hacer ahora?*

*Tengo que recuperarlas.*

Se apoyó en el lateral del coche y respiró hondo. Le temblaban las manos.

*Bien. Puedo hacerlo.*

Entró en el hotel y abordó al maître.

—Disculpe, he olvidado las llaves de mi coche en el reservado. ¿Me recuerda?

—Sí, señorita. Pase.

—¡No! ¿No es posible que me las traiga usted?

—Lo siento, señorita. Acompáñeme, por favor.

Mientras caminaba de regreso al reservado imaginó los peores escenarios posibles. ¿Qué podía pasar cuando entrara?

1. Que Danny la ignorara.
2. Que todos juntos, guapísimos y perfectos, se rieran de ella.
3. Que lo pillara liándose con la Barbie morena.

Las tres opciones le dolieron, pero la última era la más devastadora. Significaría que Danny no era como ella creía, que era alguien superficial por completo. Aunque, ¿sería eso extraño? Él mismo le había confesado que no se metía en relaciones serias con nadie, que solo quería sexo sin sentimientos. Algo que encajaba perfectamente con el perfil y el modus operandi de la Barbie morena.

El maître abrió la puerta. Nicolette entró. Ninguno de ellos estaba sentado en

la mesa. Las chicas se hallaban cuchicheando en un rincón y Danny y Gary estaban al otro lado, frente a la ventana.

Cuando el maître les avisó, miraron hacia ella.

Tenía la garganta seca, pero tragó saliva y dijo:

—Lo siento. He olvidado las llaves de mi coche.

Danny sintió un alivio inmenso al verla. Había vuelto justo cuando él iba a salir a buscarla. Se metió las llaves en el bolsillo con disimulo y se acercó a ella. Nicolette corrió hacia el lugar de la mesa que había ocupado. No las encontró. Miró en la mesa, en la silla, levantó el mantel, miró el suelo.

Al levantar la vista para seguir con la búsqueda, se encontró con él.

—Nicolette, escúchame.

—De verdad que tengo que irme.

—Yo tengo tus llaves.

Ella se puso rígida.

—Solo necesito treinta segundos y te las doy.

Treinta segundos. Podía aguantarlo.

—Está bien. Treinta segundos —dijo ella, mientras colocaba la palma de la mano abierta frente a él.

Danny miró su mano. Después a ella y entonces lo hizo. Tomó su cara entre sus manos y la besó en los labios.

Durante exactamente treinta segundos.

Él la estaba besando. Nicolette pensó que iba a desmayarse. Notó que le temblaban las piernas. Fue un beso posesivo, fuerte, lleno de emociones y de sinceridad.

Cuando Danny se apartó de ella, a Nicolette le costó volver a la realidad y abrir los ojos.

Lo hizo para hallarle, bello y expectante.

—Me gustas, Nicolette.

Su corazón dio un brinco de felicidad.

—No me alejes de tu lado, por favor...

No sabía qué decir. Estaba tratando de lidiar con todos sus sentimientos. Sentía lo mismo por él. ¿Desde cuándo? Probablemente, desde que le había sonreído por primera vez en el aeropuerto.

—¿Quieres que hablemos en otro lugar?

Ella solo pudo asentir, con los ojos muy muy abiertos.

—Vamos. —Danny la tomó de la mano, que aún seguía suspendida en el aire, esperando que él le devolviera las llaves. Aunque a Nicolette le importaba bien poco su paradero cuando salió con Danny del reservado.

Como si estaban en el fondo del lago Ness o en el mismísimo infierno.

Danny no habló en el ascensor. Tampoco por el largo y enmoquetado pasillo y mucho menos al pasar la tarjeta por el sensor que abría la puerta de la suite 3017.

Ella tampoco dijo nada. Tenía que acallar el barullo de su interior y silenciar a su corazón saltarín. Estaba a solas con él en una suite. Podía manejarlo sin entrar en un estado de pánico.

—¿Quieres algo de beber?

—Agua, por favor.

Para controlarlo, primero tendría que refrescarse la garganta. Danny la soltó de la mano y se acercó al mini bar. Nicolette recordó cómo se caminaba y se aproximó a la ventana. Las vistas eran espectaculares. A sus pies brillaba Valencia, con sus luces doradas.

Quiso pensar en qué podía acabar la conversación entre ellos. O dónde. De

rejojo, miró la enorme cama situada detrás de ella.

—Toma, aquí tienes —dijo Danny, colocándose a su lado.

Ella le miró y le arrebató la botella de agua con rapidez. Desenroscó el tapón y bebió varios tragos. Danny sonrió. Ella dejó la botella en una mesa cercana y se preparó para hablar con él.

Se miraron a los ojos.

—Yo... —dijeron los dos a la vez.

Se rieron. Danny se acercó a la mesa, tomó la botella y se bebió toda el agua que quedaba. También estaba nervioso. Ella se sintió halagada ante la idea de afectarle de ese modo.

—Creo que debo ser el que empiece —dijo él, de nuevo ante ella — Me has... Me has hipnotizado, Nicolette. Desde que te vi en el concierto... Canté para ti ¿no lo sabías? Me pusiste de rodillas en el escenario... de rodillas ante ti.

—Danny...

—Lo que has visto esta noche, lo que has oído... Es parte de mi vida, pero no lo es todo. Tú has conocido al verdadero Danny Blackdadder. Conoces mis miedos, mis demonios interiores. Sabes a qué ritmo late mi corazón... Y si lo notas ahora... Descubrirías que está desbocado mientras estoy diciendo todas estas cosas y tú estás ahí, mirándome con esos ojos que me han vuelto loco desde que me miraron por primera vez, pero no dices nada y ...

Nicolette se acercó a él, que contuvo la respiración. Ella colocó la mano derecha sobre su pecho, introduciéndola entre los botones abiertos de su camisa. Notó que el corazón le iba a mil por hora. Como a ella.

Alzó los ojos hasta los suyos.

Lo que Danny vio en su expresión le bastó para confirmarle que ella sentía exactamente lo mismo. Al acercar su cara a la de ella, sintió su respiración acelerada mientras él le sellaba los labios con un beso.

Fue un beso que mostró todo lo que ambos sentían. Supo que ella era la chica que él había estado buscando toda su vida. Por eso, no quiso estropearlo. La

besó en la mejilla y se apartó de ella, que le miraba con los ojos enormes.

—No tiene que pasar nada si no quieres, Nicolette.

Ella le miró durante unos instantes.

—Podemos esperar... No tengo ninguna prisa por volver a Londres.

Ella se puso de puntillas y le besó, interrumpiéndole. Después, le miró y habló:

—Pero yo quiero aprovechar el tiempo mientras estés aquí... Ya me he cansado de alejarme. Es hora de decir *Carpe Diem* otra vez —dijo ella, en un susurro que hizo que todo el cuerpo de Danny la deseara.

Se besaron de nuevo y él la tomó en brazos, para llevarla hasta la cama.

Hicieron el amor, deseando que aquella sensación no se acabara nunca, porque la química que había entre ellos era explosiva. Estaban hechos el uno para el otro. Danny podía sentir cómo el cuerpo de Nicolette temblaba de placer entre sus brazos y bajo su cuerpo.

Había tenido que recorrer casi tres mil kilómetros para sentir algo así.

Había valido la pena.

Se quedaron abrazados mientras recuperaban el aliento. Danny la miró fijamente a los ojos antes de deslizar el dedo índice con ternura por su cuello, por el punto de unión entre sus clavículas.

Ella le mantuvo la mirada, con los ojos negros brillantes y hermosos.

—No sabía que estaba realmente perdido, Nicolette... Hasta ahora. Cuando te vi en el aeropuerto... De todas las personas, fuiste tú la que me encontraste. Y ahora sé por qué. Tenías que encontrar mi corazón. Gracias por encontrarme.

Ella sonrió y le besó de nuevo. No dejaron de hacer el amor hasta que despuntaron las primeras luces de la madrugada.

Nicolette abrió los ojos. Olía a café y a chocolate. Se incorporó. Estaba en la

suite del hotel y su cuerpo desnudo estaba cubierto por la sábana.

—Hola.

A su derecha, estaba Danny. Llevaba puestos solo los pantalones oscuros y sonreía. Nicolette recordó todo lo que había sucedido la noche anterior. Se sonrojó al instante.

—¿Te apetece desayunar?

Sobre la mesa había una bandeja en la que había una cafetera, dos tazas, fruta y chocolate.

Nicolette se cubrió con la sábana y asintió.

Danny cogió la bandeja y la llevó hasta la cama. Se sentó junto a Nicolette. Le dio un beso en los labios, dulce y cálido.

—¿Has dormido bien?

—Sí —dijo ella, deleitándose al mirar sus ojos.

Danny acarició su cara y sonrió. La noche había sido espectacular y aún podía sentir la magia fluyendo entre ellos. Besó la mano de Nicolette y tras armarse de valor, dijo:

—Se me ha ocurrido una cosa. Y acabo de hablar con Gary.

—¿Sobre qué?

—Ahora que he recuperado mi tarjeta y mi documentación, puedo moverme libremente por España.

Ella sintió el miedo. ¿Se estaba despidiendo de ella? ¿Ahora que habían pasado la noche juntos...se acababa?

—¿Te vas a algún sitio? —preguntó, con voz temblorosa.

—Nos vamos. —La sonrisa de Danny era deslumbrante—. Juntos.

—¿Dónde? —preguntó ella, alzando las cejas.

Danny sonrió con picardía. Apartó la bandeja, dejándola descuidadamente en el suelo, tomó la cara de Nicolette entre las manos y susurró el destino, antes

de besar su boca.

### 33. LA ISLA

Nicolette llamó al móvil de Olivia. Su amiga descolgó con rapidez.

—Más te vale que me expliques por qué no has respondido a mis cincuenta y cuatro mensajes ni a mis veinte llamadas. ¡Me he sentido una acosadora, Nicolette!

—Estoy bien —respondió ésta, con voz tranquila.

—No lo estarás cuando te pille. ¡Estábamos escribiéndonos mensajes y luego desapareciste! Luna y yo estuvimos a punto de ir a buscarte a ese hotel, ¡pero es una faena que ninguna tenga carnet de conducir! Pero ahora no vas a escaparte. Vamos camino a tu casa.

—No estoy en casa.

—¿Qué? ¿Y dónde estás?

—En el puerto. Me voy con Danny... ¡a Ibiza!

Olivia se quedó callada durante unos segundos mientras asimilaba lo que Nicolette había dejado entrever con su conversación. Hotel... Mensajes y llamadas sin respuesta y ahora... ¡Un viaje de enamorados a una isla!

—¿Eso significa que...lo has hecho?

Nicolette respondió riéndose. Estaba feliz. Muy feliz.

—¡Eso es un sí! —gritó su amiga al otro lado del móvil—. ¿Y ahora os vais a Ibiza? ¿Por cuánto tiempo?

—Por unos días, supongo.

—¿Y me vas a tener todos esos días sin saber cómo ha sido...? ¿Sin saber detalles de cada minuto entre las sábanas?

—Por supuesto, Oliv —dijo Nicolette, que no podía borrar la sonrisa de su rostro.

—¡Te odio, Nicolette!

Ella se echó a reír. Danny se acercó con los billetes y Nicolette se despidió de su amiga, que seguía protestando cuando la llamada finalizó.

—¿Preparada para el viaje? —dijo él, con una sonrisa radiante.

—Sí.

Cuando él la besó, Nicolette pensó que podría marcharse con él a cualquier lugar. A una isla, al infierno o a otro planeta.

Sin embargo, tenía que tener cuidado, si no quería repetir los errores del pasado.

Desde el primer momento en que Nicolette pisó la isla, sintió que estaba viviendo un sueño. Todo le parecía irreal. Los colores, la luz del sol, el azul del mar... Estaba absolutamente deslumbrada. Se esmeró por grabar cada instante en su memoria. Tomó muchísimas fotografías, pero sabía de antemano que no podían captar la magia de Ibiza ni todo lo que ella estaba sintiendo en ese momento. Alquilaron una Harley Davidson en el puerto y unos cascos para llegar a su destino.

La casa de Gary estaba en un lugar apartado de difícil acceso. Cuando Danny detuvo la moto y Nicolette vio el sitio donde iban a quedarse, pensó que era el auténtico paraíso. Se trataba de un chalet enorme, de paredes blancas y grandes ventanales. Estaba sobre una colina, tenía una cala privada y una *infinity pool* que te hacía creerte dueño del horizonte mientras te bañabas en ella. Nicolette se quitó el casco y dio un par de pasos mirándolo todo con los ojos de alguien que nunca ha estado tan cerca del lujo.

—¿Te gusta? —Danny sonreía.

Ella farfulló algo casi incomprensible. Estaba perpleja. Danny la tomó de la mano y la llevó hasta la casa. El interior era diáfano y luminoso.

La decoración era espartana, apenas unos cuantos objetos decoraban los muebles. Todo era blanco y azul. Nicolette recorrió las estancias. Estaban flanqueadas por grandes ventanas desde las que se podía ver el mar.

El dormitorio principal tenía una vista privilegiada. Contaba con una terraza de la que una escalera tallada en la montaña descendía hasta la cala privada.

—Esto no puede estar pasándome a mí. Es un sueño, ¿verdad?

Danny la miró. Estaba hermosa, tan sorprendida. Lo palpaba todo con miedo, con reservas, como si nada fuera real. Como si fuera un sueño a punto de quebrarse.

Y lo era. Ambos lo sabían.

Danny no dejó que ese pensamiento le entristeciera. La animó a bajar a la calita, donde se bañaron hasta que atardeció. Al subir de nuevo, la cena ya estaba preparada. Nicolette había estado tan alucinada que no se había dado cuenta de que no estaban solos.

—Cámbiate y cenamos. Después iremos a ver el casco antiguo.

Ella se dio una ducha, se arregló el pelo y se puso un vestido verde de palabra de honor y sus sandalias romanas. En el salón había velas y pétalos de rosas por todas partes.

Era un sueño. Seguro.

Danny se había puesto una camisa azul y unos pantalones cortos. Sonreía. Se preguntó si era tan feliz como ella en aquel momento. Tras la cena, cogieron la moto y viajaron al centro urbano. Recorrieron el casco antiguo. Había mucha gente. Se encontraron con bailarines de una discoteca, con gogo's y con artistas callejeros. Se detuvieron frente a uno de ellos, que les hizo una caricatura. A Nicolette la retrató con una enorme sonrisa con el aparato y a Danny le dibujó una melena que parecía de león. Se rieron mucho mirando el dibujo. Regresaron unas horas después, hicieron el amor hasta que sus cuerpos estuvieron agotados y durmieron abrazados.

Tal y como Nicolette imaginaba, los días se les escurrieron entre los dedos. Recorrieron la isla en moto, cala a cala. Volvieron varias veces al casco antiguo y visitaron sus calles.

Al tercer día, fueron al mercado de Santa Eulalia. En uno de los primeros puestos, Danny le compró un vestido blanco de estilo hippie y una cinta con estrellas para el pelo. Nicolette vio una jaula antigua en un puesto cercano.

Estaba restaurada y pintada de un blanco nacarado. Dentro, sobre un columpio, una bella hada tenía una expresión nostálgica. Quedó prendada de ella al instante. Ella se sentía igual. Los barrotes invisibles de su vida la mantenían cautiva. Se había escapado durante unos días, pero tenía que volver. Aunque no quisiera.

Danny se acercó por detrás y le preguntó al oído si le gustaba.

—Es preciosa.

Él le hizo un gesto al vendedor. Cuando Nicolette vio que éste la descolgaba, se giró hacia Danny.

—Voy a regalártela —dijo éste.

—Ya me has comprado el vestido y la cinta...

—Nicolette, si quiero comprarte todo lo que hay en este mercado, voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que mires donde mires, haya algo que te recuerde a mí.

El corazón se le encogió en el pecho. La despedida era cuestión de tiempo. No podía luchar contra eso.

—Está bien —aceptó ella—. Creo que eres más cabezota que yo.

Al acabar la tarde, Danny le había regalado pendientes, collares y unas sandalias preciosas. Todo lo que Nicolette había mirado durante más de un segundo, Danny se había encargado de comprárselo. Tuvieron que comprar una mochila para meterlo todo y ella tuvo que sujetar la jaula con fuerza entre su cuerpo y el de Danny mientras regresaban con la moto.

Perdieron la cuenta de las veces que se amaron. Se acariciaron sin reservas, sin miedo. Se besaron hasta que les dolían los labios y sus dedos memorizaron la textura de la piel del otro. Se contaron cientos de cosas. Y él cantaba para ella cada noche, antes de dormir. Cada atardecer era mágico en aquel lugar. Nicolette sabía que ningún sueño de los que había tenido en su vida había sido comparable.

Transcurrieron siete días en la isla. Pese a que intentaron no hacerlo, los contaron. Hora a hora, el tiempo se les acababa. Y los dos sabían que no volvería.

Danny no respondió a la primera llamada de James.

—Voy a ponerme el vestido que me regalaste —dijo Nicolette—. Todavía no lo he estrenado.

—De acuerdo. Seguro que estás preciosa con él.

Nicolette se arregló a conciencia. El vestido le quedaba perfecto. Era de tirantes, le llegaba hasta los tobillos y tenía un dibujo calado en la parte inferior. Se dejó el pelo suelo y se anudó la cinta para que ésta cruzara su frente. Después se colocó uno de los collares, con pequeñas monedas de color oro y las sandalias.

No parecía ella misma. Antes de enfrentarse a él, decidió dar un paseo por la playa. Descendió la escalinata. Una vez abajo, caminó por la orilla. Necesitaba pensar.

Su abuela regresaba de sus vacaciones al día siguiente. Tenía que decírselo a Danny porque tenía que volver. El sueño de la isla se acababa. Volvería a su cárcel invisible y él a Londres.

Una relación a distancia era imposible. Ella no lo soportaría. Tenían que quedar como amigos. Y tenía que ser esta noche..

## 34. UN MENSAJE: 4EVER

La tercera vez que James llamó, Danny descolgó el teléfono. Su agente ya había arreglado lo de Tokio.

—Y tengo una gran noticia. Una discográfica multinacional está interesada en ti.

Era una gran noticia, desde luego. La mejor de su vida. Pero Danny no se alegró tanto como deseaba.

—¿Me has oído? Voy a España con el representante mañana. Quiere conocerte. ¡Ni siquiera quiere esperar a que regreses, imagínate!

—¿Mañana?

—Por la tarde. Me hospedaré en el Hilton, en Valencia. ¿Preparo una cita para mañana?

—No lo sé, James.

—¡Por favor, Danny! ¿Es que no sabes lo que significa? Es el salto definitivo. Es la fama.

Danny accedió, a pesar de que no se sentía feliz.

Un día. Ya no le quedaba más tiempo. Fue al dormitorio. Nicolette no estaba. La puerta que daba a la terraza estaba abierta. Salió al exterior y la localizó paseando por la playa. Antes de bajar hasta ella, la observó un buen rato.

Sus sentimientos se le habían ido de las manos. Se había controlado hasta que hicieron el amor por primera vez. La forma en la que ella se había entregado, bella y vulnerable, había hecho añicos toda su capacidad de control. Por eso se la había llevado a la isla, porque necesitaba más de ella. Todo se había complicado.

Y ahora no sabía qué hacer.

—Estás preciosa —dijo él, cuando la alcanzó en la playa.

—Gracias.

—Cuando una chica tan guapa pasea sola por una playa... Sé que me va a decir algo que no me va a gustar.

Ella levantó los ojos hasta él. Estaba nerviosa. Por eso, titubeó ligeramente cuando dijo:

—Tengo que volver. Mi abuela regresa.

Danny tragó saliva.

—A mí me ha llamado James. El representante de una discográfica multinacional quiere conocerme... mañana.

—¡Eso es genial! ¡Enhorabuena!

—Gracias...

—Así que solo nos queda una noche ¿eh?

Él se limitó a asentir con la cabeza. Se le había hecho un nudo en la garganta y no podía ni hablar.

—Nunca podré olvidarlo —dijo ella, sonriendo con tristeza—. Por muchos años que pasen, siempre recordaré esto.

Danny sentía el hormigueo en las manos.

—Quizá no tenemos que acabarlo...

—¿Qué?

—Tal vez podamos encontrar una forma... Tú quieres viajar... Yo puedo ofrecértelo.

—Danny...

Por un momento, Danny se quedó callado y pensó en no decir nada más, porque su mente estaba volviendo a Nueva York, a la única vez que se había declarado. Pero entonces se dio cuenta de algo que era superior al doloroso recuerdo anterior.

Nicolette le importaba muchísimo.

—No quiero perderte.

Ella respiró hondo e intentó que la cabeza no le diera vueltas. Todo se le estaba yendo de las manos. Si Danny seguía hablándole de ese modo, sugiriendo que se marchara con él, Nicolette tendría la tentación de decirle que sí, del mismo modo que había aceptado viajar a aquella isla.

—No me lo pidas —suplicó ella, en un murmullo.

—¿Por qué no? —Parecía sinceramente confuso y triste.

Nicolette respiró hondo y se miró las manos. Tenía que ser valiente. Aunque doliera.

—Porque no quiero tener la tentación de decirte que sí. Tú mejor que nadie sabes cuál es la historia de mi familia. Mi madre no era mucho mayor que yo cuando lo dejó todo por mi padre.

El pasado siempre estaba presente. Siempre volvía.

—Tú no eres ella.

—No puedo arriesgarme a averiguar si lo soy o no. A los dieciocho no tienes nada claro. No puedes tomar decisiones profundas porque después la vida cambia y te arrepientes.

—¿Y si te arrepientes de no haberlo intentado?

—Lo lamentaré con cada célula de mi cuerpo, pero al menos, estaré a salvo.

—¿A salvo? ¿Lo haces por protegerte?

—Lo hago por la misma razón por la que tú dices que eres un ex alcoholico cuando ni siquiera te has emborrachado y no pruebas la bebida.

Ella tenía razón. Él tampoco se arriesgaba, por el miedo a que el demonio de su sangre despertara y acabara con él.

—De acuerdo. Pero quiero que sepas una cosa. Para siempre es mejor que un te quiero. Es eterno. Algún día, te demostraré que no te he olvidado. No importa el tiempo que pase, no creas ni por un segundo que esto que hemos tenido ha sido algo pasajero. Volveré a encontrarte. Y no tendrás miedo a equivocarte.

—¿Y si nunca puedo quitarme este miedo?

—No voy a rendirme. Te lo prometo.

—¿Y si tu vida cambia? ¿Cómo puedes prometer algo que no sabes?

Danny se agachó y recogió un palo de madera que había arrastrado la marea.

—Te enviaré un mensaje. Encontraré la forma de demostrarte que no te he olvidado.

—¿Un mensaje?

—Cuando leas esto, sabrás que aún siento lo mismo por ti. Que no me he dado por vencido.

Se arrodilló frente a ella y escribió en la arena:

### **4EVER**

—Si lees esto, recuerda este momento, porque estaré dispuesto a arrodillarme ante ti de nuevo para suplicarte lo que hoy me has pedido que no diga.

Volvieron a besarse. A partir de ese momento, cada beso fue más especial, más intenso y también, más triste.

## 35. LA CANCIÓN MILLONARIA

Nicolette detuvo el coche y bajaron. El hotel donde James había citado a Danny estaba justo enfrente de ellos.

Era el principio del fin. Ya no había marcha atrás.

—Ahí está el hotel —murmuró Nicolette, con tristeza.

Ella suspiró. Tenía que controlarse. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Que tengas suerte. Ojalá firmes el contrato de tu vida. —Esbozó una sonrisa, a pesar de que notaba que los ojos comenzaban a inundársele.

—Sí, ojalá...

Se miraron a los ojos durante unos segundos. Ninguno de los dos encontraba las palabras para continuar.

—Ya sabes lo que dicen sobre la letra pequeña...— Sonrió ella.

Danny tomó su cara entre sus manos y la besó.

—Esto no es una despedida. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Ella asintió.

—No me digas adiós —continuó diciendo él—. Nos vemos luego.

—Sí, luego...

Se dieron otro beso, largo e intenso y no se dijeron nada. Ella se quedó de pie, observando como Danny daba media vuelta y se encaminaba a la puerta del hotel, con la guitarra a su espalda.

*Adiós, Danny*, murmuró ella.

No pensaba volver a verle. Para Nicolette, sí que era una despedida.

James le esperaba junto a la puerta de una sala de recepciones. Le sonrió en cuanto le vio.

—¡Te han sentado bien las vacaciones por España! —le dijo.

Pero Danny no estaba para celebraciones ni para alegrías, así que ignoró el tono dicharachero de su agente y preguntó:

—¿Dónde está?

—Está dentro —respondió éste, ahora serio—. Danny... Estamos hablando de un contrato multimillonario y del lanzamiento a escala mundial, así que sé listo.

Su agente utilizaba a veces un tono paternal que Danny odiaba profundamente, sobre todo, porque sabía que su único interés era el dinero, pero aun así, esta vez lo dejó pasar.

—¿Cuándo no lo he sido? —dijo, fingiendo inocencia.

—Pues no hablemos más y vamos dentro.

La sala de recepciones constaba de una enorme mesa junto a una pantalla que ocupaba una pared. Al fondo de la sala, Danny pudo ver a dos hombres de pie. Llevaban traje y tenían pinta de abogados.

—Este debe ser el famoso Danny Blackdadder —habló una mujer, que se acercaba desde la derecha—. Yo soy Elizabeth.

Danny la observó. Alta, enfundada en un vestido negro y caminando con maestría sobre unos tacones de aguja, tenía unos penetrantes ojos azules.

Se estrecharon la mano con fuerza y ella pidió que tomaran asiento.

—Bueno, bueno... He de decir que eres más guapo en persona que en las fotografías.

Ella sonreía continuamente, pero Danny seguía alerta, sin confiarse.

—Gracias, Elizabeth.

—Seamos claros y honestos. Estamos interesados en tu grupo, pero sobre todo, en ti. Tienes imagen, una voz espectacular y podrías llegar tan lejos como quisieras. Además, James ha insistido en que tú compones tus propias canciones.

—Así es.

—Este es el contrato —dijo ella, mientras uno de los abogados colocaba un papel sobre la mesa—. Supone el lanzamiento de un disco en los mercados anglosajón y americano, con todo el apoyo del marketing y de la publicidad para que no haya ningún lugar donde no se os conozca, Danny...

—¿Pero?

—Chico listo. Pero tienes que impresionarme. Nunca te he visto en directo. Quiero escuchar tu voz.

—De acuerdo.

—¿Has compuesto algo nuevo últimamente?

—Sí.

—Pues sorpréndeme.

Danny sacó la guitarra de la funda, se acomodó en la silla, comprobó que estaba afinada y tras unos segundos, comenzó a cantar una de las canciones que había compuesto durante las últimas dos semanas.

Al lugar donde me encontraste

Le llamaré kilómetro cero

Porque todo empezó en ese punto

Porque lo anterior desapareció en esas coordenadas

Perdido y encontrado

El aeropuerto estaba lleno de caras extrañas

A nadie le importaba mi suerte ni mi destino

Pero apareciste tú  
Trajiste contigo la música  
Y te llevaste las noches tristes

Y ahora sé que tú y yo fuimos hechos para esto  
Que fui hecho para probar tus besos  
Que fuimos hechos para no separarnos

Perdido y encontrado  
El aeropuerto estaba lleno de caras extrañas  
A nadie le importaba mi suerte ni mi destino

Pero apareciste tú  
Desde entonces siempre estás en mi cabeza  
Porque eres justo lo que yo quería

Hay un final de película para nosotros  
Lo imagino perfectamente  
Tenía problemas con los sentimientos  
Pero desde que vi tus ojos tristes  
Solo puedo decir  
Que tenía que perderme  
Para que tú me encontraras

Levantó los ojos hasta Elizabeth. Supo que le había encantado la canción en ese mismo momento.

—Roger, dale un bolígrafo. —Después, mirando a Danny fijamente, añadió  
—. La fama es tuya, chico.

## 36. LA ÚLTIMA DECISIÓN

Su abuela no llegaba sola. Bajó del autobús ayudada por Pepe. Nicolette había llegado a la estación veinte minutos antes, se había tomado una tila y había mirado frenéticamente el móvil, esperando noticias de Danny.

Sin embargo, no sabía qué hacer si él se ponía en contacto con ella. No quería volver a verle, porque no podía soportar otra despedida. Ni siquiera sabía cómo no se había echado a llorar.

—¡Hola, abuela! —dijo, cuando la vio.

Se abrazaron fuerte. Nicolette adoraba la sensación de protección que la embargaba entre los brazos de su abuela. Era reconfortante, sobre todo, después de haberse separado de Danny. Fue una forma de llenar el vacío que él había dejado. Saludó a Pepe y su abuela le informó de que éste se quedaría unos días en casa.

—¿Y tu amigo el rockero?

—Está con su agente.

—¿En Londres?

—No, aún no se ha ido.

A la abuela Paca la engañaban bien poco. Y mucho menos, su nieta. Por la expresión de Nicolette, su abuela supo que ese amigo rockero había ascendido de categoría. Entre ellos ya no había una simple amistad.

—¿Va todo bien?

—Sí, claro. Vamos al coche o el parking nos va a costar un ojo de la cara.

Regresaron a casa sin hablar de Danny durante el viaje. Nicolette se esmeró en preguntarles por cada segundo de sus vacaciones, para que llenaran su cabeza con anécdotas y ella no pensara en él.

Sin embargo, supo que tendría que hacerlo cuando llegó a su casa y se encontró con sus dos amigas sentadas en el portal. Se levantaron y saludaron a la abuela Paca, que les presentó a su novio Pepe.

Pasaron al interior de la casa y se dirigieron a la cocina. Nicolette no pudo evitar entristecerse. Estaba de vuelta en su jaula invisible. Sus ojos viajaron a la maleta que había traído de Ibiza y que había dejado sobre la mesa del salón. Tras dejar a Danny, había regresado a casa, se había dado una ducha y se había marchado a toda prisa a recoger a su abuela. Ni siquiera había guardado todos los recuerdos que él le había regalado.

Su abuela preparó varios té mientras Nicolette guardaba la maleta en un sitio más discreto. Sabía sin embargo, que sus amigas se habían dado cuenta y que le preguntarían por su contenido más tarde.

Hablaron de las vacaciones mientras tomaban el té y su abuela les contó cómo se habían conocido ella y Pepe.

Estaba a mitad de su relato cuando el móvil de Nicolette sonó. Era Danny.

Ella miró la pantalla. Habían intercambiado los números en la isla, porque en todos aquellos días no tenían más información que sus cuentas de Twitter. Danny se lo había pedido insistentemente y ella había aceptado. Ahora se arrepentía.

—¿No vas a cogerlo? —preguntó Olivia.

Nicolette levantó los ojos. Se encontró con que tanto sus amigas como su abuela y Pepe la miraban.

—Sí, claro —dijo, cogiendo el móvil y apartándose de la mesa.

Danny lo había tenido claro en todo momento. En cuanto acabó la reunión y supo que tenía que viajar a Tokio para acabar el trabajo de Prada antes de volar a Los Ángeles para empezar a grabar el disco, tenía pensado llamar a Nicolette.

Ella tardó en responder.

—Hola.

—Hola, Nicolette.

—¿Cómo ha ido?

—He firmado. Es un gran contrato.

—Enhorabuena.

—Tengo que coger un avión a Tokio esta tarde.

Ella se quedó sin habla al otro lado.

—Ven al aeropuerto —siguió diciendo Danny—. Por favor.

—No lo sé.

—Por favor, Nicolette. Ven al aeropuerto. A las siete. Te esperaré.

—De acuerdo.

—Hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Nicolette colgó y se dejó caer sobre la cama. Danny se marchaba. ¿Era capaz de acudir al aeropuerto y despedirse de él? ¿O prefería quedarse en casa, apagar el móvil y ser una auténtica cobarde?

—Se va, ¿verdad?

Era Olivia. Los ojos negros de Nicolette encontraron a sus dos amigas en el umbral de la puerta, mirándola con la misma expresión cautelosa que empleaban tras la ruptura con Axel.

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que vaya al aeropuerto.

—Y vas a ir —afirmó Olivia.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque le quiero —confesó Nicolette.

Olivia dio un par de pasos y se sentó junto a ella, tomándole las manos. Luna también entró en la habitación, y se sentó al otro lado. Sus amigas la rodeaban, para protegerla. Agradeció que estuvieran allí.

—Tienes que ir.

—No soy lo bastante fuerte.

—¿Y si te pide que te vayas con él? —preguntó Luna.

—No me lo va a pedir.

—¿Crees que solo quiere que vayas para despedirse?

—Sí.

—Si te lo pidiera, ¿qué le dirías?

—¿En quién me convertiría si le dijera que sí? —dijo ella, con tal amargura en su voz que a sus amigas se les encogió el corazón.

—Tú no eres ella, Nicolette —dijo Olivia, mirándola atentamente.

—No lo sé.

—Ve. O te arrepentirás de no haber ido.

Danny llegó junto a James una hora antes. No dejó de mirar su reloj esperando que se hicieran las siete. Tenía que volver a ver a Nicolette. No dejaba de pensar en otra cosa.

—Esa canción ha sido impresionante —le había dicho James una y otra vez —. Se me han puesto los pelos de punta.

Pero él apenas escuchaba a su agente. Se sentía nervioso, tenso. Cada minuto que transcurría, el temor a que ella no apareciera se hacía más grande.

—Hola, chicos.

Levantó los ojos de su reloj y se encontró con Olga.

—Creía que no vendrías —dijo James.

—Acabo de llegar de París. Estoy cansadísima.

Danny apartó la vista de ella. Qué poco le interesaba. ¿Por qué había creído que nunca la olvidaría? Ahora todo lo relacionado con Olga le parecía absurdo. Una historia más sin importancia. Nicolette había borrado todo el dolor, todo el desengaño que él sentía, para construir nuevos sentimientos que iban a ser eternos.

—¿Es verdad? ¿Qué has firmado con una multinacional? —Olga le estaba hablando.

—¿A ti que te importa?

—Danny...—gruñó James.

—Me importa.

—Ya veo. Porque es probable que a partir de ahora, deje de ser un don nadie, ¿verdad?

—Tal vez siempre me has importado.

—Olga, ve a otro con ese cuento. Yo no me lo creo.

Olga frunció los labios y se sentó junto a James, cruzando los brazos sobre el pecho haciéndose la indignada.

Danny volvió a mirar su reloj. Faltaban quince minutos para las siete.

## 37. DESPEDIDA

Nicolette detuvo el coche y corrió. Entró en el aeropuerto y se dirigió al mismo punto donde había visto a Danny por primera vez.

Le vio de espaldas. Se acercó a él a la carrera con el corazón en un puño, dispuesta a despedirse de él. Pero se dio cuenta de que no estaba solo. Había un hombre trajeado y una chica.

Nicolette la reconoció enseguida. Olga Kasimov. La había visto en las fotos con Danny. Y él le había hablado de ella. De su amor. Recordó la foto en Shibuya, en el famoso paso de peatones. Nicolette se quedó inmóvil mientras los ojos de Olga la destrozaban.

Danny se dio la vuelta. Nicolette había aparecido. Estaba allí. Pero no parecía feliz. Sólo triste. Desolada.

—¡Hola! —dijo él, esbozando su mejor sonrisa. En cambio, ella le miró con rostro inexpresivo.

—¿Quién es esta niña?

Niña. Sonaba cruel en los labios gruesos de Olga. La mirada desdeñosa que le dedicó era aniquiladora. Nicolette centró sus ojos en Danny.

—Sólo soy una fan.

El rostro de Danny cambió por la sorpresa.

¿Una fan? No. Era más que eso. Era su Nicolette. Bella, fuerte, divertida, valiente, apasionada. La había tenido entre sus brazos aquella misma mañana y pensaba proponerle que se fuera con él a Londres. De hecho la estaba esperando. Estaba convencido de que ella iría y hasta ese momento había estado aterrado ante lo que significaría su ausencia.

—He venido a pedirte un autógrafo —dijo ella con voz de acero. Él, asombrado, solo pudo negar con la cabeza.

—Toma, bonita —le dijo James, su agente, dándole una foto de Danny ya

firmada que sacó de su maletín. Nicolette miró la firma. Parecía irreal. Como lo que había sucedido entre ellos.

Danny le arrebató la foto y le pidió su bolígrafo a James. Este se lo dio con un gesto desaprobatorio.

Nicolette le vio escribir algo en el dorso de la fotografía. Su letra era ágil, en ocasiones ininteligible, vivaz. Como él.

Cuando él le entregó la foto, ella no miró lo que ponía, pese a que Danny la invitaba con los ojos a hacerlo. La guardó en su bolso y sacó un pequeño paquete envuelto en papel morado.

—Esto es un regalo —dijo ella, y la voz le tembló.

Danny tomó el paquete, tocando a propósito los dedos de Nicolette al hacerlo. Ella se estremeció, pero trató de que todas las emociones que la embargaban no se traslucieran en su rostro.

—Danny, tenemos que irnos.

—Ya voy —dijo él, sin apartar los ojos de Nicolette.

—Danny...

—¡He dicho que ya voy! —dijo él, por encima del hombro.

James le hizo un gesto a Olga y ambos se alejaron.

Nicolette sintió que los ojos se le humedecían, pero no derramó ni una sola lágrima.

—Que tengas buen viaje.

Él apretó las manos, volviéndolas puños. ¿Por qué estaba actuando así? ¿Por qué se había alejado de él de esa manera?

—Adiós, Danny —dijo ella, girando sobre sus talones.

Había ido a despedirse de él. ¿Por qué estaba acabando de esa manera?

Él la alcanzó, tomándola del brazo y la volteó hacia él.

*Ven conmigo*, quiso decir, al ver sus ojos cristalinos. Pero no pudo articular

palabra. No soportaría otro nuevo rechazo.

La abrazó, estrechándola contra su cuerpo. Olía a vainilla, a té. Su aroma era dulce, envolvente. Y él sabía que su piel sabía exactamente igual. La había probado, recorriéndola con sus labios y su lengua. Su piel era suave, tersa, deliciosa.

Ya la echaba de menos.

*A los dieciocho, uno no tiene nada claro, le había dicho ella en la isla. La vida cambia y luego te arrepientes. No puedes tomar decisiones profundas.*

A pesar de todo, ambos eran prisioneros de su pasado. Las palabras estaban allí entre ellos, distanciándoles miles de kilómetros a pesar de que sus cuerpos estaban abrazados.

—Tienes que irte —susurró ella, apartándose.

Él la miró, adorando sus ojos tristes. Ese había sido el rasgo que le había atraído de ella en un primer momento, durante el concierto. Sus ojos tristes, sus pestañas larguísimas, que recordaban a aleteos de mariposas. Después, había conocido a la chica hermosa, inteligente y dulce. Y ahora, mientras colocaba sus manos sobre sus hombros y la miraba, se odiaba por haberse enamorado de esos ojos.

Enamorado. La palabra brilló intensamente en su cabeza, aturdiéndole. Ella apenas podía contener el llanto. Estaba gastando todo su autocontrol y pidiéndole a su orgullo que hiciera esfuerzos extras.

No te vayas con ella.

No te vayas con ella.

Sin embargo, solo pudo mirar sus ojos azules y esforzarse por imprimir cada detalle en su memoria.

—No olvides que puedes conseguir lo que quieras.

Las palabras estuvieron a punto de romperla en pedazos. Él era lo que Nicolette quería y no podía tenerle. Se iba, con su ex novia de belleza angelical. Y Lady Brackets se quedaba en tierra, enamorada de él hasta la médula, pese a que había intentado no amarle de ese modo. Pese a que había

jurado y perjurado que no volvería a enamorarse, como decía la maldita canción que ella consideraba el reflejo de su vida.

—Buena suerte.

Danny asintió y ella observó que los músculos de su mandíbula se tensaban.

—Adiós, Nicolette.

Le dio un beso en los labios. Primero un leve roce, pero después, la atrajo hacia él y convirtió el beso en algo salvaje, profundo, desesperado.

Era un cobarde. E iba a perderla por ello, por no atreverse a decírselo.

Nicolette se apartó de él y no pudo mirarle. Echó a correr en dirección contraria y las lágrimas, calientes y traicioneras, no tardaron en aparecer.

Danny fue el último en subir en el avión. Era la primera vez que estaba en un avión privado, pero no le importó. La azafata le recibió con una sonrisa sensual, que él ignoró.

James le ofreció un asiento a su lado. También lo hizo Olga.

Danny los rechazó y caminó al fondo del avión. Se sentó junto a la ventanilla.

En ese momento, abrió la pequeña cajita que Nicolette le había entregado.

Dentro había un colgante, formado por una estrella de mar con un baño de plata.

Al darle la vuelta, pudo leer el nombre de Nicolette. Había una nota doblada con esmero en el fondo de la cajita.

*Las estrellas son inalcanzables, aunque nos permiten deleitarnos con su brillo para que sigamos soñando con ellas. Sé que llegarás lejos. Serás una gran estrella, capaz de deslumbrar en el escenario como ya haces con tu sonrisa a todo aquel que te conoce. No cambies nunca. El pasado no te vencerá. Cada vez que sientas que estás a punto de perder, recuerda nuestra isla. Gracias por hacerme sentir que no eras inalcanzable. Lo recordaré*

*para siempre. 4ever.*

Danny sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se había enamorado de ella por completo. Y ahora, la había dejado marchar sin pedirle que se fuera con él a Londres, porque ambos seguían siendo prisioneros de su pasado, por mucho que quisieran evitarlo.

Se colocó el colgante. Nunca se desprendería de él.

Nicolette regresó a casa conduciendo entre un mar de lágrimas. Cuando abrió la puerta de su casa, su abuela salió a recibirla y lo que vio en su rostro, hizo que corriera a abrazarla de inmediato. Después se dio cuenta de que Olivia y Luna también estaban allí.

Sus amigas la envolvieron con sus brazos y la estrecharon contra ellas con fuerza.

—Se ha ido. Se ha ido...—no dejaba de murmurar Nicolette.

Lo había sabido desde que lo había recogido en el aeropuerto. Sabía que él regresaría a Londres, que estaba de paso en su vida. Pero a pesar de eso, no contaba con enamorarse de aquella manera de Danny.

Su abuela preparó otro té para las cuatro y se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, con una gran caja de pañuelos en el centro.

Nicolette se secó las lágrimas y sorbió por la nariz. Como pudo, entre sollozos ininteligibles, explicó lo sucedido.

—Y ahora, solo me queda esto...—dijo, sacando la foto firmada de Danny. La arrojó sobre la mesa y fue a parar del revés junto a Olivia.

Al cabo de un segundo, los ojos verdes de su amiga se volvieron enormes.

—Nicolette... Te ha escrito algo aquí detrás. ¿Lo has leído?

—No.

—Pues deberías —dijo pasándole la fotografía. Nicolette la cogió y le dio la

vuelta.

*Vente conmigo a Londres.*

*Sé que no todo está predeterminado, que somos diferentes. Que no te estarás equivocando si decides venirte conmigo, que esto no es un error.*

*Estoy enamorado de ti.*

*4ever.*

A pesar de las lágrimas, Nicolette sonrió. Danny se había enamorado del mismo modo que ella le amaba a él.

Su padre decía que había que ver lo bueno de todo, incluso de las despedidas.

Ella estaba dispuesta a hacerlo.

Podía quedarse con cada hora, con cada segundo que había vivido junto a Danny. Había hecho que aquellas dos semanas juntos fueran inolvidables.

Sabía que sus sentimientos por él nunca desaparecerían. Habían construido una buena historia. Una historia de amor, brackets y Rock'n'Roll, que sería para siempre.

## EPÍLOGO

—Hola, Danny —dijo Mario, el maquetador final para Universal Music—. Elizabeth me ha llamado. Dice que estás muy interesado en elegir la foto de la portada.

—Hola, Mario. Así es.

—Bueno, pues tú dirás. Aquí tengo las que creo que van más acordes con el disco. Por cierto. Es genial. Suena increíble.

—Gracias —dijo Danny, acercándose a la enorme pantalla que cubría una de las paredes del estudio—. Muéstramelas.

Las fotos se sucedieron sobre la pantalla.

—Ésta.

Danny sabía la que quería. Justo la que quería. Cuando el fotógrafo Jean Baptiste, al que ya conocía del mundo de la moda, le había tomado esa instantánea, Danny supo que sería la elegida. Había hablado con James y con Elizabeth para que le dejaran elegir la imagen de la portada. Era muy importante para él.

—Ésa es justo mi favorita —dijo Mario—. Y la de Elizabeth. Me alegro de que estés de acuerdo con la mandamás... Eso nos simplifica a todos el trabajo.

Danny miró la fotografía, ahora ocupando toda la pantalla.

En ella, miraba hacia la cámara, con esa expresión suya tan atractiva, mientras se abría la camisa y mostraba gran parte de su pecho. Pero lo más esencial estaba en el centro de la fotografía, entre sus pectorales. La estrella de plata que Nicolette le había regalado, de la que nunca se desprendía.

También se veía el nuevo tatuaje que se había hecho. Sobre los nudillos de la mano derecha, con la que tocaba la guitarra, podía leerse: 4EVER.

El lanzamiento de su disco era inminente. Y sería cuestión de unos meses que llegara a España.

Esperaba que ella recordaba lo que él le prometió en la isla. Estaba dispuesto a cumplirlo. Siempre lo estaría.

—¿Por qué la has elegido? Sales fenomenal en todas —dijo Mario.

Danny sonrió en un gesto de agradecimiento.

—Porque con ésta encontraré a una chica que se esconde por miedo...

—¿Es la chica de tus canciones? ¿La que te encontró en el aeropuerto?

Danny asintió. Se llevó la mano al pecho. Sintió la forma del colgante bajo la palma. Aquella estrella de mar era un recordatorio constante de Nicolette.

—Ahora seré yo quien la encuentre. Y no dejaré que me aleje de ella.

## Y en la próxima novela...

Nicolette, sus amigas y su abuela giraron una esquina y tomaron la calle principal. Caminaron charlando animadamente hasta el paso de peatones. El semáforo cambió a rojo y las cuatro se detuvieron.

Fue entonces cuando Nicolette alzó la vista hasta la fachada del centro comercial que estaba al otro lado.

El corazón se le subió a la garganta.

La fachada principal del edificio estaba cubierta por una lona cuyas proporciones eran 16 metros de ancho por 8 de ancho. En ella, había impresa una fotografía en blanco y negro de Danny.

Se le escapó un grito ahogado, que llamó la atención de su abuela y de sus amigas. Cuando sus ojos pudieron captar el contenido de la fotografía se conmocionó aún más. Se trataba de la portada del nuevo disco de *Smoking Wild Demons*.

Danny aparecía abriéndose la camisa mientras sus ojos miraban fijamente hacia la cámara con ese aire canalla tan propio de él. Justo en el centro de los pectorales, destacaba el colgante que Nicolette le había regalado: la estrella de mar plateada.

El disco se titulaba “*Beautiful Sad Eyes*” y había llegado a España tras un arrollador éxito en EEUU e Inglaterra.

Nicolette releyó mil veces el título del álbum.

“*Beautiful sad eyes*”

¿Acaso no le decía que sus ojos le parecían tristes? ¿Había Danny compuesto una canción sobre ella?

Había estado cuatro meses tratando de olvidarle. El dolor era todavía muy reciente. ¿Y si él no la había olvidado tampoco?

—Tengo que comprarme el cd. —Y en cuanto el semáforo cambió a verde, salió corriendo hacia las puertas del centro comercial sin esperar a sus acompañantes. Se dirigió a la sección de música.

Danny estaba por todas partes. Se había hecho muy famoso mientras ella había estado cuatro meses totalmente aislada del mundo exterior, tratando de no verle ni de pensar en él.

Nicolette se topó con un grupo de adolescentes que estaban cogiendo los discos del grupo de Danny. Llevaban varias revistas en las que aparecía su cara.

En cuanto ella alcanzó el álbum, le temblaron las manos. Sus ojos escanearon con ansiedad la portada. Allí estaban su estrella, en el centro. Sobre su pecho. ¿La llevaba? ¿Le estaba enviando un mensaje? Le dio la vuelta al disco. Leyó los nombres de las canciones, tipografiadas con letra manuscrita que se asemejaba a la de Danny.

*Lost and Found*

*Beautiful sad eyes.*

*Coward.*

*Prisoners of the past.*

*And island for us.*

*Forgive me, Freckles.*

¿Estaba alucinando o veía mensajes ocultos en los títulos de las canciones?  
¿Las había compuesto pensando en ella, como le había dicho?

Se dio cuenta de que llevaba un buen rato mirando la caratula cuando oyó la voz de Olivia sobre su hombro:

—Tiene buena pinta. ¿Vas a comprarlo?

Nicolette miró a su amiga.

—Tengo que hacerlo. Yo le hice este colgante.

Olivia le robó el cd con rapidez mientras de sus labios escapaba un escandaloso: ¿Qué?

—Se lo di en el aeropuerto, antes de que se marchara.

Olivia le dio un par de vueltas al cd. Cuando Luna y la abuela Paca llegaron

junto a ellos, tardó menos de una milésima de segundo en informarles del hecho en cuestión.

—¿Lleva el colgante que le regalaste?

Nicolette asintió frenéticamente.

—La forma en que se abre la camisa es un mensaje para ti.

—Que te lleva en el corazón —dijo su abuela.

Nicolette estuvo a punto de echarse a llorar. Se abrazó a su abuela, de la que no esperaba un comentario así.

—¡Justo hoy que te has hecho un tatuaje!

—¿Tatuaje? —dijo su abuela, tratando de apartarse de su nieta, librándose de su abrazo.

Nicolette trató de fulminar a Luna con la mirada, antes de enfrentarse a su abuela.

—Es muy pequeño y no se ve casi...

—Enséñamelo —exigió Paca.

Nicolette se remangó la manga y mostró el dorso de la muñeca a su abuela, mientras retrocedía unos metros de seguridad.

—¿Qué significa?

—“Fue real”. Para siempre.

Paca levantó los ojos hacia su nieta. La había observado atentamente cada día desde que había regresado del aeropuerto. Se había dado cuenta de la tristeza, de los suspiros, de que no escuchaba música ni pasaba demasiadas horas en el ordenador.

Aunque trataba de actuar con normalidad en su presencia, la conocía demasiado bien. Sabía que sufría. A pesar de que habían pasado décadas, ella también había sido joven y se había visto sobrepasada por la fuerza del amor. Entendía por lo que su nieta estaba pasando. Por eso había aguardado, siempre cerca, pero no demasiado, a que ella la necesitara.

Nicolette era una chica fuerte. A pesar de que lloraba por las noches y su abuela podía oírla; a pesar de las ojeras y los suspiros; a pesar de la mirada triste y el ensimismamiento... Nunca había mostrado su debilidad ante su abuela. El silencio había sido su terapia y por lo visto, también aquel tatuaje.

—Necesitaba asumir que sucedió, para pasar página —explicó Nicolette—. ... Y las palabras Para Siempre significan...

—¿Para siempre? —preguntó Luna—. ¿4Ever?

—Sí.

—Pues eso es lo mismo que él lleva tatuado en la mano.

Nicolette miró el poster que su amiga señalaba. En la mano derecha, sobre los nudillos, Danny llevaba un nuevo tatuaje:

4EVER.

## **SOBRE LA AUTORA**

Natalia Sánchez Diana (Valencia, 1983) licenciada en Publicidad, es una diseñadora e ilustradora freelance. Desde pequeña, su verdadera pasión ha sido la literatura, lo que le ha llevado a ganar diversos premios. En 2016, da el paso hacia la autoedición, con su primera novela a la venta en Amazon.

Para más información sobre otras novelas y sobre la siguiente historia de Nicolette y Danny:

- <http://nataliasanchezdiana.com/>
- <https://www.facebook.com/nataliasanchezescritora/>
- [@natscritora](#) (Twitter)
- <https://elbosquedelaspalabrasblog.wordpress.com/>